



**LOS
DIAS
DEL
VIAJE**

REVISTA DE POLITICA Y CULTURA

NUMERO 0 | OTOÑO 1988

LA GENERACION AUSENTE

OTRAS MUSICAS

BRUNNER: ENTREVISTA

17 DE OCTUBRE, RENOVACION Y TRADICION

LOS CAMBIOS EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Consejo Editorial Patricia Angel - Laura Aparici - Daniel Bravo - Mariana Carol - Andrés Delich - Analía del Franco - Lucas Luchilo - Rubén Noiosi - Mariana Podetti - María Elena Ques - Cecilia Sagol.
Director Lucio Schwarzberg
Diseño, diagramación y composición por computadora Taller A4: Luis Goldfarb - Alfredo Landman Flavia de la Fuente - Eduardo Antin.
Diseño de Tapa Luis Goldfarb
Fotografía De tapa y del Grupo Danza-Teatro Elías Mekler De ilustraciones Guido Filippi
Ilustraciones Dos cuadros de Miriam Farré
Fotomecánica e impresión Estudio RPR. Juan José Cabrera 3856. Capital.
Agradecemos a: Alejandra Tadei, Gabriela Ventureira, Eduardo Di Poi, Revista Punto de Vista, Grupo Gerli y Bar Cheroga de San Clemente del Tuyú.
FUCADE (Fundación para el cambio en democracia) Córdoba 1261. Capital Federal.

EDITORIAL	1
LOS CAMBIOS EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL “Corregir los errores cometidos y las deficiencias persistentes” por Rogelio Rey Leyes	2
“Una disminución de los prejuicios contra la ideología liberal” por Juan Curutchet	3
SOBRE LA GENERACION AUSENTE	
RETRATO DE UNA GENERACION AUSENTE por Lucas Rubinich	4
MIRADA RETROSPECTIVA por Sergio Chejfec	8
PROGRESO por Eduardo Antin	11
ELOGIO DE LA PROSODIA DEL MAESTRO por Lucio Schwarzberg	15
NOTAS GRISES SOBRE UNA ESPERANZA por Lucas Rubinich	19
OTRAS MUSICAS Entrevista	24
GRUPO DANZA-TEATRO/UBA: UN LEVE LABERINTO LABIL	28
BRUNNER Entrevista	32
LAS ILUSTRACIONES dos cuadros de Miriam Farré	37
17 DE OCTUBRE, RENOVACION Y TRADICION por Mariana Podetti, María Elena Ques y Cecilia Sagol	38
UNA NOVELA DE AIRA por Sylvia Saíta	47
EL HOMBRE QUE SE PARECIA DEMASIADO A BEETHOVEN por Esteban Podetti	48

Desocupado lector:

Una ojeada fugaz, no muy atenta, de aquellas que se echan sobre el índice y el staff para espiar de qué se trata, habrá levantado la sospecha de que ésta no es una revista pluralista. Por lo menos, no lo es en el sentido más difundido que la actividad política le ha dado a la palabra. Al contrario, de un modo algo guarango y bruto, esta es una revista realizada por un grupo de amigos, (el staff es delator) que, a su vez, invitan a otros que podrían ser sus amigos, o de los que quisieran hacerse amigos. Sólo por esto último, la revista, más que una revista pluralista debería ser una revista arrivista. Pero el arrivismo tampoco se compadece con la última de las curiosidades de los autores: saber por qué es imposible ser amigo de algunos que podrían ser amigos.

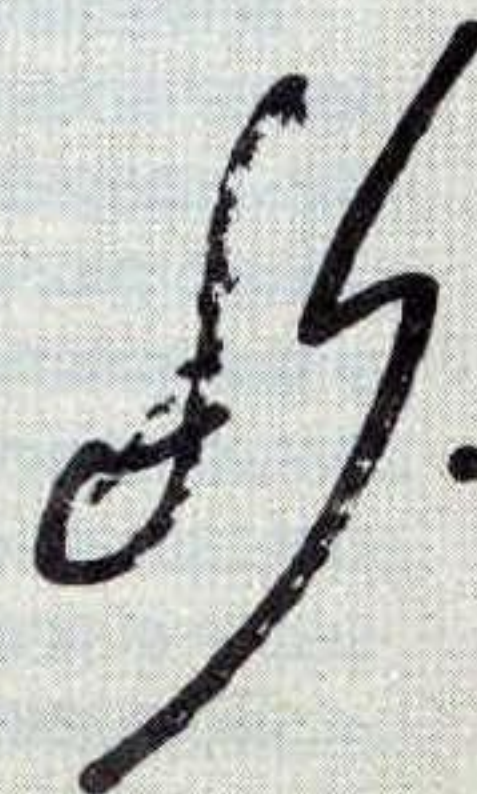
La pluralidad es un objeto abstracto, externo. A nosotros, y a cualquier otro. Existe, simplemente, cuando pueden existir voces disonantes. Nuestra revista es una o varias de las voces, pero no todas. (Ni sectarios, ni excluyentes: amigotes solamente, nos sopla una voz peonista.)

Ahora, bien: nobleza obliga. Ésta no es una revista financiada con el esfuerzo de sus lectores. Este número fue financiado por FUCADE, una fundación vinculada al radicalismo, que, a su vez, recibió el apoyo de la fundación alemana Friedrich Neumann. El Consejo Editorial, entonces, está integrado por radicales. (Alemanes no conseguimos). Libramos a nuestros colaboradores y amigos de un estigma tan pesado.

Sobre nuestras intenciones. La revista fue pensada alrededor del tema de la generación ausente. Este número de presentación contiene cinco artículos dedicados especialmente al tema, y el conjunto del material, de un modo u otro, también lo toca, aunque más no sea, por la edad de los autores. Nos parece redundante seguir dándole vueltas.

Este número de presentación es una maqueta de nuestros deseos. Tal vez, la revista siga siéndolo para siempre. No es lo peor; hasta parece un buen destino.

Lo peor es que sea una maqueta de los deseos de otro.



El director.

LOS CAMBIOS EN EL

"CORREGIR LOS ERRORES COMETIDOS Y LAS DEFICIENCIAS PERSISTENTES"

Por ROGELIO REY LEYES

Rogelio Rey Leyes nació en Alem, pcia. de Misiones, en 1959. Es presidente de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). Estudia ingeniería electromecánica en la U.B.A. Fue secretario del Centro de Estudiantes de Ingeniería "La Línea Recta" (1984-1985), Consejero Superior de la U.B.A. (1986) y Miembro de la Mesa Ejecutiva de Franja Morada, expresión universitaria de la U.C.R. (1987-1988).

EL DISCURSO DE LA MODERNIZACIÓN Y LA EFICIENCIA A RAJATABLA, VACIADO DE CONTENIDO IDEOLÓGICO Y DE SENTIDO SOCIAL, HA PENETRADO PROFUNDAMENTE. ES LÓGICO QUE EL ELECTORADO UNIVERSITARIO METROPOLITANO Y DEL CONURBANO SE IDENTIFIQUE CON QUIENES PROMETEN LLEVAR ADELANTE TALES PROPUESTAS A CUALQUIER COSTO

LUEGO DE LAS ÚLTIMAS elecciones en el claustro estudiantil, el panorama presenta cambios profundos con relación a 1983—año de la asunción del gobierno democrático— y a 1985—año de la normalización universitaria.

Franja Morada ha sufrido un retroceso fuerte, aun cuando retiene el apoyo mayoritario de los estudiantes y aparece como una fuerza consolidada en la universidad.

UPAU pasó de la inexistencia en el período '82-'83 a secundar a Franja Morada por muy poca diferencia. Se transforma así, en la agrupación que tuvo mayor crecimiento en cuatro años.

Desaparecieron las agrupaciones independientes, absorbidas casi todas por UPAU. Las que sobreviven, lo hacen con gran esfuerzo y sin contar con una coordinación interfacultades que las fortalezca.

El peronismo universitario logró organizarse alrededor de la J.U.P. y—aunque no pudo capitalizar a su favor el triunfo de su partido en las elecciones nacionales de 1987—obtuvo, en alianza con los intransigentes, algunos resultados importantes en varias facultades.

La J.U.I. pasó por su mejor momento entre 1984 y 1985; luego declinó de modo paralelo a la caída de su partido en el orden nacional.

En el espacio minoritario disputado por el P.C. y el M.A.S., este último partido creció a expensas de los comunistas.

Nos limitaremos a analizar el retroceso de Franja Morada y el crecimiento de UPAU en vista de que el resto de las agrupaciones—salvo casos de excepción en algunas facultades—no han logrado articular una propuesta que satisfaga las demandas de los estudiantes y, en consecuencia, han quedado notablemente rezagadas en su representatividad, en la conducción de los Consejos Superior y Directivos, y en la conducción de la F.U.B.A.

En las derrotas consecutivas del radicalismo y de Franja Morada primaron pesadas cuestiones coyunturales por sobre el balance global de la gestión.

A nivel nacional, la cuestión socio-económica fue determinante de la derrota. En la universidad, se agregó la desorganizada etapa por la que atraviesa el Ciclo Básico y los prolongados conflictos gremiales entre los docentes y las autoridades, que perjudicaron a gran cantidad de estudiantes. Hubo, también, una pérdida de credibilidad del radicalismo por la instrumentación de algunas políticas y la presentación pública de otras.

El crecimiento de la agrupación liberal UPAU ha sido favorecido por una combinación de circunstancias.

De un lado, hay que tener en cuenta que el discurso de

la modernización y la eficiencia a rajatabla, vaciado de contenido ideológico y de sentido social, ha penetrado profundamente. Es lógico que el electorado universitario metropolitano y del conurbano se identifique con quienes prometen llevar adelante tales propuestas a cualquier costo. Un ejemplo claro es el de las privatizaciones: parecería que se demanda urgentemente pasar a manos privadas empresas deficitarias, sin medir las responsabilidades estatales en cada área, y transfiriéndolas a la esfera privada aunque sea a modo de regalo.

En este clima ultraliberal imperante, el avance de UPAU era previsto; la sorpresa fue la magnitud del crecimiento.

Por otra parte, hay que considerar el fenómeno de la desaparición de las agrupaciones estudiantiles independientes, débiles ideológicamente, que a través de una correcta estrategia electoral pasaron a engrosar el caudal de UPAU.

Pero la causa fundamental de la magnitud del avance liberal se basó en su estilo político. UPAU desplegó una crítica implacable y continua sobre la gestión del gobierno universitario, atribuyéndole toda responsabilidad a Franja Morada. El punto central de la crítica fue el sistema de ingreso directo, instrumentado por medio del Ciclo Básico Común. UPAU, en cambio reivindica la restricción del ingreso a la universidad, bajo la convicción—a nuestro criterio, errónea—de que así se resolverá el problema de la masividad de la enseñanza, madre de todos los males de la universidad. La ecuación de UPAU (ingreso directo-masividad-deterioro de la calidad) es reduccionista y demagógica.

De cualquier modo, UPAU se encuentra ahora con un espacio político importante en la conducción de la universidad, que obligará a sus dirigentes a diseñar una propuesta concreta y a compartir la responsabilidad del gobierno universitario, más allá de la crítica indiscriminada.

Franja Morada, en cambio, deberá reconocer su responsabilidad en el diseño de la universidad actual, rescatando los avances alcanzados—la autonomía, el cogobierno, la libertad de cátedra, el ingreso directo, los concursos sin proscripciones, en fin, la estabilidad institucional—y corrigiendo los errores cometidos y las deficiencias persistentes: la instrumentación del C.B.C., la falta de solución a los reclamos salariales, la ausencia de esfuerzos de autofinanciación y la necesidad de la descentralización académica y administrativa de la U.B.A.

MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

SIN DUDA, una de las novedades políticas del año 1987 fue la irrupción, en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires, del liberalismo como corriente representativa de amplios sectores estudiantiles.

La sigla UPAU (Unión para la Apertura Universitaria) aglutina, desde 1983, a la juventud universitaria del denominado "centro político" argentino. En el plazo de cuatro años, UPAU creció de un magro 7% inicial en la facultad de Derecho de la UBA a un 32% de las preferencias estudiantiles en toda la universidad, hasta llegar a presidir los centros de estudiantes de Derecho, Arquitectura, Ingeniería y Veterinaria y alcanzar la Secretaría General de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). Además, UPAU tiene presencia en catorce universidades del interior del país, constituyéndose en la segunda fuerza en las federaciones de Cuyo y del Nordeste.

No obstante, los dirigentes de UPAU creemos que las victorias políticas alcanzadas superan en importancia a los triunfos electorales obtenidos.

En primer lugar, el liberalismo universitario se ha *insertado dentro del sistema político estudiantil*. Es decir, participa periódicamente de elecciones en las que debe renovar su representatividad, comparte la conducción de diversos organismos con agrupaciones de distintas orientaciones ideológicas y, a partir de las últimas elecciones, tiene la posibilidad de aportar ideas y esfuerzo para el mejoramiento de la enseñanza superior desde el Consejo Superior de la UBA. Durante la rebelión militar de Semana Santa, UPAU firmó el acta de Compromiso Democrático, y participó de las grandes movilizaciones populares. Esta línea de conducta le ha permitido a la agrupación tener una identidad política diferenciada de la de los dirigentes tradicionales del liberalismo. El compromiso de la dirigencia y la militancia de UPAU con la democracia es incuestionable.

En segundo lugar, creemos haber forzado al resto del espectro político universitario a adecuarse a nuestro discurso político. Hoy en día, las campañas universitarias han dejado de centrarse en temas de política nacional, internacional, o en consideraciones ideológicas. El debate pasa, fundamentalmente, por la elevación del nivel académico, el sistema de ingreso, los planes de estudio o las eficiencias de los distintos servicios que prestan los centros de estudiantes. Instituciones o mecanismos de participación como las Asambleas, las movilizaciones, y los cuerpos de delegados se han convertido en hechos aislados de los cuales los estudiantes no toman conocimiento.

Un conjunto de factores constituyen la explicación para este impactante crecimiento electoral. UPAU se ha vis-

to favorecida por la popularidad del liberalismo —especialmente a nivel juvenil—. También repercutió favorablemente el progreso de la UCeDe en las elecciones del 6 de septiembre de 1987. El liberalismo universitario apareció como integrante de un sector político en expansión, mientras que la imagen —hasta entonces— ganadora de Franja Morada se diluyó con la derrota alfonsinista. Así como la sociedad advirtió un cambio político en el país, luego de las elecciones nacionales, y se consideró agotado el proyecto político del oficialismo, UPAU montó una campaña tendiente a concientizar al estudiantado de que también había fracasado el proyecto universitario de Franja Morada y había llegado el momento de inclinarse por "nuevas ideas".

Pero esta estrategia no podría haber prosperado de no haber ayudado las propias contradicciones y vacilaciones de las propuestas de los jóvenes radicales. Las marchas y contramarchas en torno al C.B.C. y la reforma de los planes de estudio hicieron que, en numerosas facultades, UPAU afrontara la elección con mayor credibilidad que Franja Morada. Haciendo un repaso de la historia universitaria reciente, advertimos otra área donde UPAU aventaja al radicalismo. A diferencia de sus pares franjistas, las habituales diferencias internas que ocurren en toda entidad, nunca originaron en UPAU una fractura, una sangría de militantes o abruptos recambios generacionales. En cierto sentido, el hecho de ser gobierno jugó en contra de Franja Morada, ya que muchos de sus dirigentes debieron incorporarse a la administración nacional o municipal.

Por último, la principal razón del crecimiento liberal consiste en la capacidad de ofrecer soluciones concretas para problemas concretos, amparados en la credibilidad que otorga el haber estado desde hace varios años trabajando —en distinto grado— en numerosos centros de estudiantes o institucionalmente como agrupación, prestando servicios y brindando información a los alumnos. Por ello, es común que estudiantes que no votarían a la UCeDe, sí lo hagan por UPAU. Se evidencia, así, una disminución de los prejuicios contra la ideología liberal.

Más allá de las preferencias partidarias de cada uno, el surgimiento de una nueva generación política que considera a las libertades públicas más trascendentes que la economía social de mercado es innegablemente un hecho positivo. El afianzamiento político-partidario de una corriente genuinamente liberal contribuye al objetivo nacional de afianzar la vigencia de las instituciones republicanas.

**"UNA DISMINUCION EN
 LOS PREJUICIOS CONTRA
 LA IDEOLOGIA LIBERAL"**

Por JUAN CURUTCHET

Juan Curutchet nació en Buenos Aires en 1964. Es secretario general de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) y presidente del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales (CEDyCS). En 1987 fue presidente de la Unión para la Apertura Universitaria (UPAU), expresión universitaria de la Unión del Centro Democrático (U.Ce.De).

EL SURGIMIENTO DE UNA NUEVA GENERACION POLITICA QUE CONSIDERA A LAS LIBERTADES PUBLICAS MAS TRASCENDENTES QUE LA ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO ES INNEGABLEMENTE UN HECHO POSITIVO. EL AFIANZAMIENTO POLITICO-PARTIDARIO DE UNA CORRIENTE GENUINAMENTE LIBERAL CONTRIBUYE AL OBJETIVO NACIONAL DE AFIANZAR LA VIGENCIA DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS.

LA GENERACION

RETRATO DE UNA GENERACION AUSENTE

Por Lucas Rubinich

Lucas Rubinich nació en Buenos Aires en 1955. Es sociólogo e investigador becario del CONICET sobre sociología de la cultura.

AQUELLOS QUE PUDIMOS ser los "nuevos" intelectuales de la primera mitad de la década del '80 (los que quizás hoy tenemos un poco más un poco menos de treinta) arrastramos algunas características peculiares y varios problemas sobre los que me gustaría reflexionar.

Por empezar habría que preguntarse dónde estamos, qué lugar ocupamos en el campo intelectual. A través de un elemental procedimiento estadístico podríamos dilucidar esta cuestión. Al responder a las preguntas: quiénes (en este período) han pasado de inéditos a éditos, o quiénes, sin haber publicado son reconocidos por sus pares debido a prácticas tales como conferencias, artículos, etc., tendríamos un buen panorama para empezar a discutir. Claro que en esas respuestas encontraríamos a la vez de una reducida población, intelectuales que pese a la aparición de su primer libro no pueden considerarse totalmente nuevos (1) (y creo que esta situación persiste aun teniendo en cuenta la fractura producida por el exilio en el campo intelectual).

Si esto es así, ¿dónde están (estamos) los de esta franja fantasma a la que me refería al principio? ¿Cuáles son los signos que permiten hablar de ella? ¿Existen en realidad estos "nuevos"? Entiendo que si nos atenemos al sentido literal responderíamos negativamente a la última pregunta. ¿Por qué? Porque existen (existimos) potencialmente. No es un hecho verificable con los métodos usuales. Somos menos un grupo intelectual que una des poblada franja improductiva —con algunas puntas que no parecen anunciar ningún iceberg de futuros hacedores. Más una serie de individuos dispersos que aspiramos en las diferentes especialidades a ser algo, que intelectuales constituidos. Más un deseo, un intento que una inserción palpable.

Claro, de acordar con estos supuestos nos veríamos enfrentados a una serie de dificultades y también a una cierta decepción. Dificultades ya que deberíamos preguntarnos si es legítimo hablar de esta especie de grupo

que sólo tendría existencia potencial. Decepción en tanto se nos ocurriera intentar (y es imposible no hacerlo) alguna que otra comparación con los predecesores. Bastaría revolver un poco en nuestra historia intelectual más moderna para que esos diversos momentos de nuestro pasado cercano se nos presenten —nos asusten— como situaciones antitéticas. Las muchas y variadas publicaciones de los '60, el ingreso masivo de los jóvenes intelectuales, la gran cantidad de revistas dirigidas por ellos mismos que a la vez operaban como instituciones consagratorias para sus pares... no estamos en ese clima: ni por los sueños que ellos pudieron soñar, ni por la situación concreta. Piglia, recordando ese productivo momento del ambiente intelectual, decía en el '80: "Si uno compara ese período con el actual no puede menos que recordarlo con nostalgia: se podía publicar con relativa facilidad, lo que si bien no mejora la literatura, ayuda a difundirla". Es cierto, y no sólo por eso. El clima es diferente, no tenemos ahora la euforia de esos años de la revolución cubana, ni el psicoanálisis, ni la sociología como elementos novedosos dentro del campo intelectual, no escribimos al amparo de la luz de Sartre, ni "descubrimos" a Cortázar. (2) Lo nuevo dejó de serlo (eso no sería nada) y lo que es peor algunos mitos se fueron desmoronando. Por esto creo que el problema actual es más complejo que aludir a la escasez de editoriales —de todas maneras coincido con Piglia— y a las dificultades de publicación que evidentemente existen.

El clima de nuestra iniciación no es fervoroso ni mucho menos (sobran razones por supuesto), no hay "faros" al decir de Bourdieu (Borges, pero no con la algarabía del descubrimiento), estamos inmersos en un ambiente signado por la crisis de modelos teóricos, no tenemos la certeza de un camino que nos lleve hacia el lugar porque tampoco estamos seguros del lugar. Y lo que puede ser un benévolo viento foucaultiano es también, y muchas veces, desconcierto. (3)

Este artículo del cual surgió el tema de "La generación ausente" fue publicado en *Punto de Vista* N° 25, de abril de 1985.

Dos réplicas que no reproducimos fueron publicadas en el N° 27 de la misma revista, en diciembre de 1985.

ION AUSENTE

Por estas cosas y por algunas otras pareciera que los jóvenes intelectuales del '80 somos efectivamente más lo que seremos, algo que se intuye, antes que un grupo con obras y proyectos que nos avalen.

Pero si enfrentamos las dificultades y asumimos nuestra existencia aunque más no sea como aspiración, es legítimo preguntarse quiénes somos, por qué respondemos a esta caracterización retorcida, problemática. Por qué somos lo que somos o, mejor, por qué todavía no podemos ser. Creo que hay respuestas y tal vez muchas parecerán obvias, pero no obstante entiendo que es necesario reflexionar sobre ellas e incorporarlas productivamente. La posibilidad de ser excluye tanto el entierro como la glorificación de la historia reciente: ni borrón y cuenta nueva, ni la construcción de otro edificio mítico para ser adorado.

Posiblemente el porqué somos se conteste insistiendo en el quiénes. Más precisamente, tratando de descubrirnos, de animarnos a mirar nuestro pasado inmediato, intentando repensar (¿o pensar?) nuestra corta experiencia (en realidad nuestra larga experiencia: toda ella de iniciación).

Estamos cansados y somos menos jóvenes que otros (los del '60, por ejemplo), doblemente menos jóvenes. Porque efectivamente algunos tenemos casi treinta o más de treinta y porque estos años nos hicieron envejecer. Somos hombres maduros porque vivimos en el horror, no necesariamente en el horror de los campos; también en el del exilio, en el del miedo constante a la muerte física y a la otra: la de sobrevivir vegetando, resignados. Y aunque tengamos en nuestros ojos o en algún recóndito lugar de la conciencia las marcas de nuestra vejez prematura, somos intelectuales en pañales. Casi no existimos, somos lo que vamos a ser si podemos juntar las hojas de los libros que quemamos o que simplemente no pudimos leer. Y así y todo los que lleguen a serlo no serán quizás los mejores de los que podrían haber sido; serán (o seremos) los sobrevivientes, y dos veces sobrevivientes: porque estamos vivos y porque pudimos continuar con algunas lecturas.

Como algunas personas, como lo fueron muchos intelectuales argentinos, creo que nosotros podemos considerarnos casi autodidactos. Pero un nuevo tipo de autodidacto en una época en la que esta especie se está extinguiendo. Y digo nuevo tipo porque algunos estábamos en la universidad pero no era en ese lugar donde podíamos formarnos. No era allí donde podíamos encontrar qué leer. Nuestras lecturas eran extrauniversitarias, desordenadas, solitarias, con poca posibilidad de discusión.

Pero si, como decía antes, no tuvimos modelos, "padres", algunos encontramos hermanos mayores que hicieron menos ardua esa marcha con destino incierto por la que nadie (ni nosotros) se anima a apostar. En una Buenos Aires donde los ámbitos públicos de discusión estaban reducidos al mínimo, unos pocos y dispersos intelectuales (exiliados internos) reunían en anónimas habitaciones pequeños grupos de jóvenes que persistían en llenar el vacío que, como único bien, les proporcionaba la universidad. Hermanos mayores porque estos intelectuales que habían publicado o quizás tuvieron una cátedra universitaria tampoco eran grandes consagrados.

Podrían haberlo sido pero la ruptura de la trama de relaciones habitual en períodos más propicios, la desinformación, el silencio, habían creado un espacio en blanco entre ellos y sus lectores potenciales. Eran, además, miembros de los restos de un campo intelectual que por razones de supervivencia había reforzado sus lazos corporativos.

Solitarios como cúpulas de los edificios abandonados los más jóvenes nos adherimos a ellos con todos los brazos posibles. Eran intelectuales con biblioteca, poseían una enciclopedia que nos permitió ordenar nuestras lecturas dispersas y descubrir otras. Discípulos, tal vez amigos de algunos grandes ausentes, nos enteraban de sus obras y también de cierto anecdótico. Aun en esos aspectos de lo cotidiano parecían intentar el retejido de una trama que indudablemente se había logrado cortar. Huérfanos, encontrábamos en estos padres sustitutos la posibilidad de enterarnos de la existencia de un mundo intelectual que no llegaba a la universidad. Así y todo, los que hacíamos estas actividades éramos pocos.

Por eso creo que conformamos una élite, una triste élite desarticulada, una élite de los que pudieron seguir caminando. Una élite que no es para nada gloriosa como suelen ser la de los jóvenes intelectuales que descubren la pólvora. Por el contrario es gris, ocupa los bancos de una oscura sala de espera y parece por momentos ser desesperanzada. Aunque, probablemente, el principal motivo de la persistencia sea una esperanza, pero no la esperanza bullanguera y hasta a veces agresiva común a los jóvenes, ésta no es explícita, es casi secreta y solamente se adivina por la intención de hacer.

¿Es que podríamos, por ejemplo, ser parricidas (que aunque suene paradójico sabe ser una saludable costumbre para la vida intelectual), huérfanos como somos? ¿Podemos emprenderla con nuestros hermanos mayores cuando todavía no hemos podido despegarnos de su influencia? Pienso no obstante que debemos diferenciarnos porque a veces nos oponemos sin producción y otras nos mimetizamos con ellos. Y ésta es otra buena oportunidad para responder a la pregunta "quiénes somos". Además de contar con una escasa producción y una deficiente formación, de poseer una casi inexistente presencia en el campo intelectual, tenemos otra historia de vida. Si nuestros hermanos mayores reniegan apasionadamente de antiguos amores creo que nosotros podemos ser más serenos aunque no menos críticos en el rechazo. Posiblemente podamos revisar más desprejuiciadamente esa cultura de izquierda de los años '60 de la que fueron protagonistas y hacedores. Y también mirarla con cierta distancia quizás porque no estuvimos en ese tiempo de sueños en el que se edificaban paraísos. Los pedestales y los altares ya habían sido construidos cuando nosotros llegamos (y ya se veía en algunos signos su deterioro), las ceremonias y el resto de la simbología que ayudaron a levantar nuestros hermanos mayores estaban en el principio de su decadencia. Llegaba la hora de la acción: más que ellos quizá sentíamos la inminencia de un cambio; a diferencia de ellos nuestra cultura política era muchas veces arreflexiva y por qué no, casi exclusivamente militar. Era el momento en que se resolvía la contradicción que aquejaba a muchos intelectuales de

L A G E N C

los '60 producción intelectual militante o militancia a secas. Parecía haber triunfado el segundo término de la ecuación y muchos de nosotros éramos el extremo práctico de un proceso que había comenzado alrededor de 1958.

Quizás sean éstas, junto con la censura y la crisis editorial, algunas de las varias razones que expliquen nuestra improductividad. Aunque si es por las últimas podríamos tener obras acumuladas en los cajones de nuestros escritorios. Podríamos haber soñado algún texto genial en medio del vacío que afloraría con el fin de las restricciones. Entiendo que no fue así. En vano buscamos y sólo encontramos escrituras asistemáticas, desordenadas. Solos, ni siquiera pudimos ser buenos cultores del género epistolar. Algunos poetas preocupados se salvan de este panorama poco feliz, pero creo que no ocurre lo mismo con los narradores y supongo que tampoco es diferente la situación de los ensayistas. (4)

Y si algunas cosas mejoran (las editoriales, por ejemplo, o las condiciones que permiten la aparición de revistas) nuestra producción aparecerá (probablemente esté apareciendo) junto a gente más joven, a los "adolescentes del proceso" y por eso nos convertiremos en una generación sánguiche. Por un lado nuestros hermanos mayores que legítimamente están ocupando las posiciones de un campo intelectual que trabajosa y conflictivamente se está rearmando y por el otro los jóvenes marcados por Malvinas. Los que quizás y pese a todo tengan características más alentadoras por haber comenzado su proceso de iniciación en un clima de apertura, de discusión pública y de nuevas lecturas. En el medio, nosotros: preguntándonos si realmente tenemos algo para decir.

Si más que intelectuales somos aspirantes a serlo, si tampoco somos los mejores sino los sobrevivientes, si estamos huérfanos de paternidad intelectual, si tenemos una pequeña y a veces desordenada enciclopedia, si somos pocos e improductivos, el interrogante puede pensarse como algo más que una simple coquetería nihilista. ¿Tenemos algo que decir? Y antes que eso: ¿hay elementos compartidos más allá de algunas características nada alentadoras? Pienso que sí. En principio muchas de esas características forman parte de un conflictivo proceso de iniciación en el que estamos todavía inmersos. Es por eso que en el murmullo de nuestras voces no se pueden escuchar proyectos, pero sí se intuyen ciertos elementos a los que no llamaría ideológicos sino conformadores de un clima de ideas común.

Nosotros, como muchos intelectuales (y seguramente como todos los que aspiran a serlo), como narrador de la biblioteca de Babel de Borges, peregrinamos en busca de El libro, del Catálogo de catálogos, pero quizás antes que otros comprendimos los peligros que trae la ilusión del hallazgo. Vemos como nos ven los otros, dice Bloom en el *Ulises*, y es costumbre que practican algunos viejos sabios. Por los avatares (quizás los beneficios) de una vida poco exitosa intuimos ciertos aspectos de esta cuestión: una mirada no parece ser otra cosa que eso y simplemente eso: un recorte parcial. Quiero decir en otras palabras que si no podemos ser intolerantes o autoritarios —significante que pareciera vaciarse por el uso indis-



criminado pero que hay que rescatar— por haber sufrido los extremos más aberrantes de esas conductas, tampoco podemos pensarnos dogmáticos ni soberbios. Tal vez aprenderemos, por fin, a ser buenos ateos de todos los dioses.

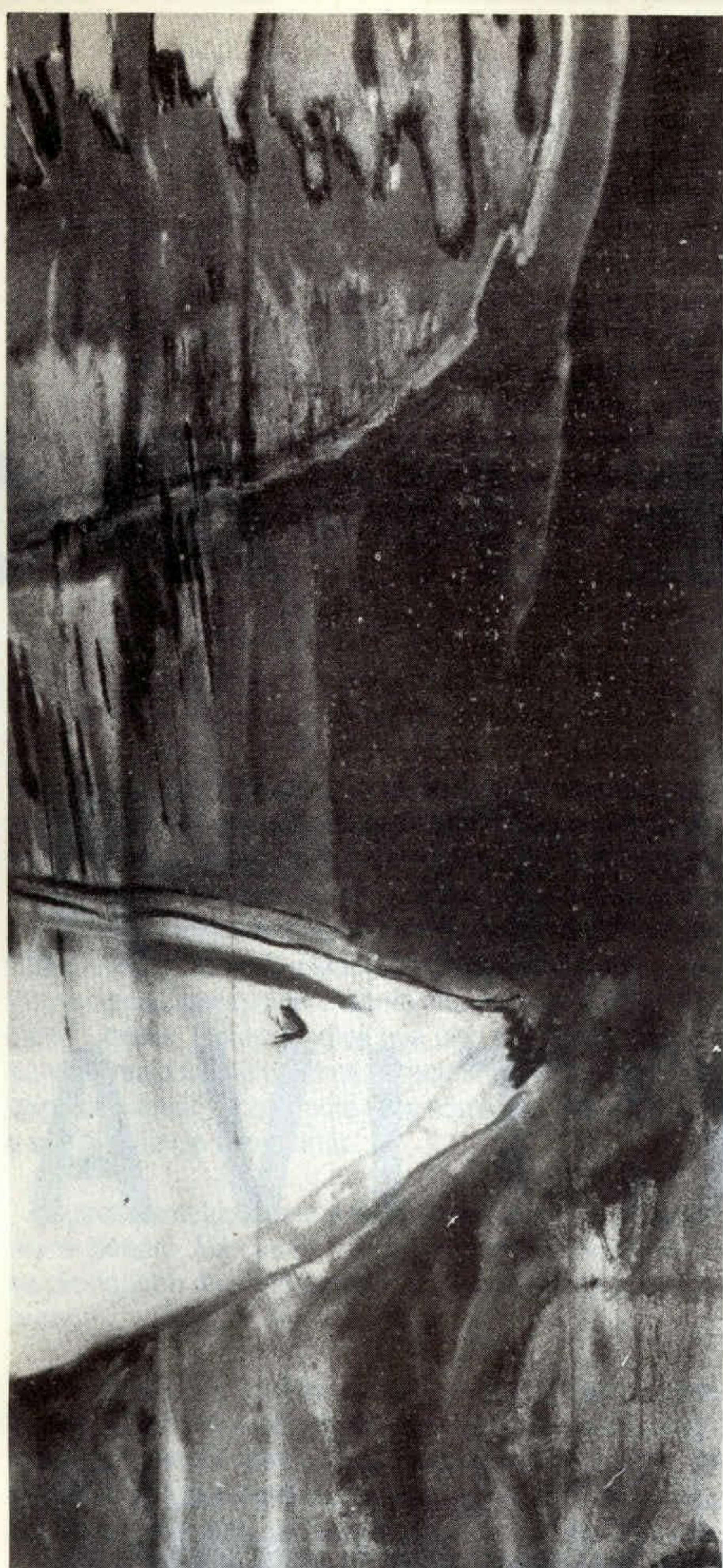
Ahora bien, estas características seguramente influirán en nuestra producción futura. Nada de lo que se escriba puede ser extraño a la historia de vida de los productores y esa biografía no es extraña a la historia. Eso se verá. Por el momento, no sería arriesgado pensar que en el anonimato de nuestra obligada espera hemos discutido sobre algunas cuestiones. Supongo que existirán cosas que nos preocupen, sobre las que tendremos algo para decir.

De ser así, de concretarse lo que sólo aparece como inquietud, muy probablemente se produzcan reflotamientos de textos y autores olvidados o la revisión de la historia para intentar "construir" un pasado que avale los nuevos aires. Mientras tanto, creo que en ese campo es posible reconocernos. Es deseable pensarnos en el marco de ese clima compartido, de ese sentimiento generador, quizás, de una conciencia democrática, transformadora e irremediamente libertaria.

NOTAS

(1) En 1983, por ejemplo la colección "Nuevas Propuestas" (hoy interrumpida) del Centro Editor de América Latina, publica cuatro o cinco títulos nuevos de diferentes autores. De esos autores sólo dos publicaban por primera vez: Carlos Dámaso Martínez y Elvio Gandolfo. Así y todo estos nombres están más asociados por trayectoria y actividades previas a la publicación a intelectuales iniciados en la última etapa de la década del '60.

(2) Dicen que no todo lo que brilla es oro y puede que sea así. En abril de 1963, en el N° 8 de la revista *Hoy en*



AUSENTE

la cultura, Pedro Orgambide publicaba un artículo titulado "La gran frustración" en donde se describen las desdichas de los jóvenes intelectuales de ese período ante la irrupción de un clima consumista. Clima que peligrosamente podía llevar a transformar a los nuevos intelectuales en "jóvenes ejecutivos en un mundo gobernado por la alienación, la Alianza para el Progreso, el Estudio de Mercados, la psicotecnia, la sociometría, la música funcional". Implícita y a veces abiertamente se menciona una época de oro en donde esto no ocurría.

Evidentemente el clima que había producido la incorporación de nuestro país a la sociedad de consumo era nuevo. Y se reflejaba o mejor afectaba a los artistas, que para sobrevivir debían realizar actividades poco dignas, alienantes: escritores que deben trabajar en agencias de publicidad (cita a David Viñas), pintores que desempeñaban el mismo y nada gratificante oficio, actores que "por cuestiones económicas... habían dejado el teatro independiente y mendigaban algún 'bolo' en la televisión", etcétera.

Se comprende el temor ante el clima consumista. Aunque desde hoy (no tenía por qué saberlo Orgambide) es posible suponer que ese ambiente generó el fenómeno EUDEBA, *Primera Plan* y seguramente también tuvo algo que ver con el boom.

Pero la angustia de Orgambide tiene diferentes bases que las nuestras. Aquellos que con todo derecho veían un futuro negro habían publicado en su mayoría; Viñas, quien tuvo que trabajar en una agencia de publicidad, lo había hecho; también Constantini que tenía que escribir fotonovelas para vivir, lo mismo Manauta que trabajaba en un aserradero del Tigre. Y si Abelardo Castillo no conseguía lugar para estrenar su obra *Israfel*, acababa de ganar (como lo aclara un recuadro del mismo artículo) un primer premio internacional de autores dramáticos latinoamericanos contemporáneos, organizado por la UNESCO. Los frustrados tenían tras de sí publicaciones y

premios. Ya eran y tenían miedo de dejar de ser. Nosotros no somos y si se nos ocurre temerle a algo será al no poder ser.

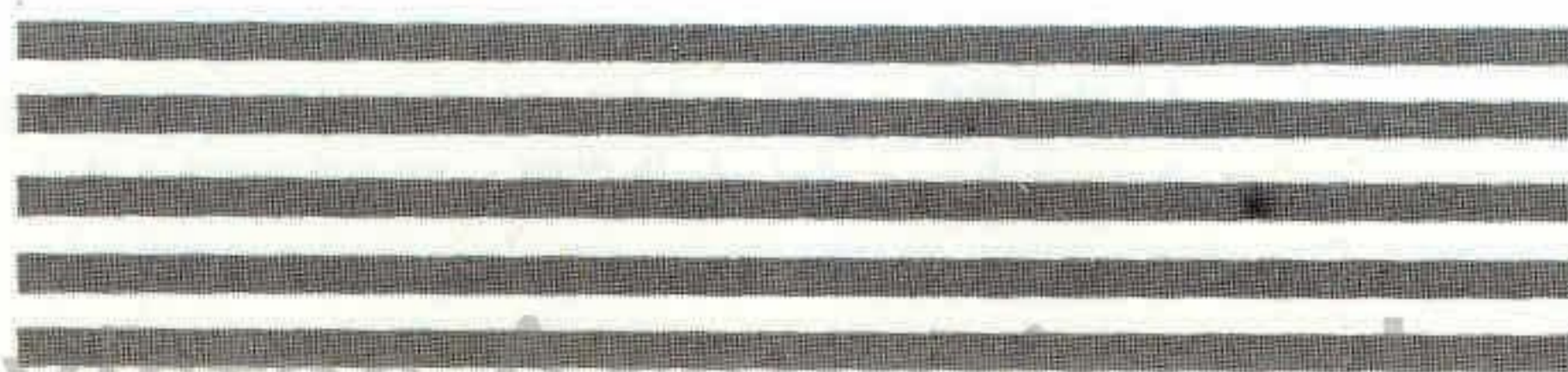
El artículo nos permite ver que en los paraísos también hay problemas y sobre todo (insisto) que las diferencias en cuanto a la inserción (problemática o no) en el campo intelectual entre esos años y éstos evidentemente existen.

3 En un artículo de *La Razón* (10-2-85), Oscar Terán se pregunta por qué los argentinos no tuvimos "nuestros años Foucault", si "solamente se debió a la barbarie represiva de los últimos años". Yo no puedo contestar a esa pregunta. En lo que obviamente hay que coincidir es en la inexistencia de "años Foucault". Evidentemente muchos de nosotros desconocíamos a Foucault (por lo menos no lo leímos con la intensidad que supone la existencia de años Foucault). De todas maneras yo arriesgaría que en estos últimos años (dos o tres o cuatro) los que se permitieron interrogar críticamente al pasado inmediato generaron un clima pre Foucault. Un clima en el que dolorosa y tímidamente se aprendía a "hablar de la otredad". Una zona indefinida en la que también conviven el desconcierto y elementos autoritarios.

(4) Aún en este marco desalentador se hicieron algunas cosas. Alrededor de 1978 aparecen en Buenos Aires una considerable cantidad de revistas literarias o culturales (recordar la mesa de subterráneas existente en La casa de Iván Grondona). En el diario *La Opinión* del 1º de abril de 1979, una nota que ocupa la parte más destacada del suplemento cultural da cuenta de esta presencia.

Estas revistas nuevas, sin una orientación muy definida (salvo *El Ornitorrinco* y *Punto de Vista*, generalmente hechas por jóvenes, representaron evidentemente un gesto de resistencia cultural ante el vacío provocado por la dictadura. Gesto heroico y desesperado que parecía intentar un "aquí estamos pese a todo", aún sin tener una noción clara sobre quiénes constituían el nosotros.

De todos modos no pasó de ser un intento que en el marco de precariedad de las condiciones existentes se fue diluyendo. Precisamente es esta situación de precariedad la que puede explicar la inexistencia de elementos propios, originales en algunas de estas revistas que parecían ubicarse en el marco de la izquierda. Sutilmente, con una ambigüedad a veces perseguida y otras producto de la desinformación se intentaba el rescate de una cultura de izquierda (en el sentido más amplio posible) que parecía (o de hecho había sido) destruida: restos de la cultura de izquierda de los '60. Probablemente no se podía pedir otra cosa que un rescate, la recolección de los restos. Si las condiciones no eran propicias para realizar ninguna actividad, de intentarla, el gesto posible, más que la construcción, sería el de rescate: no se podía edificar sobre la nada.

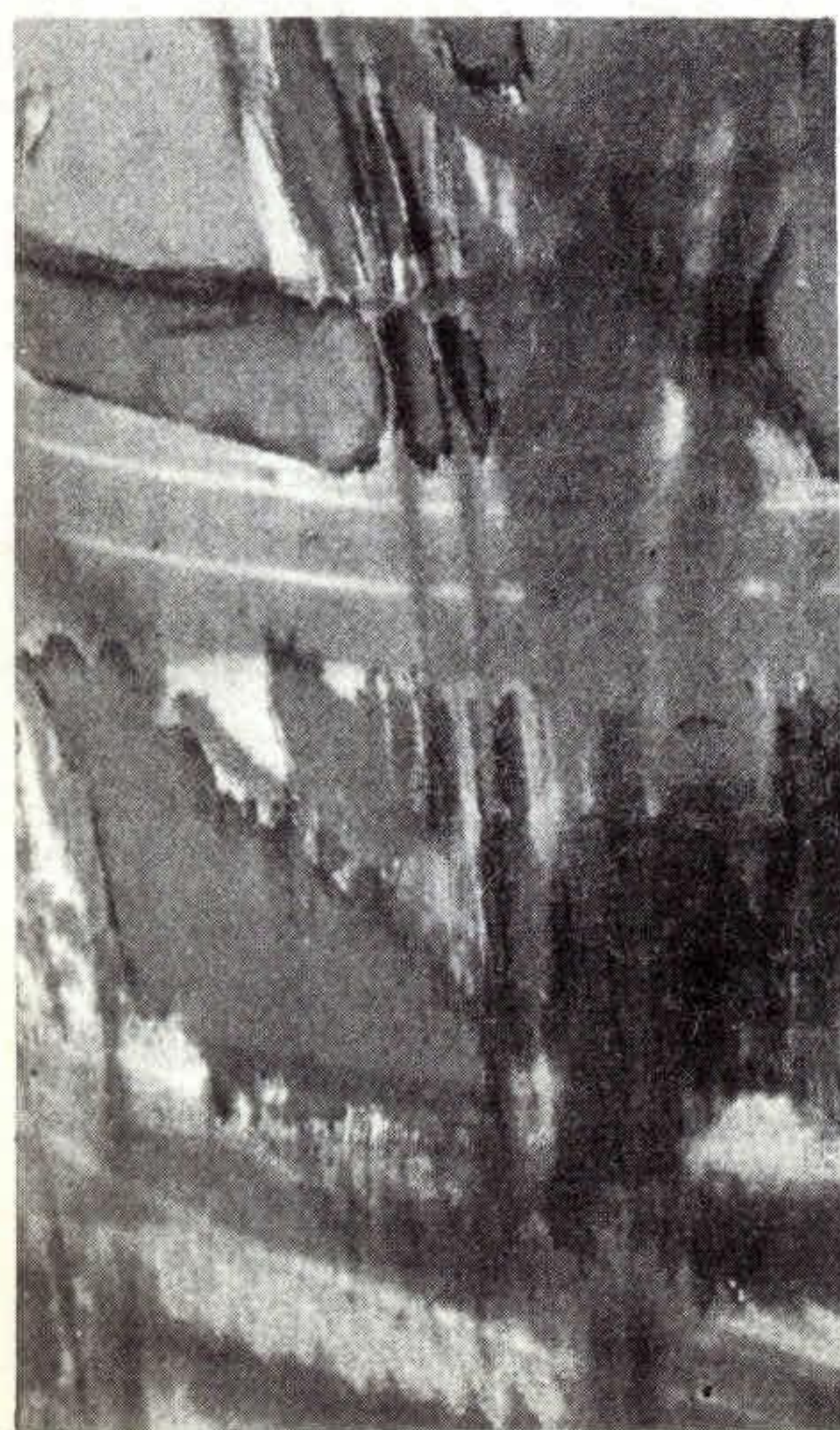


L A G E N E R A C

M I R A D A R E T R O S P E C T I V A

Por Sergio Chejfec

Sergio Chejfec nació en Buenos Aires en 1956. Su primera novela, *Lenta Biografía* será editada en septiembre de este año por editorial Sudamericana. Colaboran con comentarios bibliográficos para las revistas *Fin de siglo*, *Punto de vista* o *Babel*.



COMO ES SABIDO, el tiempo otorga una distancia que es a un tiempo específica y difusa; el objeto de la mirada se encuentra al final de un camino mental —temporal— que lo destaca y lo circunda. Evasivo, ese objeto se presenta con la arbitrariedad propia de los recuerdos y con la simple constancia de su existencia histórica. Disculpados entonces de la privada ambigüedad del método, nos queda sólo usufructuar sus ventajas y entender como inevitables las desventajas.

Con la intención de intentar reconstruir el perfil de aquella generación de jóvenes intelectuales y escritores que tuvieron alrededor de treinta años en el período de fines de la dictadura militar de 1976-1983 y comienzos de la presidencia de Alfonsín, creímos de utilidad exhumar un reportaje realizado a Sergio Chejfec pocos años antes de su muerte.

Chejfec fue un escritor de una medianía asombrosa, casi perfecta; tanto es así que se supone que ella no ha sido sólo el reflejo de sus limitaciones literarias sino también una especie de voluntario compromiso moral que le imprimió a su vida. Sus respuestas no se refirieron únicamente al tema que nos ocupa, por lo tanto preferimos reproducir sólo éstas: los mencionados rasgos de Chejfec hicieron que descartemos las otras. El testimonio fue recogido por la periodista Rita Fonseca, a su vez fallecida pocos meses después que su reportaje. He aquí el texto.

Chejfec debe ser uno de los pocos fumadores que todavía quedan en la Argentina, a pesar de que durante casi toda su vida él fue un "no fumador", como gusta denominarse en sus períodos de abstinencia. Fumador enamorado, podría una decir, aspirando con cada bocanada a recibir una violencia íntima y volátil. Agregado a este anacronismo, posee a primera vista otro doble: utiliza unos anteojos que estuvieron de moda en la segunda mitad de la década del '80 y que eran a su vez remedos de los que se usaban a fines del siglo XIX y comienzos del pasado. Precisamente del período en el que apareció por segunda vez en el mundo ese diseño de lentes queremos

hablar con Chejfec. ¿Cómo recuerda usted los comienzos de su generación literaria o intelectual?

En principio, debo aclarar que no me considero la persona más indicada para recordar estas cosas. Jamás creí en las generaciones, y cuando ellas surgían a la luz en función de conceptualizaciones de la historia cultural o literaria todos los individuos y sus producciones supuestamente pertenecientes a ellas terminaban confundidos en una masa amorfa dado que era una necesidad amoldarla a cada característica individual. Las generaciones intelectuales nunca son numerosas, y hay un momento en que la homogeneidad de la generalización choca con el matiz elemental de cada vida. Quizá no suceda lo mismo con las generaciones políticas. En una conversación que mantuvimos por la época de la presidencia norteamericana de Reagan, el crítico Carlos Mangone me hizo ver que hay acontecimientos sociales o políticos que definen el temperamento o el sentido de una generación; recuerdo que él me dio ejemplos incontestables: la reforma universitaria del '18, el Cordobazo, la guerra de Malvinas. Pero el concepto de generación literaria resulta pobremente descriptivo y es de escasa funcionalidad.

Que sea inapropiado no implica su inexistencia. De hecho la realidad se sigue dividiendo en generaciones...

No, por supuesto. Yo quiero explicar un poco por qué fue una cuestión a la que nunca le dimos demasiada bolla, como se decía antes. Recuerdo que en la carrera de Letras estábamos expuestos por parte de varias cátedras a un bombardeo incesante de la teoría de las generaciones. Petersen, Ortega y Gasset, Cedomil Goic, ¡e incluso Julián Marías! Había que contar de quince en quince años desde Descartes, desde la aparición del *Discurso del método*. Goic, muy sagaz, decía que en América en cambio se debía contar desde el descubrimiento. Había también una serie de funciones a llenar: cada generación tenía un guía, un mentor, un modelo consagrado de ruptura y demás. Recuerdo que todo era tan desatinado que con algunos compañeros —entre los que estaban el poeta Charlie Feiling, Marquitos Mayer, Graciela Montaldo,

NO N A U S E N T E

Alan Pauls, Eva Tabakian, y otros— nombramos como mentor de la nuestra a Marcelo Sztrum, que por ser un poco mayor que nosotros y por radicarse en París —y porque era un polemista verbal— cumplía con los mejores requisitos. Como era más joven y sumamente irreverente, a Osvaldo Pardo lo caracterizamos con el benjamín; pero ese lugar quedó vacante una vez que partió a Estados Unidos. Petersen dice que uno puede ser mentor aunque resida lejos de la generación, pero que el benjamín debe estar en contacto muy estrecho. Para nutrirse y ser el guía de la próxima.

Querría que tuviera una visión más profunda y menos entreteloneada. Más sería, si cabe. Durante aquellos años se produjeron algunas polémicas relacionadas con este tema.

Lo que pasa es que las cosas —aunque sean importantes— siempre suceden de este modo. De hecho, existe una dimensión cotidiana de los procesos políticos, de los hábitos y las modas culturales, etc.; todos nos vamos alimentando de eso, pero poco a poco se sedimenta con el tiempo una especie de solemnidad que nos impide recordar con precisión. Sin duda, es conveniente conservar el matiz cotidiano de la vida pasada. Con respecto a las polémicas que usted menciona, quizá se refiera a una nota de Lucas Rubinich; él decía que había una generación —la nuestra— que estaba ausente, que no daba muestras de vida, que no tenía participación pública. Este artículo generó una pequeña polémica, fueron réplicas que no estaban de acuerdo con la caracterización de Rubinich y que no se veían representadas en la generación que él había diseñado. No recuerdo muy bien los detalles, pero en general yo pensaba que era una discusión vana; que lo importante era producir. Discutir con y desde la producción intelectual. El tema que estaba tras esta polémica era la articulación del intelectual argentino en la transición democrática que se vivía después del genocidio efectuado por los militares. Y éste, a su vez, constituyó otro debate que —aunque más amplio— no fue nada enriquecedor. Basta compararlo con los que se desarrollaron en los primeros años de la década del '90. Ahí to-

dos los intelectuales se dieron cuenta de que le habían estado hablando a una sociedad que no los escuchaba. Fue duro, costó varios suicidios, pero tenía que ser así.

Si usted sostiene que aquella polémica no tuvo sustento ¿cómo se justifica que haya aparecido?

Bueno, por un lado el debate amplio que recién mencioné y que en este caso en particular estuvo un poco en bambalinas, para decirlo de algún modo. Y por otra parte, creo que en definitiva toda esta polémica entre los jóvenes estuvo también movilizadora por una suerte de deformación profesional. Como intelectuales que venían de la crítica literaria, la sociología o la historia, estaban acostumbrados a buscar alguna convalidación o invalidación en las páginas abiertamente performativas de los textos que consultaban: las cartas, las polémicas, los avisos, los editoriales, etc. Entonces creyeron estar marcando época, produciendo historia, sin tener en cuenta que esos elementos son sólo accesorios. Esa dimensión histórica de esta polémica yo en ningún momento la percibí, aunque era una de las personas supuestamente interesadas. Mi generación no existía, ni ausente ni presente.

¿En algún momento percibió después la existencia de su generación?

De hecho no, como ya lo dije. Lo que sí me sucedió en un momento, creo que meses antes de cuando Monzón acabó con su esposa y se mató Alberto Olmedo, fue el hecho de adquirir cierta noción de continuidad temporal y de percibir cierta afinidad literaria con otros escritores de edad cercana. Es probable que estas afinidades hayan sido sólo electivas; pero esto ahora no importa. El desencadenante fue un impresionante texto del por aquella época únicamente poeta Sergio Bizzio; era un autorreportaje de unas treinta páginas que después derivó en una magistral novela. Bizzio contestaba un reportaje medianamente frívolo, realizado por una periodista, en el momento álgido de su consagración literaria: hasta era best-seller en Estados Unidos. Por supuesto, la ficcionalidad también residía en la fecha del interrogatorio; era el noventa y pico y estábamos creo que en el '87. Aquel recurso inocente de una persona allegada me descubrió, con su enredo temporal que cuando se reflejaba en el texto adquiría la condensación de la verdad, cierta dimensión histórica que no había encontrado en los textos programáticos. A partir de allí pensé que no convenía aguardar que el tiempo produjera una estética común con mis contemporáneos, que la importancia residía en la libertad con la que nos dirigíamos a los materiales. Es mucho, es poco. Es poco. Pero es así.

¿Cómo eran los intelectuales en aquella época?

Siempre me resistí a hablar de cosas que excedieran un tanto lo literario, incluso ahora me siento incómodo con sus preguntas. Para no ofenderla, seré breve. Me parece que por esos años la imagen que privó fue la del desconcierto. Hubo intelectuales que apostaron al alfonsinismo, hubo otros que apostaron al peronismo democrático.



L A G E N E R A C I O N

Por supuesto, los primeros se desilusionaron antes que los segundos: no podían modificar la realidad. Hubo otros que se mantuvieron algo solitarios, ellos estaban desilusionados desde mediados de la década del '70. Había —parecía haber— una sociedad que ya no los necesitaba. Las revistas culturales, desde las más importantes hasta las más subterráneas, tenían una cantidad minúscula de lectores; parecían estar hechas para ellas mismas. Se formaron como corporaciones; el temperamento era corporativo. Hubo grupos aristocráticos y pluralistas, otros populistas y autoritarios. Los solitarios pervivían, algunos de ellos del todo anacrónicos.

¿Qué le recuerdan las palabras Grupo Shangai?

Un malentendido. En cierto momento, también por el año '87, algunos amigos decidimos reunirnos más o menos regularmente para conversar de literatura, del ambiente cultural, y de cosas en general. Contar experien-



cias, comer juntos y demás. Como los clubes de adolescentes, aunque ya maduros nos comprometimos a guardar la existencia del grupo. Todos pensábamos en la mitología, eso le dio el impulso, pero después se fue apagando. Había diferencias de todo tipo entre los integrantes, y de todos modos nunca se llegó a grandes enfrentamientos porque no nos habremos reunido más de seis veces. Aquellas reuniones no eran el único momento de encuentro, por lo tanto los que tenían entre sí más cosas en común se veían con mayor regularidad. Antes hablé de temperamento corporativo, y había algunos en el grupo que aparentemente lo tenían. Alguien —por lo que mereció después un temporario aunque extenso descrédito— organizó entonces una reunión del grupo que iba a consistir en una presentación pública delante de un semanario. Casi todos se arrepentieron del resultado: generalizaciones odiosas y falsas, cholulismo, esas cosas. Lo que mejor me impresionó fue la indignación de la gente cuando vio que las ideas no tenían —no tienen— por qué ser serias.

¿Quiénes integraban el grupo?

Diego Bigongiari, Jorge Dorio, Ricardo Ibarlucía, Martín Caparrós, Daniel Samoilovich, Sergio Bizzio, Luis Chi-

tarroni, Alan Pauls y Daniel Guebel. Y yo. Creo no olvidarme de ninguno. Bizzio en realidad fue un renunciante prematuro, un adelantado; después de algún modo lo hicimos todos en conjunto: dejando de citarnos y no hablando del tema, lo cual ya había sucedido bastante antes del reportaje. Bueno, Bizzio fue un renunciante prematuro. Estábamos en la casa de Caparrós intentando definir algún objetivo para este grupo que no tenía ninguna razón de ser programática. No había ningún objetivo posible dado las diferentes expectativas de todos. La reunión tornó a ser cada vez más pesada, y aburrida; había algunos miembros que eran de una terquedad desatinada y que sugerían proyectos y participaciones públicas que a muchos nos daban terror de sólo imaginarnos perdiendo el tiempo y el esfuerzo en eso. Eran cosas parecidas a las del futurismo, con toda la ambigüedad ideológica que implicaba, como lo describió bien tiempo después otro miembro narrador. Entonces Bizzio, que desde hacía un rato estaba diciendo que tenía hambre y que se quería ir a comer una pizza, verificando que no conseguía adhesiones explícitas, prefirió retirarse. Fue una situación violenta, de tensión. Alguien le había dicho que si valoraba más el pedazo de pizza que lo que se estaba haciendo, y que si no era capaz de esperar, que sabía dónde estaba la puerta. Entonces fue cuando Bizzio se fue. Muchos envidiamos a Bizzio; la reunión podía soportar que uno se fuera, pero la deserción de otro hubiera implicado levantarla. Por lo tanto seguimos soportando el tedio hasta que un par de horas después fuimos a la pizzería. Bizzio ya no estaba. Creo que su renuncia inició la temprana decadencia del grupo. El recuerdo de Bizzio nos hacía sentir culpables. Y un dato singular aunque no venga al caso: recuerdo que meses después se editó la primera novela de Guebel, el *Arnulfo*. Este texto generó cierta repulsión, y hoy lo vemos como libro de lectura para niños de sexto grado. El *Arnulfo* canonizado; es a Guebel a quien le llegó la hora. Recuerdo que solíamos ironizar una pregunta retórica de Piglia: "¿Quién de nosotros escribirá el *Facundo*". Fue Guebel.

¿Con quién tenía mayores afinidades electivas?

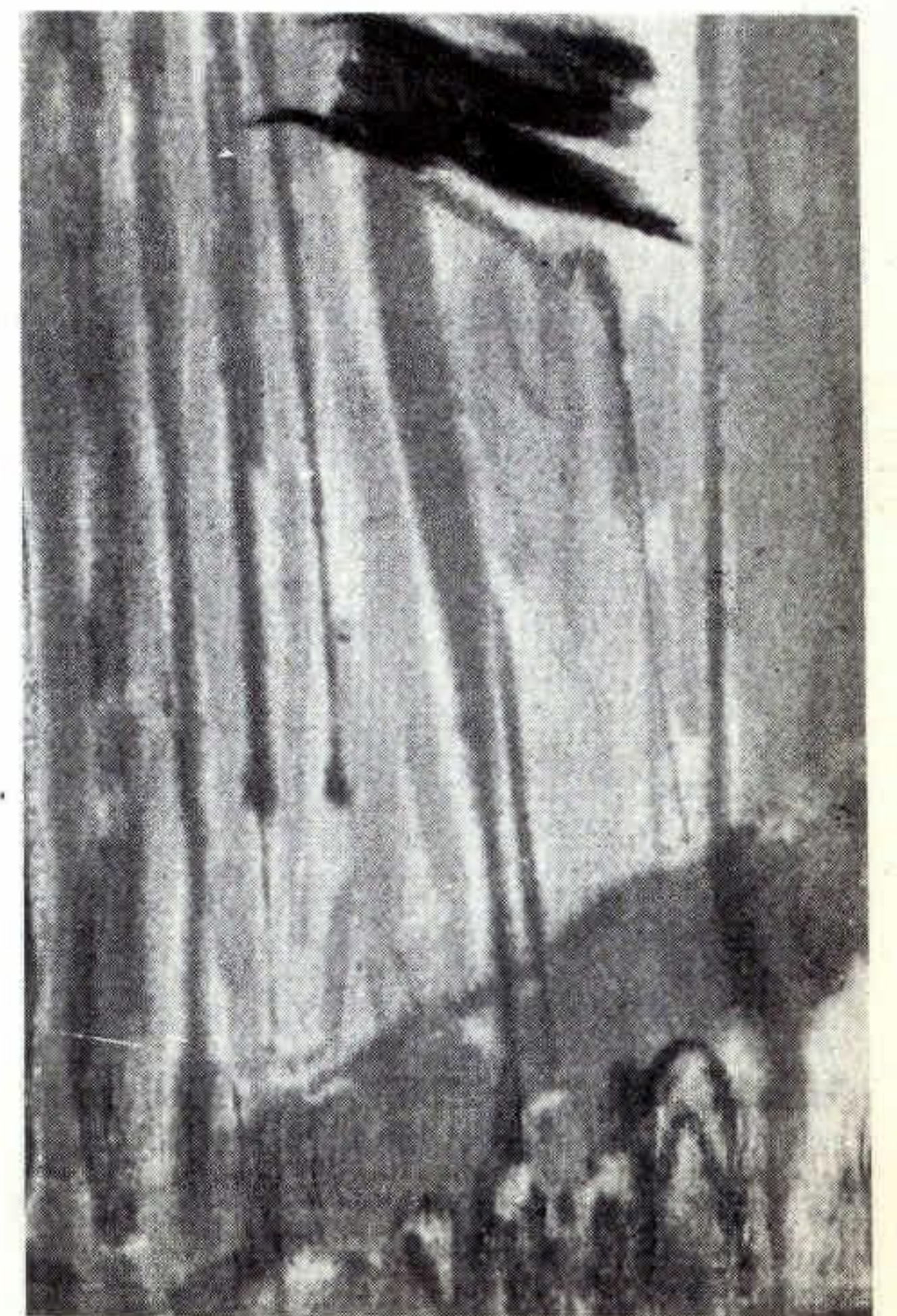
Con los narradores: Bizzio, Caparrós, Pauls, Chitarroni y Guebel. Y con Samoilovich, que tenía escrita una novela que nunca publicó. Una de las cosas más importantes que yo personalmente rescato de este grupo es que nadie escribía ni escribe desde la autoridad, ni desde modelos aceptados por el mercado. Y que también hayan despreciado siempre toda idea de epigonalismo y de cobijamiento bajo paternidad alguna. Si estos rasgos pueden definir una generación no lo sé. No lo creo. No éramos optimistas, también sentíamos que no valía la pena ser pesimistas; estábamos todo el tiempo decepcionados.

NO N A U S E N T E P R O G R E S O

Por Eduardo Antin

*Estos son tiempos de
 milagros y maravillas*
 Paul Simon

Eduardo Antin nació en Buenos Aires en 1951.



EL TERMINO generación carece de sentido. Explica poco y sirve para menos. Pero como soy enemigo de pesadeces tales como el análisis filosófico, y el pragmatismo no me cae simpático, estoy dispuesto a retirar esta opinión. Se me ocurre sin embargo, que las tonterías que hace 50 años se escribieron sobre estos temas han sido reemplazadas por otras equivalentes; menos interesantes, tal vez, pero más aptas para profesores como por ejemplo: determine si la palabra generación debe ir entre comillas alguna de las dos veces en que se la usa en este párrafo. Este problema está mal planteado. Explique por qué. (Ejercicio útil y fácilmente resoluble, que tiene además la ventaja de poder ser evaluado con precisión científica, a diferencia de algo tan vago y tan propicio a las interpretaciones como "Hable de las generaciones de Ortega"). Como última digresión por el momento, diré que espero ansioso el día en que se hable de algunos ídolos actuales con el desprecio con el que hoy se lo trata al señor Gasset. Mi lista de favoritos para la picota del futuro la encabeza Umberto Eco, semiólogo y filósofo de bolsillo (1), dispuesto a exhibir su imbecilidad hablando de fútbol con el mismo desatino con que Ortega hablaba de la Argentina, pero con menos gracia. A favor de éste hay que agregar, además, que nunca publicó una novela.

Resumiré mi posición sobre el desvanecimiento de una generación intelectual por medio de un pequeño relato, ya que la época no me permite hacerlos grandes.

"Un hombre acosado por sus enemigos da un paso en falso y, aunque sobrevive, cae en un pozo profundo, donde en medio del aislamiento medita sobre sus problemas y pesares. Sufre de hambre, pero también de culpa y marginación. Diez años más tarde, castigado y arrepentido pero más maduro, es rescatado y reaparece a la vida exterior. Entonces comprueba con asombro que el mundo se ha hecho en ese tiempo más frío, más prudente, más conservador y previsible: exactamente a su medida."

El tema de los intelectuales suele fascinar a los intelectuales. Es una palabra asociada como pocas a su propio metadiscurso. El artículo de Rubinich (*Retrato...*) es un síntoma de esta fascinación y muestra en sí mismo cómo

han cambiado las cosas. Hace 15 años, algunos que no eran precisamente intelectuales dictaminaban lo que los intelectuales debían ser. Ahora, un intelectual se pregunta cómo llegar a serlo. Para eso, imagina una iniciación futura, una habilitación en un territorio reglado y establecido, un permiso para jugar con los hermanos mayores.

"Ser algo en una especialidad", es la cuestión. No se trata de obtener el premio Nobel, sino simplemente de participar, de ser un protagonista. ¿Cómo se mide esa participación? ¿Cómo se sabe que se ha logrado un lugar en el juego? Respuesta obvia: por la producción, como se sugiere una y otra vez. Y mejor aun: por la publicación. El resultado de estos esfuerzos es la "ocupación de posiciones".

Ahora bien, el género literario preferido por los "especialistas" no es la novela ni la poesía: es el *paper*. A partir de esta aclaración, y volviendo la mirada hacia el mundo en el que el *paper* nace, se reproduce y acumula tierra, esta versión un poco deportiva de la vida intelectual adquiere plena coherencia. Ese mundo corresponde a un modo de producción de conocimientos, modo que paulatinamente desplaza a cualquier otro y en el que el parámetro más importante para convalidar una tarea intelectual es el ascenso en la carrera académica. (2) Este fenómeno corresponde a su vez a un cambio en la relación entre sociedad y cultura. Es lo que podría llamarse la europeización y latinoamericanización simultáneas de la Argentina. El paulatino y en los últimos años abrupto empobrecimiento del país nos ha acercado al continente pero al mismo tiempo ha producido un fenómeno típico de los países centrales: el aumento de la distancia entre culturas. La relativamente homogénea cultura de clase media de los '70 parece haberse partido y dado lugar, por un lado a una sofisticación de las élites académicas relacionadas con la ciencia y la investigación (que refleja cada vez más los temas y estilos practicados en el extranjero), y por otro al empobrecimiento del nivel de información y formación de los marginales o periféricos y a la creciente dificultad para los estudios extracurriculares. (3) Hoy la enseñanza de nivel universitario vuelve a ser absorbida por las instituciones que otorgan títulos. Es un aspecto más del proceso de estratificación social pla-

LA G E N E R A C I O N

netario, que suele llamarse eufemísticamente modernización. Nos vamos acercando a una distribución piramidal del poder y el conocimiento, donde el vértice de la pirámide está ocupado por la convergencia entre los niveles superiores de la empresa, la ciencia y la administración, y donde hay cada vez menos cabida para los irregulares y para los espontáneos. (4)

Del crecimiento del aparato oficial (estatal o privado) y de sus mecanismos de promoción, control y descalificación (con su secuela constante de "pequeños asesinatos") dan testimonio dos palabras que hace algunos años se usaban poco y que hoy están cargadas de deseo: investigación-CONICET. (5)

Sólo a partir de la omisión de estos datos es posible contar en línea recta la historia iniciática del militante adolescente que quería tener una enciclopedia, después estudiar durante el "proceso" para terminar siendo alguien a pesar de su retraso en la largada. La reciente dictadura militar, lejos de ser una peripecia más de la película, fue el hiato que permitió el salto de la cultura del panfleto a la del *paper*, culturas entre las que no hay diálogo posible porque corresponden a formaciones sociales de distintos momentos históricos y que produjo, no una carrera con obstáculos, sino un dramático cambio de escena.

Desde este ángulo puede abordarse otro de los temas de *Retrato...* Los ausentes se asumen modestos y se declaran tímidamente no iniciados, incipientes e inseguros en cuanto a la producción y la jerarquía. Mantienen, con todo, algunas certidumbres. Ellas rondan el rechazo a un estilo y a una actitud del pasado e incluyen la necesidad de sustituir la intolerancia y el autoritarismo por "una conciencia democrática, transformadora e irremediablemente libertaria" exhortando a no pensarse "dog-



máticos y soberbios" en un "clima compartido". ¿Quién podría oponerse a estas ideas? Ciertamente no lo harían ni siquiera los dogmáticos y soberbios. Pero la enunciación de conceptos irrefutables presupone un destinatario al que se acusa implícitamente de contradecirlos. Ese destinatario parece ser aquí la "cultura de izquierda de los años '60".

Pero esto da lugar a un doble equívoco, que nuevamente cabalga sobre la diacronía, y que recuerda uno de los rasgos más torpes de esa cultura: el pronunciar juicios de valor sobre una época desde otra. Por una parte, la autocrítica sobre ese período marcado por el militarismo es inocua si se la vuelca sobre el temperamento de los protagonistas, olvidando el juego de vaciamiento y resignificación que después de veinte años sufrieron los términos usados, al mismo tiempo que se omite una crítica profunda a los posibles *errores políticos* cometidos, idéntica a la que podría haberse enunciado entonces. Concretamente *democracia*, por ejemplo, tiene hoy entre los usuarios de la palabra connotaciones notoriamente divergentes respecto de la forma en que se la empleaba en los '60. En efecto, *democracia* se usaba entonces en la derecha como antónimo de comunismo, mientras que en la izquierda, o bien era un sinónimo de país socialista, o bien aludía al tenebroso "centralismo democrático", que curiosamente ha preservado su sentido, y se sigue practicando entre las "orgas" de los "demócratas" de hoy como el método más eficaz de acallar el pensamiento independiente, tal como lo hacían sus colegas de las "orgas" de "demócratas" de ayer. Por otra parte, y para cerrar el círculo, afirmar en que se es "antiautoritario" en 1988 es tan irrelevante como era afirmar que se era "revolucionario" en 1970. La exaltación de esos conceptos en sus ámbitos de aplicación suena como el elogio de Cristo en la Iglesia. Son contraseñas, credenciales, que marcan las matrices ideológicas de las respectivas épocas, contraseñas igualmente acrílicas, ceremoniales, y un poco apollilladas. Si hoy horroriza recordar que a fines de los '60 solía cantarse cosas tales como "Ni votos ni botas, fusiles y pelotas", lo que hoy se repite a coro, resultaría ridículo visto desde el pasado. (6) El mero hecho de que la dirección del tiempo esté a favor del presente no autoriza a consignar su superioridad moral o conceptual. (7) La perspectiva será completa si se le pregunta a unos y otros su opinión sobre el derecho de los individuos al consumo irrestricto de drogas.

El mito sobre el progreso de los tiempos conlleva en el caso argentino la ilusión de que después de una época de odios y de violencia hemos entrado, Dios quiera que definitivamente, en otra signada por el diálogo y la tolerancia. Que vivimos en una era *pluralista*. Los politólogos, filósofos y hasta los semiólogos gustan de convencernos de las bondades del pluralismo, al que ubican como valor supremo de la vida en sociedad y vehículo privilegiado de la convivencia. Frente a ellos la justicia y la solidaridad, tan apreciados en otros días, pueden tornarse peligrosos porque dan contenido a un lugar que debe quedar necesariamente vacío, para posibilitar el pluralismo. Pero me temo que el pluralismo sea lo que se conoce co-

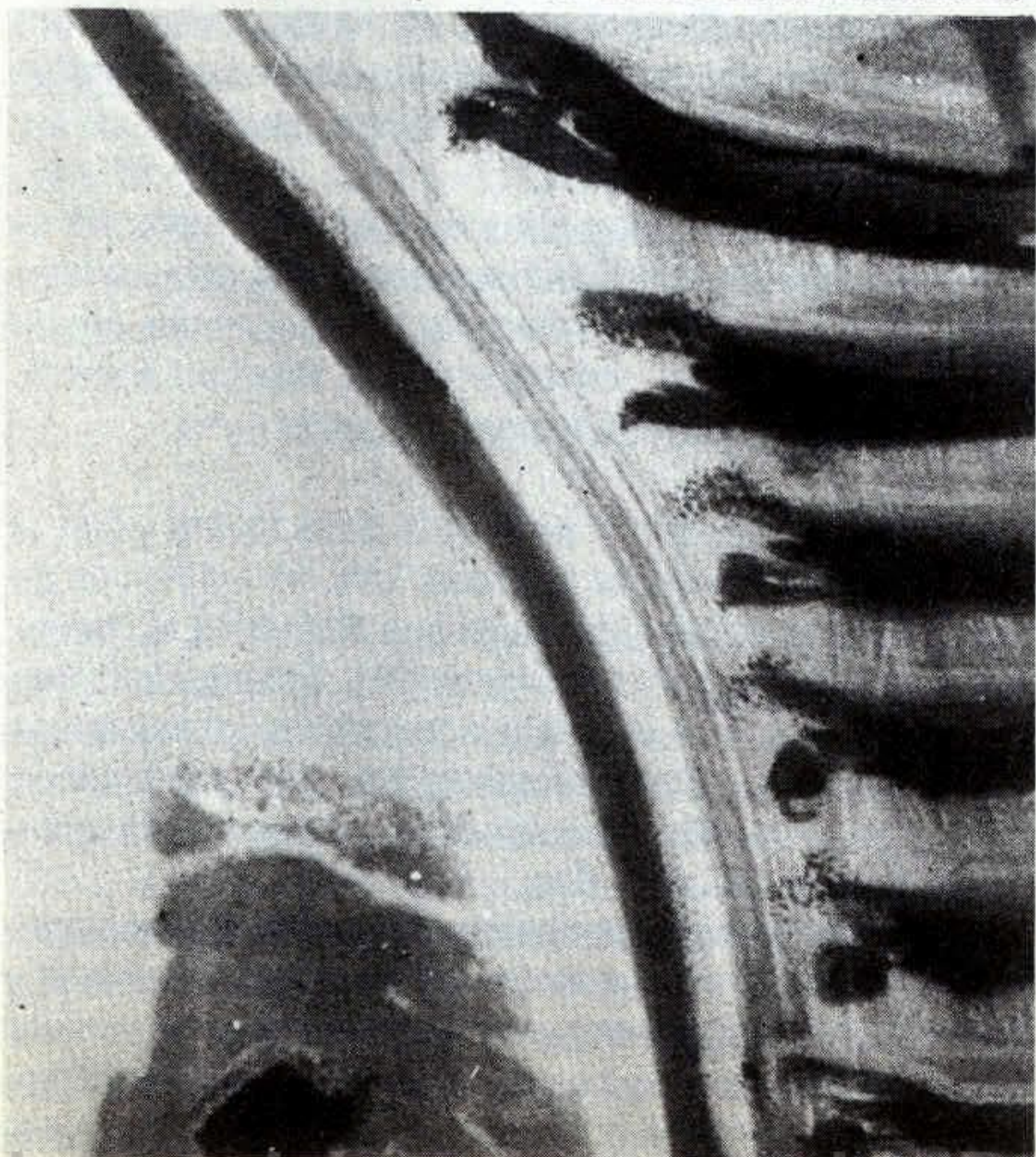
ION A U S E N T E

mo una palabra autológica. Así como esdrújula es una palabra esdrújula, pluralista es una palabra pluralista —lo que probablemente le confiera un mérito insuperable—: hay plurales pluralismos. En general, enfrentados.

Los pluralistas nos prescriben un juego en el que los participantes aceptan como única regla el no pretender la posesión de la verdad. (8) Una sólo obra, con muchos actores que recitan libretos diferentes. Lo que la realidad ofrece es casi lo contrario: varias obras distintas, cuyos protagonistas recitan el mismo libreto: "yo soy pluralista". Trataré de ilustrarlo con algunos ejemplos.

En primer lugar hablaré del pluralismo "oficialista". Luego de las elecciones del '83, en el marco de la euforia del triunfo, el radicalismo se sintió el depositario de la idea pluralista a la que convirtió en la oposición democracia-corporativismo. La elección de este discurso ideológico tenía ventajas apreciables: era un instrumento útil para la persegución del adversario peronista en retirada, poseía resonancia internacional, —especialmente con los círculos intelectuales del gobierno español—, ventajas que lo hacían creíble para su clientela ilustrada. Era un discurso paranoico, el de la paranoia del vencedor: la exageración del poder del adversario derrotado y la atribución a éste de características especialmente odiosas, por que se enfrentan, no con el propio discurso, sino con una verdad de orden superior (el pluralismo, por supuesto) que constituye precisamente la principal virtud del enunciador. En la práctica, este ambicioso proyecto consistió a grandes rasgos en invitar a los opositores presentables para poder regocijarse de la invitación, a la manera en que las señoras gordas organizan un té canasta para la clase media del barrio. (9)

La izquierda argentina ha sido históricamente incapaz de articular algo más que una caricatura de su ambiciona-



do "frente", que constituye su propia visión del pluralismo. Sin embargo, han conseguido unir voluntades en distintas empresas culturales, en la vieja tradición internacional en la que el estalinismo será para siempre insuperable. Conviene detenerse entonces en lo que puede agruparse genéricamente como "revistas de izquierda" que circulan en este momento. Allí coexisten tres tipos de páginas, a las que llamaré: las del principio, las del medio y las del final. En las primeras se suele hablar de política. En las últimas de temas culturales. Las intermedias suelen tener nombres parecidos a "vida cotidiana". Estas revistas son efectivamente pluralistas. En las de adelante escriben los políticos y militantes, en las del medio los periodistas profesionales, en las últimas lo hacen transgresores y francotiradores varios. Nada más plural y variado. Distintos partidos políticos, distintos pensamientos, distintos intereses. Un rechazo a lo que podría denominarse "el sistema" es el único denominador común. En los últimos tiempos, se le agrega el rechazo general al gobierno. ¿Qué puede alegarse en contra de este pluralismo? Simplemente la sospecha de que al pensamiento del principio jamás le interesó el pensamiento del final; al contrario, lo considera secretamente peligroso. Y en los casos en los que ha tenido poder ha hecho lo posible por aniquilarlo, muchas veces con la interpretación que al término le dio el General Videla. Mientras tanto, los del medio son ajenos a cualquier clase de pensamiento. Ellos son los representantes del "periodismo moderno", y en la Argentina son, por comodidad, de izquierda, aunque en E.E.U.U. suelen ser de derecha (en la tradición de *Playboy* o *Rolling Stone*) por las mismas razones, ubicaciones que podrán cambiar según la coyuntura. Este pluralismo resulta algo así como la convivencia del gato con las palomas, ante la distraída mirada de las hienas.

Recordemos que el pluralismo de la derecha es el liberalismo, en su versión de máximo autoritarismo e intolerancia a la que nos tiene acostumbrados. En el peronismo, por último, el pluralismo tiene una metodología propia que confieso practicar: uno se hace peronista y después dice lo que quiere.

Me ocuparé para terminar del tema de los pronombres personales.

Creo que el nosotros de Rubinch, hace poco por disimular un yo. Es un recurso clásico al que he preferido contraponer uno casi simétrico. Es el de usar el yo para ocultar el ustedes. La clave para interpretar esta técnica es entender toda referencia afirmativa a mi propio yo como referencia negativa al yo de ustedes y viceversa. Por ejemplo "Yo pienso que es bueno x" debe entenderse como "Ustedes piensan que x es malo". Tengo una buena razón para hacer esto. Creo que el único motivo valedero para la actividad intelectual es la irritación ante el pensamiento y las actitudes del prójimo. Que escribo para desmentir, para intentar demoler lo vigente. Y que la producción es una maldición sin mérito alguno a la que sólo accedo con desagrado y por asfixia. ¿No es verdad que ustedes creen lo contrario? (10)

LA G E N E R A C I O N

NOTAS

(1) (repleto)

(2) Hay una versión del tema "como hacer una carrera" para los que pretenden un público más masivo. De esos atletas me ocupo sólo una breve mención en otra nota.

(3) Al respecto, podría recordarse que los famosos "grupos de estudio" a los que Rubinich alude simplemente como refugios de la censura y la persecución en las universidades oficiales fueron durante más de una década mucho más que eso: fueron una original experiencia de educación alternativa y no sujeta a la obtención de títulos oficiales —aunque sirvieran tal vez como boleto de entrada en ciertas ocupaciones— y que produjo resultados tan espectaculares como la aparición de un numeroso grupo de psicoanalistas de formación independiente, que modificó a los profesionales más viejos, provocó cimbronazos en las instituciones establecidas y hoy ha dejado en algunos grupos un pensamiento de notable originalidad y admirable rigor, al margen del aparato científico-cultural del Estado.

(4) Los méritos académicos no sólo sirven ahora en su ambiente específico. Permiten también ejercer el gobierno. En la Argentina el vulgo nunca supo mucho de economía. Empezando por los políticos e incluyendo a los presidentes. En especial, los partidos mayoritarios ignoraron frecuentemente los requisitos técnicos de la economía o los subordinaron a criterios exteriores a ella. Sólo la izquierda y la derecha solían mostrar preocupación por la precisión en materia económica. Hoy la situación se ha invertido. Las decisiones económicas determinan casi totalmente las de las otras áreas de la administración. Pero el opinar sobre ellas está fuera del alcance no ya del ciudadano medio, sino de casi todo el mundo, incluyendo a la gran mayoría de los políticos, imposibilitados como cualquiera de orientarse en el debate de los expertos en una ciencia abstrusa. Esto habla más de un nuevo modo de generar política desde compartimientos estancos —especializados— que de la falta de formación de la clase política, pero tiene un efecto devastador sobre quienes asisten asombrados a una interminable cadena de ajustes a su costa cuya racionalidad ignoran y ante los que la oposición sólo puede oponer quejas o soluciones mágicas. Los políticos son también víctimas de su pertenencia al mundo de la baja cultura, y sus alternativas suelen ser el depender de uno u otro "experto" con pocas posibilidades de control.

(5) Esto ha dado lugar a la aparición de una especie que Horacio González llama el *Intelectual Becado de Escritorio*. El INBEDE habita los institutos de investigación y las fundaciones. Tiene el pensamiento acotado por los límites del pseudorigor del género *paper*, y su trabajo está marcado por la necesidad de ajustarse a las reglas al uso, que podrían resumirse en la prolijidad y la ausencia de toda conclusión que pueda enfrentarse a principios conocidos de antemano, principios enunciados por los

autores citados en la bibliografía. Si se estudia, para dar un ejemplo ficticio, el funcionamiento de un sindicato en un período determinado, es imposible llegar a la conclusión de que no fue corporativo. Se simula de este modo que se amplía de alguna forma el conocimiento, a pesar de la nulidad absoluta de la mayor parte de los resultados. No sería tan grave el no encontrar nada que decir. Lo peor es que no puede decirse lo que se encuentra, porque los juicios analíticos prohíben encontrar nada.

Otra especie completa el género *intelectual posmoderno argentino*. Se trata del *Intelectual Frívolo de Confitería*.

(6) Recuerdo que hacia 1972 Alejandro Agustín Lanusse, caracterizado entonces como el enemigo del pueblo y responsable de la masacre de Trelew, afirmó que el suyo era un gobierno de centroizquierda. Las carcajadas resonaron en Alaska. Hoy se lo suele recordar como un anciano y bondadoso general con simpatías radicales.

(7) Esta no es una defensa de la famosa noción de *paradigma*, sino simplemente un rechazo al etnocentrismo, en este caso en su variante temporal.

(8) Nótese que no se trata de la idea clásica de tolerancia, virtud magnífica que consiste simplemente en *no imponer la verdad a los demás*. Se exige ahora, que uno *no pretenda poseer la verdad* —exigencia por demás ridícula— lo que permite a los paladines del pluralismo hacer campañas para extirpar esta falsa creencia de los corazones autoritarios. Pero hete aquí que el autoritarismo no es otra cosa que una batalla por la erradicación de las creencias falsas. Por si no quedó claro: un intolerante católico en la época de la Reforma diría: "El luteranismo es falso, hay que imponer la Fe verdadera"; un tolerante diría en cambio "El luteranismo es falso, ¿y qué?"; un pluralista, señor mucho más sofisticado, diría: "Hay que imponer la tolerancia", con lo que estaríamos simplemente ante un nuevo estilo de intolerancia: la persecución, no por una idea, sino por una idea sobre las ideas. Los tratadistas del siglo XVI la llamaban metapersecución.

(9) La previsible, pero para algunos sorpresiva transformación hacia la prolijidad del peronismo, que también aprendió a sintonizar la onda corta, y los sucesivos acuerdos con las distintas corporaciones le restaron además credibilidad al proyecto. Pero ese es otro tema.

(10) Es sabido que el pez por la boca muere y que el destino nos juega malas pasadas. Una hora después de terminar este artículo, descubrí que *Retrato...*, al que yo creía de 1987, era en realidad de 1985. Es una ironía que me abochorna: que mi crítica a las críticas atrasadas se haga en base a un texto atrasado. Por esto, y por todo lo demás, pido disculpas a quien corresponda, con la única excepción de Umberto Eco.



NO N A U S E N T E

E L O G I O DE LA PROSODIA DEL MAESTRO

Por Lucio Schwarzberg

“Como muchos individuos vanos, vacíos y atropelladores de nuestro tiempo, he pasado los últimos diez años postulándome para presidente en la intimidad de mi pensamiento, y se me ocurre que ahora estoy más lejos que cuando comencé. La derrota ha dividido mi naturaleza, mi sentido de la oportunidad es excéntrico, y contengo en mí las hurañas fatigas de un viejo y los argumentos insolentes de un joven brillante. De modo que represento cualquier edad menos mis treinta y seis años, y la furia me ha llevado al borde de la brutalidad. Al sentarme a escribir un sermón descubro que la arrogancia embarga mi ánimo. No puedo evitarlo. La amarga verdad es que soy prisionero de una percepción que no se conforma con menos que con hacer una revolución en la conciencia de nuestro tiempo. Con razón o sin ella, es obvio que llegaré al extremo de pensar que mi obra presente y futura tendrá una influencia más profunda que la de cualquier novelista norteamericano de estos años. Podría equivocarme, y en tal caso yo seré el idiota que pague la cuenta, pero creo que todos podemos convenir en que privaría a esta compilación de su interés genuino si me presentara como más modesto de lo que soy..

Norman Mailer, “Anuncios a mi mismo.”

AQUEL ENSAYO de Lucas Rubinich tiene una particularidad diabólica: al cabo de leerlo, uno lo olvida. Lo he leído varias veces, y siempre me pasa lo mismo. Extrema coincidencia con la materia tratada, o en todo caso, con la perspectiva que Lucas tenía del tema.

No lo tengo ya ante mí. Después de tanto leer el artículo, hace tres años y ahora, y de olvidarlo, me ha parecido inconveniente replicar los tópicos que Lucas desplegaba. Por una parte, porque los tres años transcurridos invitan a revisar qué ha cambiado desde entonces, más que a discutir los aciertos de Lucas. Por otra parte —y aquí su-

brayo— porque el artículo dirige la discusión fuera de sí, hacia otra parte. Lanza sobre los aludidos —la generación ausente— una cuestión, y luego se cierra de tal manera que es imposible discutir sobre el artículo, y con el artículo, e inevitable pensar en nosotros, en nuestra biografía. Esta característica tal vez sea la mayor virtud del ensayo de Lucas: cuestionar de un modo tal que cualquier respuesta fracase si es elusiva o parabólica.

Un ejemplo. Una tentación casi inmediata que provoca el artículo es discutir sobre la pertinencia de un análisis generacional. Es decir: cuestionar la existencia de las generaciones como criterio de periodización histórica. Sin embargo, esta cuestión —que sería una cuestión a la perspectiva elegida por Lucas y a la validez del artículo— aburre. Yo no puedo dejar de recordar la desopilante contabilidad que Ortega y Gasset proponía en una lectura que tuve que leer obligatoriamente para la cátedra de Introducción a la Historia. Sin embargo, ni el aburrimiento ni la hilaridad metodológicos disuelven la fascinación que —por lo menos sobre mí— ejerce el tema de las generaciones. A poco de andar, cualquier reflexión sobre el ensayo de Lucas acaba por aceptar el precario punto de partida “generacional”, se traslada hacia la discusión por la identidad, por la experiencia y por la historia pasada, deviene hacia las lecturas y los maestros, y concluye en la memoria de la actitud pública y política de quienes se sienten atravesados por una experiencia común. El barrio y el centro, el colegio y, después, la facultad, los padres y los profesores se ordenan en una grilla temporal inevitable: el '69, el '73, el '76 y el '83.

Así se va distinguiendo la vida pasada. Pienso en mí: en mi adolescencia suburbana, en el orondo Colegio Nacional Normal Superior “Manuel Dorrego” de Morón, en el ingreso —tardío, en relación a mis amigos— a la facultad.

No recuerdo el Cordobazo; en el colegio algunos lo mentaban pero nadie, tampoco, sabía de él.

1973 —pero también 1972, debo decirlo— fue un año muy político: me acuerdo que nos paseábamos por los pasillos del colegio, perseguidos por la vicerrectora Nelly Ventura al son, extraído de un jingle, de “no me moleste

Lucio Schwarzberg nació en Morón, Pcia. de Buenos Aires, en 1957.



L A G E N E R A C

Ventura, no me moleste Ventura: a la clase no voy”.

Sí me acuerdo de la muerte de Allende. Me recuerdo yendo a la clase de inglés con una pancarta con la foto de Allende para viajar en tren, después, directamente a las manifestaciones en la Plaza de la República: eran rondas, recreos alrededor del Obelisco, cantando “yo tengo fe que Chile va a ganar, le va a romper el culo a la junta militar”.

En el desconcierto de los años siguientes, mi única actividad fue ver cine y escuchar música. Me acuerdo, también, de la noche en que llegó a mi casa la noticia de que la casa de mi amiga Alcira, en Castelar, había sido arrasada. Un llamado previo, parece, había permitido a sus padres, Guillermina y Adelqui Camuso, huir con lo puesto hacia el exilio. Alcira no vivía en la casa, entonces. Estuvo en la cárcel y la salvó su nacionalidad francesa. Otros compañeros del colegio no pudieron.

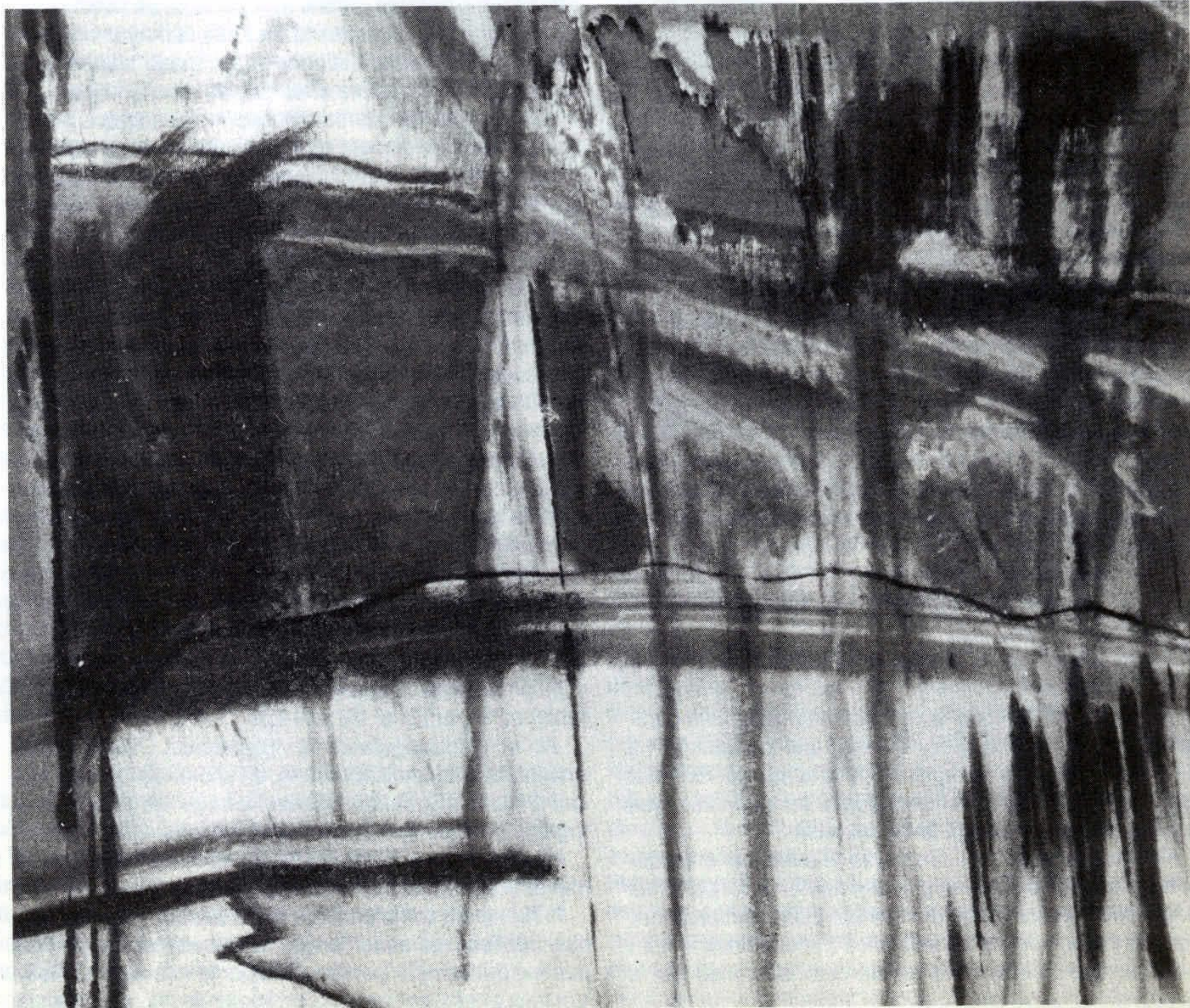
La facultad me convirtió. Aún aquellas aulas con sordina, amortiguadas para que todas las voces de los libros del mundo no sonaran, podían convertirnos: es que cualquier reunión se convertía en un mercado negro de lecturas íntimas. De modo que no es que no hayamos leído. Me parece que hemos leído libros inútiles —si es que alguna lectura es útil— libros estrambóticos que nos de-

jaron una erudición estafalaria, pero a veces bella, y cuya mayor inutilidad se nos revela en la competencia de las modas de hoy. En fin, nada nuevo. Una biografía ordinaria. Simplemente, quiero decir que si yo hubiera tenido dos años más o hubiera estudiado en otro colegio —el Ward de Ramos Mejía o el Nacional de Buenos Aires— mi memoria habría sido distinta. No otra, irreconocible. Pero distinta porque en el orden de aquella grilla que combina años y lugares cabrían otros recuerdos. Por ejemplo, la distinción que se percibe entre quienes estaban en la universidad en 1973 y quienes aún no.

Una autobiografía, entonces; una biografía de nadie. Es la primera idea que se me ocurre. Una biografía inexistente en la que se narre, por ejemplo, que “después del impacto intelectual que nos produjo la no lectura de, tal vez, Barthes, fuimos conmovidos por la ausencia de nuestros años Foucault”. (1)

Una memoria de esta índole exigiría varias virtudes. Debería ser, antes que nada, una obra de valentía. El catálogo de los libros no leídos escandalizaría a cualquier maestro y nos cerraría las puertas del paraíso. Toda explicación política o sociológica de nuestra ignorancia puede ser justa, pero no evita la ignorancia.

También, una memoria de este tipo exigiría una singu-



ION AUSENTE

larización extrema. Nadie tiene por qué incorporar a terceros a su ignorancia. El "nosotros" generacional, entonces, no debería ser más que un plural mayestático, forma pronominal adecuada a la humildad que requiere la faena. Cualquier congénere podría, así, citar sus lecturas eruditas —o inventarlas, si fuese necesario— sin desmentir la veracidad de nuestra memoria, pero tomando distancia prudente de la ignorancia ajena.

Memoria valiente, singular, humilde (dijo el Monthly Reader Review).

Como los "Anuncios a mi mismo" de Mailer. Pero aburridas, infinitamente aburridas. Porque, honestamente: ¿a quién le importan?

II

De aquella primera idea autobiográfica ocurrida después de la lectura del ensayo de Lucas no quedó nada. Además del aburrimiento, sucede que ya no se puede hablar de una generación ausente. Las ausencias podrán ser otras —ideológicas— o tal vez, silencios —de temas— pero ya no son generacionales.

Con alguna bulla infantil más bien patética —ya no son precoces pero resisten la pérdida de la edad propicia— los escritores jóvenes vienen publicando. Entre los músicos, el jolgorio es menor —menor el público, menor la prensa, menor la industria— y mayores los lamentos; pero también vienen. (Una anómala persistencia ideológica, una convicción antigua, casi mística, de que el arte debe ser importante, los afecta.) Entre los ocupados en las disciplinas sociales el mapas es difuso. Pero es perceptible un mecanismo de cooptación que permite que los nuevos se incorporen a los lugares auxiliares de las cátedras universitarias y de los centros privados de investigación. Cómo saldrán de allí, como editarán, como promocionarán, es una complicación que se planteará, seguramente, en los próximos años.(2) La aparición de un diario —Página 12— dirigido y realizado casi en su totalidad por periodistas de la generación emergente ofrece un soporte para publicar o promocionar la producción de los nuevos intelectuales.

Hasta aquí alcanza mi conocimiento de lo que sucede con los nuevos. Es poco —no sé nada de los cineastas, de los economistas, de los físicos o de los pintores— pero es suficiente: las diez o quince líneas previas resumen novelas, ensayos, guiones, artículos periodísticos, entrevistas, partituras, conciertos, investigaciones, monografías y docencias que alcanzan para reconocer voces nuevas.

III

Por las noches, después de abandonar la lectura de un fragmento de algún libro antiguo, —libros que tienen treinta o cuarenta años, libros de una edad dorada de la cultura, libros de un resplandor tan intenso que al cerrarlos duran como dura la luz en el ojo encandilado— por las noches, decía, a oscuras, me queda una duda entre las sábanas. Una pregunta que no he sido capaz de preguntar ni en susurros, porque sus resonancias fuera de la mo-

da me inhibieron, hasta hoy, de hacerla pública. Voces nuevas. ¿Para quién, para qué, qué?

Antes que nada, una situación. El ensayo de Lucas llama "hermanos mayores" a aquellos intelectuales formados entre las décadas del '60 y del '70 que influyeron sobre la generación emergente. Creo que la metáfora es incierta; y ya que de metáforas genealógicas se trata, preferiría referirme a ellos como padres putativos, padres que han sido elegidos por sus hijos.

Pero, además, tengo la impresión de que ellos no se han enterado, razón por la cual los nuevos serían hijos bastardos.

Sucede que en el momento de producirse el golpe militar del '76 estos intelectuales estaban cumpliendo con una conversión: dejar de ser los nuevos intelectuales de la década del '70 para devenir en consagrados. Esta conversión quedó suspendida y el hiato que produjo —fundamentalmente en la reproducción del saber, otra metáfora genealógica— es espasmódico. Al levantarse el telón y al restituirse el flujo entre los centros privados de investigación, los repatriados del exilio y las instituciones públicas de la cultura, los intelectuales se dispusieron a completar la conversión. Ocuparon las cátedras, publicaron, se expusieron. Porque consagrarse exige el reconocimiento público, algún tipo de reconocimiento público.

Pero, claro: había pasado casi una década. El hiato histórico había sido colectivo, pero no individual. Ya sea en el exterior, ya sea intramuros, la formación y la producción de cada uno de ellos no se había detenido. Por una parte, ocuparon aceleradamente y sin mayores esfuerzos los lugares vacantes que les correspondían.(3) Por otra, los intelectuales fueron recibidos como nuevos por cualquiera que sea el segmento elegido como público: al fin y al cabo, eran la novedad. Además, la celeridad de la consagración los desconcertó: pasaron de ser opositores políticos y culturales a instalarse en el oficialismo cultural (por lo menos) sin perder los hábitos de su juventud abruptamente perdida.

Se produjo, así, una suerte de anfibología generacional. Los hijos bastardos quedaron acorralados como si fueran enanos en el país de Gulliver. Desde esa estatura, los padres putativos, instalados en la totalidad del campo intelectual con la plenitud de sus patas inflamadas, parecen los dueños de la justicia y de la verdad. ¡Qué parricidio ni que ocho cuartos! Más vale, con astuta negligencia, hacerse el distraído.

Esto explica, en parte —y sólo en parte— el desconcierto de la generación emergente. Es que no hay rumbo posible, y sólo quedan tres o cuatro resquicios de alto riesgo: la mayoría conduce a la muerte intelectual.

Uno de ellos, es hacer de cuenta que nada —ni nuevo, ni bueno, ni serio— puede hacerse. Ser vano.

Otro lleva, —y tal vez sea un recodo del anterior— al manierismo: pensar, hablar y escribir con la lógica, el tono y la prosodia de los padres putativos. Ser epígono.

El tercer resquicio es el silencio. Ser mudo.

La época no ayuda. El arte se ha desvanecido en un juego de representar representaciones. Flota, lánguidamente, como un globo, y se desprende de los últimos lastres. Una pregunta con infinitas respuestas posibles ha

L A G E N E R A C

sido respondida preceptivamente: a quien pregunta ¿qué es, para el artista, el arte? se le contesta: para el artista, el arte es una teoría que se pregunta ¿qué es para el artista el arte? Encerrado en esta práctica viciosa, el arte sólo puede citarse a si mismo, melancólicamente.

Una vieja tensión occidental —la que existía entre el arte y la ciencia como portadores de la verdad— se ha desbocado hacia la ciencia. La razón está del lado de la ciencia, y cualquier otro pensamiento es una obra bufa.

Nada mejor sucede en el campo de las disciplinas sociales, pero allí todavía están dando la batalla a favor de la hermenéutica. (4)

EPILOGO.

Estas razones de época y de asfixia me parece que explican —y recuérdese que el plural es mayestático— nuestra falta de espesura intelectual.

La ausencia ya no es generacional, sino —como supongo al comienzo del segundo párrafo— una ausencia ideológica y de temas. Sólo tenemos con nosotros nuestra biografía, nuestra memoria y nuestras lecturas estrambóticas. ¿Qué se puede hacer con eso?

Oponer el polígrafo al especialista: ensayar. Ensayar sobre todas las cosas.

Y no estoy pensando sólo en la escritura. No distingo, en este caso, por oficios. Pienso, más bien, en la mirada.

Quien aparece ensayando es César Aira, uno de los más silenciosos escritores argentinos. Lo vi de lejos, una sola vez, en una conferencia. Yo no lo conocía, y me desagradó la impiedad de sus opiniones sobre escritores que a mí me gustan. Monocorde, impolítico, ausente de afectación polémica, Aira rompió los libros expuestos en los anaqueles de las librerías cultas.

Días después, con la insidia de romperlo a él, salí a buscar sus libros. No los encontré en ningún lado, y tuve que encargarlos.

Arranqué a leer *"La luz argentina"* embargado de mala fe. Y ya no dejé de leer Aira.

A él le debo mi convicción de que, desde cualquier oficio de la inteligencia y de la imaginación, se debe proceder como un polígrafo. El oficio provee el punto de fuga, y todo el resto es ensayar.

Aira también escribe notas periodísticas. Hace poco releí una, publicada en *El Porteño*, que se ocupa de *Inteligencia Artificial*. La menciono simplemente, porque no conozco escritores que hagan literatura con esa cosa. Y yo no opino que la sustancia literaria sea otra que —y hasta ajena a— la que el escritor elige. Convengamos: si César Aira escribe sobre inteligencia artificial, podemos, en principio, reconocer que es cierto que escribe sobre inteligencia artificial. De lo contrario, estamos resucitando las insostenibles discusiones sobre la forma o el contenido, el medio o el mensaje, y otras cirugías. Léase, si no, *"Una novela china"*: última novela argentina escrita para defender la independencia de la literatura de la teoría literaria, y su pertenencia al mundo.

Y para concluir, serenamente. La prosodia es inefable. Pero cuando leo, de Aira

"A mediados del siglo pasado, cerca de una de las

últimas postas de galeras del sur argentino antes de la frontera de los indios, vivía un expósito de edad indefinida entre los veinte y los treinta años, que tenía algo de retrasado mental: o lo era, o parecía. O las dos cosas a la vez."

no puedo dejar de oír que

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero..."

Y entonces, enmudezco.

NOTAS

(1) La expresión "nuestros años Foucault" es cita de Rubinich, quien, a su vez, cita a Oscar Terán. Ambos para referirse a la ausencia de "nuestros años Foucault". De modo que esta biografía no es totalmente disparatada.

(2) En relación a este tema, es llamativa la falta de transparencia —la opacidad— en la gestión de un organismo estatal como el CONICET. Cualquier aspirante sabe que, para ingresar, debe ser "cooptado" por algún miembro de las comisiones de evaluación de proyectos. Es decir, por un tutor "en las sombras" que se agrega al tutor de investigación. El CONICET no hace convocatorias públicas, ni publica su reglamento de admisión, ni publica dictámenes escritos de las comisiones evaluadoras. Por mucho menos, en cualquier concurso para cubrir cargos de profesores universitarios, los mismos evaluadores del CONICET harían un escándalo —bien público, por supuesto.

(3) Basta con comparar los autores del catálogo de la Editorial Puntosur, de creación reciente, con los profesores de las facultades de Sociología, Ciencias Políticas y Filosofía y Letras, con el Consejo Editorial de la revista *"La Ciudad Futura"*, e incluso, con los nombres de algunos asesores de Raúl Alfonsín y de Antonio Cafiero. Suele haber coincidencias.

(4) Un reportaje reciente a Jacques Le Goff, publicado en *La Ciudad Futura* parece demostrar que, una vez más, saldrá desde la ciencia histórica la defensa del derecho a la libre interpretación del mundo.

ION AUSENTE

NOTAS GRISES SOBRE UNA ESPERANZA

EN EL INICIO del período democrático algunos intentamos reflexionar sobre los agujeros de una generación intelectual cuyos miembros tuvimos un proceso formativo complejo, trabajoso, conflictivo. Generación ésta que comenzó a andar sobre los escalones finales del clima contestatario de los 60-70 y se vio obligada a proseguir un recorrido sigiloso, en el período de barbarie estatal, por los arrabales de la cultura.

Hoy, a más de un par de años de aquellas discusiones, la intención de estas notas es proponer —quizás con cierta impertinencia— el desarrollo de un estilo intelectual que bajo un espíritu crítico, cuestionador y libertario, aborde temas que puedan ser la expresión de un sentimiento antiautoritario perceptible en distintos lugares sociales, a la vez que retome algunas cuestiones de las diversas tradiciones socialistas. Un estilo, una mirada, con emergencias verificables no tanto en producciones concretas como en un clima de ideas que es pensado como una posible voz más entre las múltiples que construyen, no sin dificultad, los miembros de esta peculiar franja generacional.

Seguramente la situación singular que resulta del cruce entre estas biografías y el proceso histórico ha dejado marcas en los sobrevivientes. Marcas que además de lecturas incompletas son el contexto de esas lecturas; son también y sobre todo, huellas de vida: afectos perdidos, miedos insondables, traiciones, replanteos. Recuerdos y olvidos que significan (unos y otros). Así se han ido conformando miradas intelectuales diferentes y legítimas, armadas sobre miserias parecidas.

Lugares distintos del trabajo intelectual en estos últi-

mos años, fueron albergando hombres de una franja de esa generación que tuvo en el fin de la adolescencia, más que modelos teóricos o paradigmas de cambio, esperanzas sinceras en la construcción de un mundo mejor. La universidad, otros organismos estatales, partidos políticos, sindicatos, alguna que otra revista, alguna que otra tribuna y muy de vez en cuando un libro, permitieron que esas pocas voces comenzaran a escucharse.

En cada uno de estos casos bien heterogéneos, podrían encontrarse —haciendo fuerza por categorizar y advirtiendo sobre una múltiple gama de matices— ciertas características comunes que tampoco son ajenas a un clima con relativa hegemonía en el mundo intelectual. Concretamente, creo que la cuestión democrática ha puesto en escena aspectos críticos interesantes, que en gran medida son retomados por diversas miradas con distintos grados de intensidad. Puede hablarse entonces de la revalorización del tema de la democracia, el rechazo a metodologías violentas de tipo vanguardista, la reflexión crítica sobre aspectos autoritarios de la cultura de izquierda, como los más significativos.

Sin embargo, las huellas de la historia reciente resultan —obviamente de modo irremediable— en la expresión (aunque en gran medida compartiendo ese clima) de estilos, de miradas, de actitudes diferentes. Intentando no tanto una categorización estructural de diversos lugares del campo intelectual, sino la percepción de estilos, de climas diferenciales (que no son directamente asimilables a adhesiones ideológicas o partidarias) podría pensarse por lo menos en tres modos en que los miembros de esta generación asumen en la actualidad su actividad

Por Lucas Rubinich



L A G E N E R A C

intelectual. En primer término, el que se expresa a través de discursos donde persisten elementos (no siempre de manera categórica, contundente) de visiones maniqueístas, de un estilo contestatario degradado, arreflexivo. Quizás sea éste un estilo residual, aunque en los últimos años, discursos con estas características pudieron ser fácilmente asociados a *el discurso* de la izquierda. Un segundo modo, podría ser el consistente en la construcción de proyectos intelectuales marcados por una actitud estrictamente profesional, por cierto "tecnicismo" que tiene diversas manifestaciones. En su extremo positivo es una respuesta seria a la apatía intelectual y al facilismo de la época de la dictadura, y en su extremo negativo se manifiesta en cierta indiferencia hacia cuestiones que no sean las propias de la actividad y en algún grado de pérdida de la curiosidad vital (tan innecesaria para un estilo profesional de sobrevivencia, como imprescindible para una perspectiva intelectual crítica).

Finalmente, sobre todo en el caso de algunos escritores y poetas, es perceptible una actitud por encontrar respuestas a través de su obra, con una preocupación fuerte por conocer y manejar del mejor modo posible sus herramientas de trabajo (aquí hay una similitud con el aspecto interesante del estilo profesional); a la par que ensayan, no en su escritura sino en el discurso público, un estilo irreverente, burlón —que conserva la seriedad sólo en algunos temas como derechos humanos— pero que en el resto (principalmente en el caso de los mitos de la izquierda) sostiene una mirada crítica acompañada de un tono humorístico con algún grado de pesimismo.

De todas estas maneras de encarar la actividad intelectual descritas muy generalmente, es probable que la mencionada en último término interese más para el fin de estas notas, en tanto se supone que hay coincidencias con el estilo que se intenta desarrollar. En lo que hace a sus aspectos disonantes e irreverentes. En vista de que no piensa en términos de la ética de la responsabilidad weberiana. Sin embargo, es un interés parcial, que lo considera sólo como aspectos de una posible emergencia, en tanto muchos de estos discursos no se convierten en escritura sino a través de la nota periodística o el reportaje. Actitud entendible si se piensa que en el extremo de esta mirada se reconoce la inutilidad del abordaje (salvo parodiándolos) de ciertos temas que fueron efectivamente vaciados de contenido por una cultura sloganística.

La intención de estas notas es pensar que un estilo y una actitud disonante enmarcados en una visión complejizadora, no excluyen el abordaje de cuestiones insertas en una tradición contestataria preocupada por enlazar justicia social y libertad.

II. Este espacio crítico que se intenta describir no se ha desarrollado suficientemente, aunque en la atmósfera intelectual es posible percibir microclimas en donde circulan elementos que lo conformarían y que no siempre se transforman en escritura. Las emergencias pueden encontrarse en algunas revistas con cierta relación con las ciencias sociales que no sostienen un discurso estrictamente académico como es el caso entre otras de *Fahrenheit 450*.

Para precisar más sobre las características de este estilo que es a la vez espacio de bordes inciertos y aspiración, que es menos que un proyecto una manera no demasiado delimitada de concebir la labor intelectual, sería bueno insistir sobre algunos de sus aspectos.

Podría decirse que es más o menos la mirada que convierte esa postura irreverente, esa actitud intelectual cuyo objetivo no es lograr consenso, en una voz discordante y complejizadora que trabaja contra el sentido común, una voz que se desprende de la racionalidad política, que no siente vértigo ante la incertidumbre (o que lo siente pero continúa caminando) ni ante el desorden (que piensa sobre ese desorden intentando no forzar categorías), pero que a la vez puede asumir bajo un nuevo clima aceptador de las diversidades, cuestionador y libertario, viejas y nuevas cuestiones del socialismo aplicadas a nuestro espacio simbólico y real.

Quizás, una manera que se expresa más cómodamente en el ensayo. Y que por eso mismo intenta reflexionar sobre las limitaciones que esta expresión particular del género ha tenido en nuestra historia intelectual. Es verdad que el ensayo sobre problemas de nuestra realidad y también algunos trabajos de ciencias sociales, han estado subordinados, no ya a un obvio marco ideológico amplio, sino —aún en expresiones inteligentes— a determinadas líneas coyunturales en que ese clima ideológico se expresa políticamente. Que han pensado en cuestión de análisis —si bien no tan crudamente como en algunos discursos políticos— en términos de costo-beneficio. Para precisar. El estado o el partido suelen a veces estar presentes en algunos intelectuales formados en la cultura de izquierda (no sólo en ellos), sino como conexión orgánica, real, en tanto componente de su imaginario, funcionando como elemento limitador de sus opiniones. El discurso tiene a veces algún grado de subordinación al movimiento de esos actores, de maneras más o menos brutales, más o menos sutiles, de acuerdo a la calidad del trabajo.

Es innegable reconocer, no obstante que esta relación ha tenido su aspecto productivo en nuestra historia intelectual reciente (es muy claro en la década del sesenta). Bajo esta tensión se produjo una buena cantidad de trabajos de ensayística política y ciencias sociales. Y si bien es cierto que muchos de estos trabajos olvidados son olvidables, hay algunos que se pueden leer hoy, por encima de la curiosidad histórica, como textos problematizadores, como elementos que permitieron y permiten la comprensión de determinados fenómenos.

Sin embargo, esta relación en tanto fuente de tensión productiva, no excluye la posibilidad de pensar una perspectiva con relativa independencia de la racionalidad política, con la aspiración de una mirada más libre sobre el multisignificante mundo de lo social.

Un ensayo de Osvaldo Bayer, *Residencia en la amada tierra enemiga*, publicado en Argentina en 1984 (1) tiene una perspectiva (sobre todo una actitud perceptible por encima de la escritura) que puede servir de ejemplo para pensar ciertos aspectos de este estilo crítico que se intenta describir. El ensayo (según se aclara en el libro) fue escrito por Bayer en 1979 a pedido del Instituto Alemán de Relaciones Exteriores para ser leído en el Colo-

IDO N A U S E N T E

quio Internacional sobre Latinoamérica; el tema "Imagen de Alemania Federal de un exiliado latinoamericano". La imagen que Bayer construye es la de una Alemania de múltiples, innumerables y disímiles caras: la de sus recuerdos de infancia, la de sus antepasados, la de los exiliados en Buenos Aires producto del nazismo, la que vende armas a las dictaduras latinoamericanas y la de los jóvenes pacifistas; la de la embajada en Argentina solidaria con un perseguido por el terrorismo de estado y la de los diputados socialdemócratas que justifican la dictadura de Videla; la Alemania de un sinnúmero de ejemplos (que no son simplemente pares opuestos) que pueden provocar una gama de sensaciones entre la frustración y la esperanza. Una enumeración, quizás desordenada, de impresiones, recuerdos y verificaciones, contradictorias a veces. Escrita quizás bajo una mezcla también de razones y sentimientos, probablemente más sutiles y complejos, pero que parecen expresarse como puntas, en rabia, resentimientos, frustraciones, esperanzas. Por supuesto, una mirada subjetiva, pero no simplificadora. Que intenta (seguramente en vano) agarrar al monstruo en toda su complejidad, describir sus quizá infinitas caras. Como dice el mismo Bayer: "Opinión no objetiva, entonces sincera. Antirretórica, antiestratégica, impolítica. Que sólo ayuda a aislarse más, a exiliarse más. Pero a encontrarse a sí mismo."

Lo que me interesa destacar del trabajo de Bayer es esa mirada "impolítica" en el sentido en que él la presenta, no subordinada a otro aspecto que el de su propia convicción; mirada que por esa característica (no simplemente, porque en realidad se pueden obtener resultados absolutamente opuestos, en base a lo mismo) deviene en este caso en un discurso complejizador, multisignificante, no limitado por elementos políticos en el sentido restringido del término.

Y aunque esta perspectiva pueda conducir hacia algún tipo de aislamiento, es una cuestión independiente y posterior a la vocación de la escritura. (2) Creo que tanto la

actitud de Bayer como las escrituras que resultan de la emergencia de esta mirada en el caso de nuestra generación (ya sea en sus concreciones como en los deseos de quienes la alentamos) se piensa en sí misma como una escritura abierta, que desea fervientemente la lean, que no tiene prejuicios hacia lo masivo, ni delirios de élite.

Esta mirada concibe a la escritura como una esperanza de diálogo crítico, de comunicación, de contacto con otros textos, otras ideas, otros nombres. Esperanza de encuentro con un lector. Con el presente (el que aunque quizás ámen y deseen en la intimidad desprecian públicamente los hombres de las llamadas vanguardias literarias), y con el futuro; pero siempre el concreto. El de carne y hueso, con el que puede charlar hoy y seguramente lo seguirá haciendo a través de los años Walt Whitman. Una escritura que busca sin pudor otros hombres y mujeres que la piensen, que la cambien, que la reescriban. Una escritura, por fin, con vocación de oralidad, que desea con pasión ser convertida en voz. (Esa práctica que repite a diario el compañero José Fernández; con los amigos, con los linyeras, con todos los que se apean a buscar descanso y pan en su lugar amable de un mínimo pueblo asentado en el corazón fértil de la pampa húmeda).

III. Si bien es entendible que bajo este espíritu y sobre todo en el caso de nuestra generación, la barbarie del terrorismo de estado (y por esto todo lo que hace a los totalitarismos) sea una preocupación central, quizás lo sea menos el intento de repensar cuestiones tales como el cambio social, la situación de los sectores oprimidos, la intención de comprender los complejos mecanismos de la dominación, el conflicto de clases en el capitalismo, etc.

Menos entendible, porque es verdad que muchas de estas cuestiones aparecen relegadas hoy por una múltiple gama de motivos. Puede pensarse, entre los muchos, en los efectos menos explícitos producto del terrorismo



LA G E N E R A C I O N

de estado, como la abulia, la indiferencia; en que fueron ridiculizadas por algunos discursos que la sostienen; en el resultado de un clima de democracia en cuerda floja que implica la alta valoración de la estabilidad; por último (aunque seguramente pueda continuarse la enumeración), en la actitud de los que suponen —no sin fundamentos, apoyándose en ejemplos de concreciones socialistas— que el lugar de la llegada (y mucho menos el camino) no es tan bueno como lo pintan, y adoptan también ellos entonces, una actitud indiferente, aunque por supuesto no ignoran los mecanismos injustos y a veces brutales del sistema en el que sobreviven.

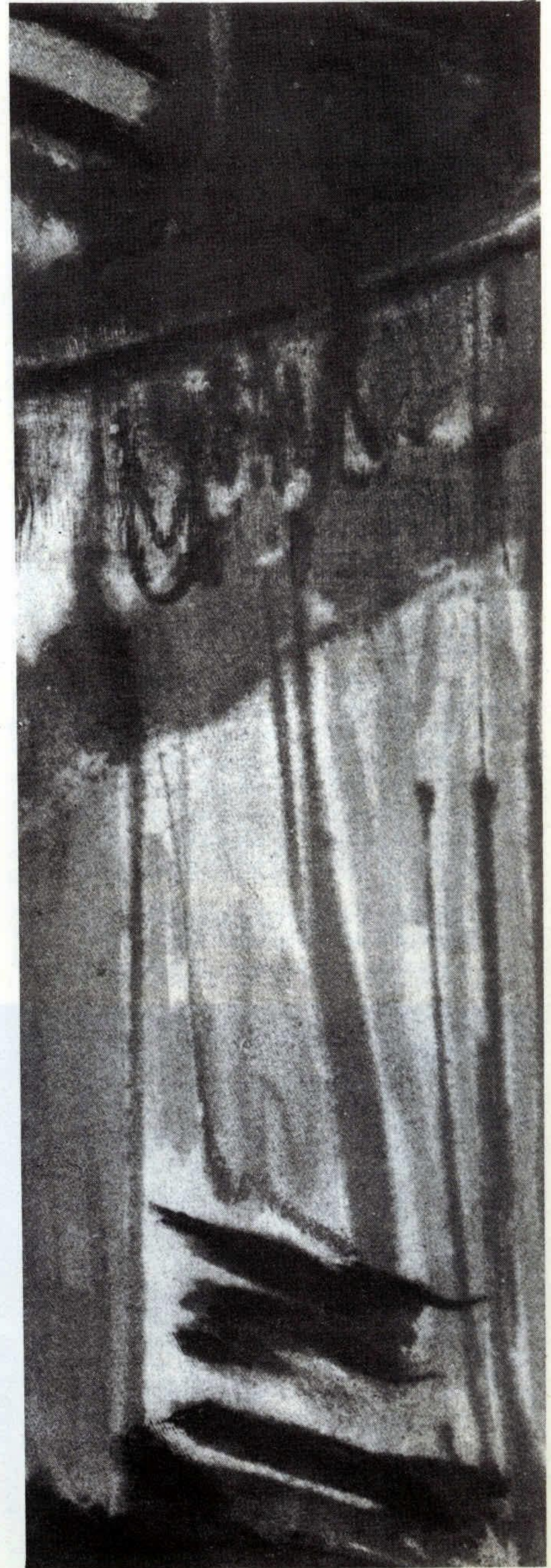
Además (y sobre todo) estas cuestiones pueden parecer no muy compatibles con una mirada que (como será perceptible a esa altura) descrea de la mayoría de las metodologías de cambio ensayadas y desconfía también de las concreciones resultantes de esas metodologías. Más aún, tampoco presenta alternativas diseñadas de manera estricta. Aunque supone necesaria y posible, a través de la voluntad creadora de los seres humanos, la transformación radical de las instituciones sociales.

Quizás la respuesta a esta perspectiva de persistencia sobre estas cuestiones hay que buscarlas, menos en el reencuentro con utopías en el sentido decimonónico, en una actitud, que aún permeada por cierto matiz pesimista, conserva una tranquila y secreta esperanza. Esperanza más que utopías o proyectos contundentes, porque algunas experiencias, una que otra lectura y ciertas voces, nos han llevado a reflexionar críticamente sobre las grandes religiones, sobre las construcciones monumentales, a desconfiar de las mayúsculas; a la par que a simpatizar con lugares más imprecisos, que poseen cierta ambigüedad, pero que son a la vez polifónicos, multisignificantes, que tienen la flexibilidad de permitir el recorrido de caminos diversos —no ya entre cuadros formados en la cultura del acatamiento— sino entre compañeros libres que aspiran a un mundo mejor.

Quizás el espíritu que impregna las diversas emergencias de este clima, que se huele en distintos trabajos y en muchas aspiraciones, esté principalmente relacionado con la cuestión de la libertad. En el caso concreto de la labor intelectual, se expresa en el deseo de romper con esa matriz lógica, que quizás en sus manifestaciones más sutiles sea aceptable, y hasta irremediable para los discursos más allegados a la cosa política (por lo menos mientras corran estos tiempos), como absolutamente censurables (en cualquier tiempo) en sus aplicaciones más drásticas. Es el estilo de razonamiento y de práctica que subordina explícita o implícitamente, aspiraciones, deseos, verdades, y en su extremo hasta elementos marcadamente incompatibles con sus principios, a los "grandes objetivos".

En una novela de Arthur Koestler, *El cero y el infinito* (3), ignorada en su momento en nuestro país por alguna izquierda y leída entre otros por señoras anticomunistas y anarquistas anticomunistas, pueden encontrarse ciertos diálogos que permitirían explicar más claramente la preocupación por este tema que implica la convivencia con lo diverso, pero también la negativa fuerte a pisar ciertos senderos.

El diálogo del cual me quiero servir ocurre en la nove-



ION AUSENTE

la, en la época de las purgas en la Unión Soviética. Es una situación de interrogatorio. Los personajes, un joven cuadro hijo de la atmósfera stalinista (Gletkin) y su prisionero; un hombre de la vieja guardia intelectual bolchevique caído en desgracia (Rubachof). El diálogo es excelente por el tratamiento respetuoso del punto de vista de ambos personajes. La discusión si se quiere es la clásica acerca de medios y fines y aunque permite varias lecturas me voy a detener específicamente en ese tema. Rubachof objeta una serie de medidas de disciplina que rigen en las fábricas de la revolución y otros métodos bárbaros empleados por el estado socialista que él, seguramente con pasión, también ayudó a construir. Su interrogador contesta con el conocido argumento de una revolución industrial que fué realizada no en 100 o en 200 años sino apenas en 10. Consecuentemente, la fundamentación continúa esgrimiendo la necesidad irremediable de extremar medidas disciplinarias, midiendo los resultados de éstas sólo en función del gran objetivo: la continuidad y afianzamiento de la revolución.

Lo interesante es que debido a ese tratamiento del punto de vista, el argumento de Gletkin nos suena a los lectores aplastante, contundente; pero no sólo porque apele al discurso macro, racionalista, sino porque recurre a ejemplos de la vida cotidiana, a su origen social de campesino pobre a una infancia que ignoraba que la hora se dividía en minutos, contrastándola a los hábitos urbanos, al clima intelectual que generó a Rubachof. El remate del argumento de Gletkin es el siguiente:

"(...) El año pasado vino a vernos de Inglaterra, de Manchester una delegación femenina. Se les enseñó todo, y luego ellas escribieron indignados artículos, diciendo que los obreros textiles de Manchester nunca hubieran consentido que les trataran así. Yo he leído en alguna parte que la industria algodonera de Manchester tiene ya doscientos años de antigüedad. También he leído como se trataba allí a los obreros, hará doscientos años, cuando aquella industria estaba en los comienzos. Usted, ciudadano Rubachof, acaba de emplear los mismos argumentos que la delegación femenina de Manchester, Usted, naturalmente, está mejor informado que estas mujeres. Así que le podríamos preguntar por qué emplea los mismos argumentos. Pero he aquí que usted tiene algo en común con ellas: en su infancia le regalaron un reloj(...)"

Volver a poner sobre la mesa un problema que hasta los soviéticos critican hoy, sería ingenuo si esta matriz de pensamiento (que rebasa a, y permanece por sobre, la barbarie stalinista) no hubiera sido, como efectivamente fue, un elemento constitutivo del pensamiento hegemónico en el campo de la izquierda (elemento que todavía siguen conservando diversas fracciones de la izquierda contemporánea). No es inocente entre otras cosas porque esta forma literaria permite reflexionar sobre el fuerte poder de persuasión de esos argumentos. En el ejemplo, además de la justificación racional del discurso político, está la que se asienta sobre la más primitiva, personal y subjetiva rebeldía de clase. El hombre que la esgrime es producto de esa revolución. Y sin su existencia habría continuado caminando pasos de campesino analfabeto por una aldea perdida de la vieja rusia. Sin la revolución no habría conocido nunca, quizás, un reloj.

IV. Por último, sólo resta decir que hay muchos elementos que hacen que esta perspectiva, que la preocupación por estas cuestiones, que este estilo, sea y esté siendo una de las posibles voces de esta generación.

El clima (insisto) se asienta de manera muy especial en una lectura de nuestras experiencias cotidianas de la dictadura (tanto en el caso de los que estuvimos adentro del país, como en el de los que estuvimos en el exilio). Son estas experiencias, que nos acompañan prendidas como abrojo, las que nos pueden hacer a algunos pronunciar convencidos aquella frase que creo dijo alguna vez Rosa Luxemburgo: la libertad es siempre la libertad del que piensa diferente. O que podemos adherir a expresiones en cierto sentido "impolíticas" como la que pude escuchar una vez en un acto en que se recordaba a los mártires de Chicago.

El primero de mayo de 1986 en la Plaza Miserere, un viejo orador anarquista hablaba ante una concurrencia mínima de adherentes y curiosos. Humberto Correale desplegaba frases propias de una estética ensayística decimonónica, no exentas de arcaísmos. Frases de una belleza antigua. Como cierre de su exposición el hombre dice algo que probablemente haya repetido innumerables veces hasta convertirlo en un arma oratoria (aunque es mucho más que eso). Algo que quizás exprese muy bien el espíritu general de este clima que intenté contar a la par que proponer su desarrollo.

Los jóvenes punk de Buenos Aires escuchan con cierta indiferencia. Los viejos librepensadores creen adivinar el remate. Después de la pausa final, Correale toma aire y dice con fuerza: "A la libertad sólo se llega por los caminos de la libertad".

NOTAS MENORES

(1) El trabajo de Osvaldo Bayer está publicado en Gelman, Juan y Bayer Osvaldo, 1984: *Exilio*, Editorial Legasa, Buenos Aires.

(2) El ensayo de Bayer después de leído por los organizadores fue rechazado y también se le retiró la invitación a participar del coloquio. En el libro mencionado en la nota anterior hay una aclaración más detallada sobre el hecho.

(3) El ejemplar de mi cita es Koestler, Arthur, 1978: *El cero y el infinito*, Destino, Barcelona.

Debo esta lectura (como muchas otras), y el especial énfasis sobre estos párrafos, al maestro Rafael Sánchez, quien continúa su apasionada labor intelectual desde algún lugar de Ramos Mejía, más preocupado por encontrar ciertas respuestas que por construir una carrera profesional.

Buenos Aires, verano 1988

OTRAS MÚSICAS:

EN LOS CONSERVATORIOS NO EXISTE REGISTRO DE ENTRADA DE NINGUN GRABADOR

Entrevista por Lucio Schwarzberg

“Otras Músicas” fue creada en 1985. Antes, en 1982, varios de sus fundadores se habían encontrado en una Feria de Compositores organizada por Gerardo Gandini en la Fundación San Telmo.

“Otras Músicas” es la agrupación de los compositores más jóvenes de la Argentina. Sus integrantes oscilan entre los 20 y los 35 años de edad.

Reunidos con la doble intención de promover su producción musical y crear una corriente de música contemporánea que revierta el aislamiento en el que se encuentra este segmento artístico, los compositores han logrado construir una red de relaciones institucionales que comienza a dar fruto. Entre sus integrantes están la mayoría de los becarios del laboratorio de investigación y producción musical del Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires, dos directores de orquesta —Mario de Rose y Carlos Calleja, también compositores—

Di Liscia: De nuestra generación se ha hablado bastante. Esta generación que a grosso modo tiene hoy entre veinticinco y treinta y cinco años, y que tuvo la mayor parte de sus estudios durante la dictadura. No se dijeron cosas muy lindas acerca de nuestra generación; por lo menos, no muy fáciles de aceptar.

P: ¿Quién no dijo cosas lindas? Yo tengo la impresión de que la generación habló muy poco y que, en consecuencia, nadie dijo nada sobre ello.

Di Liscia: Bueno: una de las cosas que se dijo es que no existíamos.

Edelstein: Yo decía al principio que la primera reunión de quienes después fundamos “Otras Músicas” se produjo simplemente para contravenir esta ausencia. Simplemente, estábamos metidos en una discusión entre corrientes musicales —digamos: los herederos de Juan Carlos Paz y los herederos de Ginastera, por decir algo— y resolvimos juntarnos diciéndonos “terminemos con las diferencias que hemos tenido”. Fue un problema al interior de la música. Como puede verse, realmente no existíamos ya que esta discusión constituía un intento de solución a un problema elemental. Casi una escena primaria.

P: Pero si alguien resuelve superar diferencias estéticas, debe de tener algún objetivo político ¿no?

Edelstein: Si, claro. El objetivo estaba en la cabeza de alguno de los que, quizás, habíamos tenido participaciones más o menos politizadas en los '70. Pero no son lo mismo los que tenían veinte años en el '73 que los que tenían dieciocho. Entre los que tenían veinte en el '73 había intenciones de que nuestra primera reunión resultara en algo distinto. Lo que pasa es que uno se remite en el diálogo a las posibilidades de entendimiento de su interlocutor. Digamos que los acuerdos se fijaron en base a los principios de discusión y no a un programa estético.

Montes: Todo ocurre como un fenómeno de reconocimiento de que los demás existen. Yo tomo contacto en el '82 con un grupo de personas que —descubro— están haciendo algo parecido a lo que yo hago. Pero además de la reunión para superar las dos tendencias de las que hablábamos, había otro fenómeno. No creo poder describirlo en todos los términos, pero yo sentía, básicamente, miedo.

En algún punto mucha gente de las que ahora integran la agrupación eran entonces islas, desconectados unos de otros, aliados alrededor de algunos maestros. Tengo la sensación muy fuerte de que éramos apéndice, de que no estábamos donde estábamos por elección.

Edelstein: A mí me gustaría agregar algo más. Yo creo que es cierto que la música estaba marginada, volcada hacia adentro. Pero en circunstancias similares había una actitud distinta en otros círculos intelectuales y artísticos. Me parece que en el caso de la música influyó mucho esta automarginación que produjeron los productores musicales.

Esta “automarginación” hace que hoy los intelectuales musicales no sean debidamente tenidos en cuenta ni por los otros sectores intelectuales. La música contemporánea tiene un nivel de significación social digamos que insignificante. Y esto proviene, en gran medida, de un modo de pensar el arte, de un modo de producir, de un modo de organizarse, de una cultura que llevaba a una curiosa marginación de élites. Marginación que resultó muy útil para organizar los conciertos en el Teatro Colón: compositores que sacaban patente de modernos ante una señora gorda que, a su vez, se horrorizaba por una cuarta aumentada. Pero resulta que una cuarta aumentada no horroriza a ningún rockero, y una disonancia tampoco. Esa es la marginación: señores que no quisieron jamás meter las patas en el barro.

Entonces se produce esta doble marginación. La automarginación de los músicos —absolutamente voluntaria, obra de señores cultos— y la marginación de los circuitos intelectuales. Las reflexiones de la altísima moderni-

dad musical matan de risa a cualquier escritor, o a cualquier otro artista, o a cualquier otro tipo que haya gozado de un blues o del vino de Calabria.

P: Me gustaría saber cómo creen ustedes que se distinguen del resto de los músicos, porque en Buenos Aires existen otros nucleamientos de compositores, no tan "juveniles" como ustedes, pero también contemporáneos.

Di Liscia: Si uno mira superficialmente una carpeta de actividades, encontrará conciertos, conferencias, cursos. Este tipo de actividades que nosotros realizamos fueron —y son— organizadas también por agrupaciones musicales anteriores a la nuestra. Unas y otras pueden ser diferentes, o mejores, o peores, o más piolas. Lo importante es que las actividades nuestras —las de "Otras Músicas"— buscan siempre el contacto con las bocas de difusión, con los centros de producción y de enseñanza musical que existen en el Estado.

Montes: Fuimos a buscarlos, no nos conformamos con una actitud independiente. Las agrupaciones "librepensadoras" sólo dejaron campañas de publicidad para los respectivos integrantes. No hicieron nada para nadie. Este acercamiento nuestro a los lugares de producción del Estado es también una definición ideológica. Nos preocupa nuestra relación con todos los organismos de producción y enseñanza artística. Esta es una de las diferencias de "Otras Músicas" con cualquiera de las agrupaciones anteriores.

P: Los rockeros —y muchos músicos populares— usan instrumentos electrónicos iguales a los que usan ustedes: sintetizador, computadora, sampler. ¿Qué diferencia hay entre el uso que ustedes dan a las máquinas y el que les dan ellos?

Di Liscia: Este uso diferente está generado por una manera diferente de concebir la música.

D'Adamo: El interés en usar estos recursos surge de una necesidad que parte de la música misma. Me viene a la memoria la reacción de Varese ante el primer sintetizador. Dijo algo así como que habían encontrado el instrumento que buscaba, y ya estaba bastante viejo. El sintetizador, en realidad, estaba ya en las posibilidades de evolución de los instrumentos tradicionales, explotados a esa altura en todas sus capacidades. Como existía también el mismo interés en la exploración del timbre en las obras de la Escuela de Viena, a principio de siglo.

Di Liscia: Los instrumentos tradicionales producen sonidos que son modificables sólo en un grado muy limitado. En la música contemporánea, se trata —en términos generales— de establecer una vinculación entre la microestructura —que son los sonidos— y la estructura general de la obra —que es el discurso musical. Nosotros generamos nuestros propios sonidos. No usamos un sintetizador para imitar un instrumento tradicional. Intentamos extraer del instrumento lo que el compositor quiere. Operar sobre el instrumento y no aceptar la pre-programación.

Gutman: En rigor, en la música contemporánea, el sintetizador o el grabador se incluyen de un modo más pleno. Del mismo modo que se hizo con los instrumentos tradicionales, a éstos se los incluyó atendiendo a todas sus posibilidades y técnicas.

Edelstein: Es decir, se incorporaron al discurso mu-

sical desde los más bajos niveles de organización. Esto habla de una diferencia concreta con la utilización discreta de recursos y, a veces, de estrecho campo imaginario que plantea el uso que se les da en algunas músicas masivas.

P: Ustedes mencionaron "la insignificación social de la música contemporánea". Me parece un problema derivado de la estética elegida: ustedes componen una música muy hermética, difícil de comprender aún para un público "culto".

Edelstein: Es que el problema es como el del huevo y la gallina. Nosotros nos preguntamos por qué alguien que disfruta de una película de Bergman, por ejemplo, no puede entender la música contemporánea, o disfrutar de la música electroacústica. Y nos contestamos que el problema está en el modo de distribución y de difusión de la música, por contestarnos algo.

D'Adamo: Y aquí surge otra pregunta relativa a la marginación de nuestra música: ¿el público no tiene suficiente formación cultural para entender la música contemporánea o la música contemporánea no resume los cambios culturales y tecnológicos del siglo XX como para atraer a ese público.

P: Pero yo podría contestarte con un ejemplo que es casi un lugar común: el caso del cine. El cine es fácilmente más masivo, es un producto cada vez más sofisticado tecnológicamente, es producción industrial y, encima, es visual. No sé si la música puede reunir tantos atractivos requisitos para el público del siglo XX.

Edelstein: Pero, además, el cine está manejado por hombres cultos de este siglo, hombres que no se preocupan por el último cuesco que se tiró la marquesa que se paseaba por el último vestidor del palacio. Hombres preocupados por las operaciones que hay que realizar en la cultura. La gente que se ocupó de la música, en cambio, no tiene un carajo que ver con la cultura del siglo. En otros niveles, la música ha conquistado circuitos, ha adquirido una significación importantísima.

P: ¿Dónde?

Edelstein: En Woodstock, por ejemplo. Es decir, gracias al cine. Entonces, yo no digo que la música contemporánea no tenga dificultades de comprensión. Pero sí digo que gran parte de la incompreensión se debe por un lado a la negligencia de los músicos, y por otro a la incompreensión de los medios, a la falta de difusión. Los músicos se han manejado como ignorantes de los medios que tienen a su alcance, ya sea para producir, ya para difundir. Por otra parte los medios de comunicación no están preparados para difundir música contemporánea, ni al arte contemporáneo en su conjunto. Esto habría que cargarlo en la cuenta de los administradores culturales.

Para ser más claro con eso de la negligencia de los músicos: dos viejas gordas dicen: "la música contemporánea no le gusta a nadie". Y tienen razón. Pero yo agregó: no le gusta a nadie porque no les gustaba a los que la hacían. Los señores que hacían música contemporánea en la Argentina estaban obligados a ser modernos; pero en sus casas la única música que escuchaban era Brahms o La Traviata. La recepción que el público hace de esta estética está condicionada por este tipo de producción. Músicos que en su vida jamás gustaron y disfrutaron de la música contemporánea, porque nunca gustaron y disfrutaron de este siglo, de los sistemas de interco-

un ingeniero, Horacio Gutman y una veintena de instrumentistas dedicados casi exclusivamente a la música del siglo XX. Un crítico musical —Federico Monjeau, que no pertenece a la agrupación— los apoya desde "Página 12". Todos merodean los 30 años.

Suelen presentar sus obras en reductos más exquisitos que marginales —el estatal Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires y los privados auditorios de la Biblioteca Lincoln y de la Fundación San Telmo— pero pugnan, y lo están logrando, por penetrar en los conservatorios y en las universidades.

Ambiguos en la relación con sus maestros —Gerardo Gandini y Francisco Kropfl— a los que admiran y recelan al mismo tiempo, han recibido de ellos una impronta —o dos, más bien— que constituye la "interna" estética de la agrupación. Ellos, en público, disimulan. Pero no todos son lo mismo.

Sueñan con el I.R.C.A.M., en París —el reducto de Messiaen, de Boulez y de Stockhausen— y con Stanford, en Massachussets. Mientras tanto, trabajan para crear un centro estatal de investigación en Buenos Aires. O se recluyen —como Adrián Rúsovich— en San Juan, en donde compone, enseña y arma un modesto laboratorio en la universidad.

Pablo Di Liscia, el presidente actual, Oscar Edelstein y Daniel Montes, tres de los fundadores de la agrupación, son los entrevistados. Fueron testigos Horacio Gutman y dos jóvenes compositores, Javier Castro Albano y Daniel D'Adamo.



INTEGRANTES:

Daniel Almada
Fernando Aure
Carlos Calleja
Javier Castro Albano
Pablo Cetta
Gustavo Chab
Daniel D'Adamo
Fabio Daiban
Mario De Rose
Pablo Di Liscia
Oscar Edelstein
Horacio Gutman
M. Eugenia Luc
Gustavo Mirábile
Daniel Montes
Mariano Ramos
Alejandro Ruty
Adrián Rússovich
Sebastián Schachtel

INTEGRANTES EN EL EXTERIOR:

Héctor Fiore (Polonia)
Ezequiel Iztcovich (Francia)
Gustavo Leone (E.E.U.U)
Luis Mucillo (Brasil)

nexión de este siglo, de los modos de producir sentido de este siglo, de los modos culturales de este siglo. Adosados a una cultura anterior, generaron una música antigua vestida de moderna. Era imposible que esta música le gustara a alguien: no les gustaba a los que la hicieron.

P: ¿Y ustedes creen que están en condiciones de producir música que guste a muchos?

Castro Albano: Sí. En principio hay un punto de partida: la música que hacemos nos gusta a nosotros.

P: Sigo con la impresión de que ustedes tienen un trauma con las posibilidades de que se comprenda lo que ustedes hacen.

Castro Albano: En mi caso, yo no siento ningún trauma. Creo que mucho de la comprensión del público pasa por el uso de los medios.

P: ¿De qué medios?

Castro Albano: Los medios de comunicación masiva. Mucho depende de la frecuentación del público de determinado tipo de música.

Edelstein: Hay infinitos aparatos que el Estado tiene para producir un cambio en la difusión y en la recepción de la música contemporánea. Sin embargo un administrador de un teatro no filma ni graba porque está acostumbrado a una estructura de producción del siglo XIX. No se le ocurre que puede pasar conciertos por televisión, y que toda la guita que se gasta en conciertos fabulosos la podrían disfrutar veintidós provincias. ¿Sabés por qué no filma ni graba? ¿Sabés por qué no se le ocurre? Porque no sabe que existen el televisor y el grabador. No se enteró. Yo digo: ¡cómo va a gastar cien mil dólares para cinco mil personas, cuando se los puede usar para que lo disfruten millones! ¡Es fantástico! Es como el viejo cuento de Lord Byron que hablaba con su amigo Lord Chandley y le dice: —Ustedes tienen cinco mil personas de más atendiendo su casa. —Sí, le contesta Chandley, todas las artes y la ciencias han entrado a mi palacio. Tengo el maestro de cocina, el maestro de música, el maestro de pintura, el maestro de esgrima, el maestro de latín. Entonces, Lord Byron lo interrumpe y le dice: discúlpeme, pero hay una ciencia que no ha entrado a su palacio. ¿Cuál? La matemática: en su palacio no saben contar. Son cinco mil para atender a cinco.

En mi pueblo, por ejemplo, yo tenía que escuchar los conciertos de Radio Nacional y cuando pasaban la *Consagración de la Primavera* nunca sabíamos si lo que se escuchaba era música contemporánea o interferencias.

Y estoy hablándote de obras de hace un siglo, algunas de las cuales no se han pasado nunca por radio. Si desde los centros que irradian cultura se apropiara de los nuevos medios de difusión, a mí me gustaría ver qué pasa en la cabeza de la gente, qué pasa frente a la música contemporánea. Pero primero hay que enterarse de la existencia del grabador.

P: ¿Por qué el grabador?

Edelstein: Es el instrumento musical más importante del siglo XX. Es la posibilidad de memorizar, de registrar el tiempo total de una obra. Fijate que en los conservatorios no existe registro de entrada de ningún grabador. La cultura musical desconoce el nacimiento del grabador. Entonces, cuando toda esa tecnología irrumpe en los conservatorios —y nosotros ya parecemos las masas somnolientas de los futuristas— pero, cuando irrumpa el grabador en los conservatorios, irrumpirá el mundo.

Y éste es otro punto importante para la comprensión de la música contemporánea: la enseñanza en los conservatorios. Mirá que nombre tienen. Los conservatorios preparan músicos para ser caballeros de una causa perdida. La enseñanza musical está desentendida del mundo.

P: De todos modos, yo guardo algunos sospechas sobre este sueño de ustedes de ser comprendidos masivamente. Me parece difícil compatibilizarlo con la experimentación en laboratorios, donde los resultados pueden ser escasos y difíciles de socializar. Estoy pensando en ese estilo de compositor cuya actitud y cuyos conocimientos lo acercan mucho al matemático y al físico, más que al artista romántico.

Edelstein: Esto da lugar a otro problema. Tal vez los compositores hayan incorporado un modo más propio de la ciencia en esto de olvidar la comunicación.

De todos modos es bueno marcar que en la Argentina hay poca o ninguna investigación sonora en institutos o centros. En otros lugares del mundo se investiga pero no siempre se aplica a la producción musical. Sigue entonces desconectada de lo real.

P: Entonces ¿cómo resuelven ustedes la relación entre el uso de la tecnología —el lado experimental vinculado con la física y la matemática— y la producción artística?

Edelstein: Si nosotros llegáramos a resolver esa relación, somos Gardel.

Lo que intentaríamos —lo que intentamos— es que los modelos experimentales lleguen a traducirse en modelos aplicables a la producción artística: esto es la experimentación. Pero no puedo confundir la experimentación con el concierto.

El espacio, el tiempo, las alteraciones psicológicas del tiempo —compresión, dilatación, el juego del color, las configuraciones estructurales— son problemas con los cuales el músico se vincula de un modo muy diferente al de Lacan, Wittgenstein o Popper. Es decir, que estos problemas integran el mundo imaginario y no siempre tienen traducción lineal. En las obras de Debussy, la óptica y el fenómeno de la iluminación aparecen en sus desvíos tonales, en sus múltiples centros, y en el color interno de los acordes.

En la Argentina no está clara la función de un centro de investigación. Entonces, se presentan experimentos como si fueran conciertos. Tampoco se sabe qué se quiere experimentar. Por ejemplo: en un centro de experimentación se podría trabajar con la vieja idea de ampliar el



universo sonoro, de expandir las posibilidades del oyente, entre otras cosas grandilocuentes. Pero después habría que traducir esto a una forma específica.

Gutman: En los últimos tiempos se ha incluido una dimensión más a la música, que es la ubicación de la fuente sonora...

Di Liscia: No es que se ignorara hasta hoy la dimensión espacial en la música, pero actualmente los recursos que se disponen han traído el tema a un primer nivel. Este es otro punto de conexión con la tecnología. Es el desarrollo tecnológico el que nos obliga a pensar en la ubicación de la fuente sonora...

Gutman: ...que se puede manejar, controlar. Pero, para hacerlo tendrían que existir mediciones, por ejemplo, que no hay suficientes. Es decir, estudios acerca de los límites y características de la percepción sonora en relación con el espacio, del mismo modo que se investigó en otros campos: altura, ritmo, etc.

Di Liscia: Los centros de investigación musical tendrían en la Argentina —como en cualquier lugar del mundo— una extensísima tarea. Son el puente para conectar el arte con la tecnología.

Edelstein: A instancias de nuestra agrupación se ha creado uno en la Universidad de Buenos Aires, el C.I.M., una sigla que, casualmente, quiere decir "Centro de Investigación Musical". Y estamos tratando de ponerlo a funcionar.

P: En las aspiraciones de ustedes hay una combinación de música contemporánea —de vanguardia, si me permiten la expresión— con expectativas muy altas sobre las posibilidades de los medios de comunicación masiva. Ambas envueltas en una suerte de fetichismo tecnológico...

Di Liscia: No nos hemos entendido en el problema de la tecnología y el arte. Creo que la relación que intentamos nosotros con la tecnología no es fetichista, más bien todo lo contrario: pretendemos una relación "natural" con la tecnología, para explotar todas sus posibilidades. En cambio, cuando hay ineficiencia, en el uso de los aparatos es justamente por algún vicio de relación fetichista. La sustitución de diferentes aparatos por uno "superior", sin detenerse a explorar los límites y posibilidades de cada uno presupone una relación fetichista bastante conocida en el medio musical. Una especie de uso consumista de la tecnología.

Edelstein: Digamos que el más alto grado tecnológico al cual podía aspirar Beethoven fue la orquesta sinfónica, y la usó con todas sus fuerzas. También es verdad que podría haber incorporado la máquina de vapor. En fin, hubiera sido mejor que el coro. Pero no lo hizo.

Nosotros queremos explorar hasta el límite las posibilidades sonoras. Las posibilidades nuestras y las que ofrece la tecnología. Esto conlleva riesgos, miedos y seguramente conduce a muchas vías muertas. Pero hoy, nuestro arte, entre la asepsia que introducen los científicos y la mirada distante del público, merece alguna valentía.



GRUPO DANZA / TEATRO DE LA U.B.A. UN LEVE LABERINTO LABIL

GRUPO DANZA-TEATRO de la Universidad de Buenos Aires

Fue creado en 1985. Tiene su sede en el Centro Cultural Rector Ricardo Rojas (UBA). Ha sido invitado a participar en el programa oficial de los mil años de la Universidad de Bologna (Italia) que se realizará en mayo de este año. La gira abarcará, también, España y Polonia. Las fotos corresponden a "Un leve laberinto lábil".

REPERTORIO

Bowling

Instrucciones para un tejido

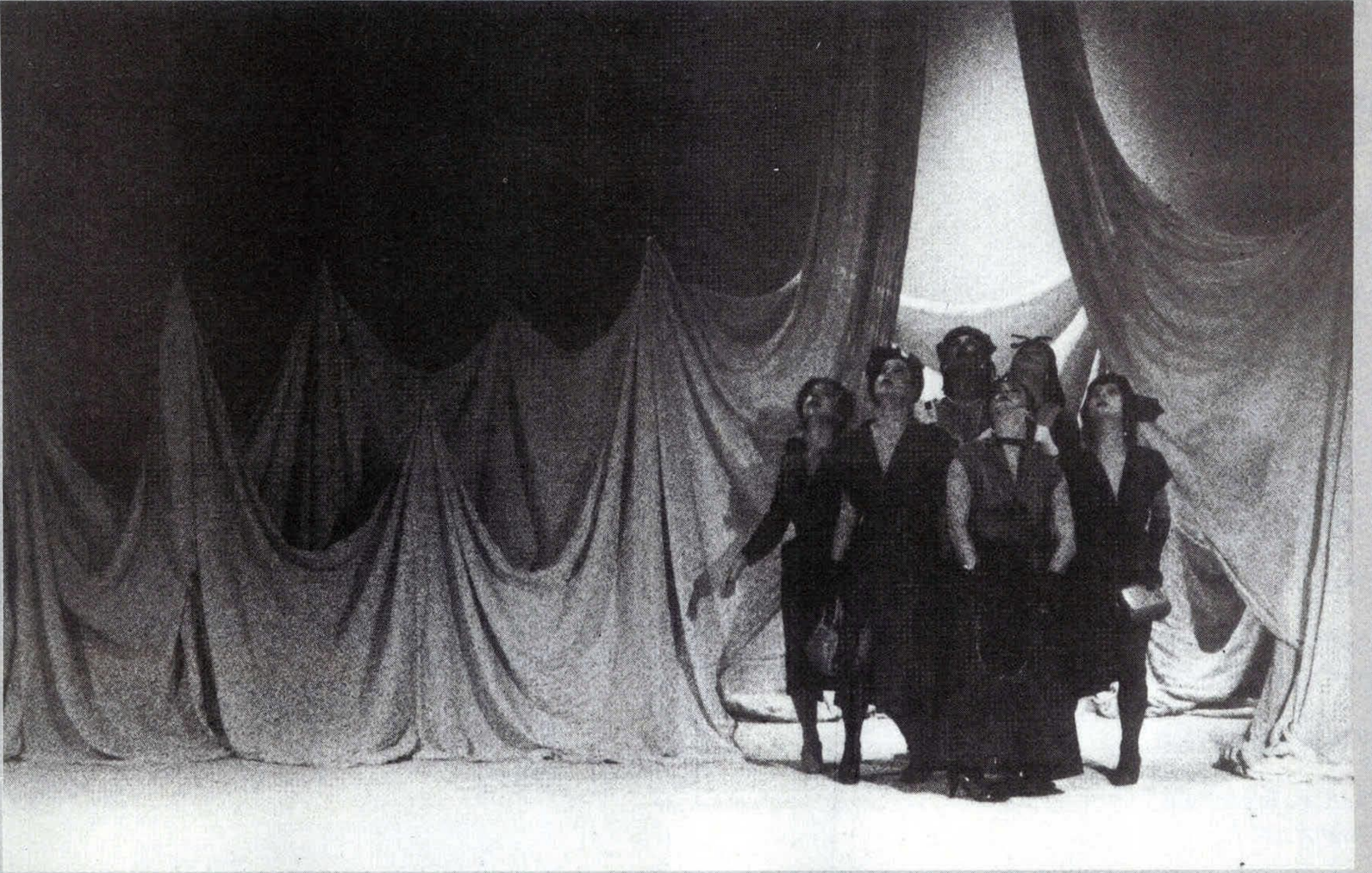
Es además perfectamente inútil

Battanbang

Se ame o no se ame, es siempre terrible (Retazos de un discurso amoroso)

Un leve laberinto lábil





Dirección general:
Adriana Barenstein

Dirección musical:
Edgardo Rudnitzky

Elenco

Alejandra Alzaibar
Mariana Bellotto
Patricia Dorín
Paula Etchebehere
María José Goldín
Marta Lantermo
Adriana Levy
Sergio Pletikosic

Maestros

Guillermo Angelleli,
entrenamiento actoral

Stella Arcos, Tango

Adriana Barenstein,
improvisación

Alma Falkenberg,
contact-improvisation

Marina Giancaspro, técnica de
danza contemporánea

Marta Lantermo, acrobacia



Fotografía: Elías Mekler

Elías Mekler nació en Buenos Aires en 1957. Es egresado de la Escuela Superior de Fotografía de la AFRA. Miembro fundador del Grupo de fotógrafos (GUF). Expone en muestras individuales y colectivas desde 1983.





B R U N N E R

Entrevista por José Burgundy y
Cecilia Sagol

José Joaquín Brunner nació en Chile en 1945. Es sociólogo y director de FLACSO - Chile

NOS GUSTARIA COMENZAR con un ejemplo vinculado al tema del seminario organizado por CLACSO (1). Entre los intelectuales de Buenos Aires, el debate sobre la modernidad y la posmodernidad se introdujo como una apresurada puesta al día del debate europeo y norteamericano. La resonancia pública del tema comenzó entre 1983 y 1984, y hoy —cuatro años después— alguno de nosotros escuchó expresiones muy descalificantes sobre el tema, como si se lo quisiera clausurar de hecho.

Parecía que la implantación de ciertas discusiones entre los intelectuales latinoamericanos —o por lo menos del cono sur— no tuvieran historia ni crearán linajes. Sin embargo, en los países centrales, estos debates no se inventan: tienen historia y derivan hacia nuevas discusiones. Entre nosotros, en cambio, parecería que sólo se produce una acumulación de segmentos inconexos. ¿Es posible, en nuestros países, pensar los mismos temas del mismo modo que se piensan en los países centrales?

R: Bueno, de hecho ocurre. Lo interesante es preguntarse por qué ocurre y qué significa. Yo creo que hay varios fenómenos. Uno es internacionalización del campo intelectual, sobre todo de las élites intelectuales. Hablando del terreno de las ciencias sociales, no cabe duda que la élite se encuentra absolutamente internacionalizada, en el sentido de que viaja, participa de seminarios, publica en su país y fuera de él, está en contacto con universidades de los países centrales, participa en calidad de profesor invitado, etc. Entonces, hay ciertos debates que son propios de esta élite internacionalizada.

Mirando con una óptica de hace veinte o treinta años —bajo la rúbrica de la alienación de los grupos intelectuales, estos debates podrían ser criticados. Yo creo que, en realidad, esto no hace una crítica real, porque el grado de internacionalización intelectual es hoy tanto mayor que hace treinta años. Lo que importa, por lo tanto, es preguntarse qué realidad tienen ciertos debates importados. Y ahí sí, uno puede tener distintas opiniones. El debate de la postmodernidad, en su contenido más sustantivo, responde a fenómenos propios de los países centrales. Sobre todo esta sensación —o la reflexión que acompaña a esta sensación— de cambio de una época a otra. Funda-

mentalmente, el surgimiento de esto que llaman la sociedad post-industrial. En definitiva, lo que está por detrás de la conceptualización de la modernidad es cómo entender el cambio ya no sólo en el plano de la estructura económica, de la estratificación social o del surgimiento de las industrias del conocimiento, sino cómo todo esto repercute en la sensibilidad estética, en las posiciones religiosas, en la comprensión de los fenómenos culturales. Eso es lo que ha sido abarcado bajo la noción de postmodernidad.

Este debate —con esa base— es de alguna manera artificial si se lo quisiera replicar en los mismos términos en América Latina.

Interesantemente, en América Latina está tomando otra veta, que es la pregunta por el carácter contemporáneo de la modernidad. Entonces, la discusión en torno a la postmodernidad en América Latina es, en realidad, una discusión sobre los desarrollos culturales en nuestros países. A partir de una heterogénea combinación de fenómenos que corresponden a distintas épocas, donde se mezcla lo más avanzado de la industria cultural con las prácticas rituales o festivas de la cultura popular, uno puede preguntarse sobre el carácter de la modernidad en América Latina. Es más: yo creo que esto es lo que está puesto bajo la conceptualización de la postmodernidad en nuestro continente.

Ahora: uno podría preguntarse por qué el debate sobre la modernidad —que siempre parece centrado en América Latina— debe haberse tamizado por la discusión europea y norteamericana sobre la postmodernidad. Yo creo que nos hace más sensibles a ciertos fenómenos, que nos da una mirada más amplia para hablar de nuestra modernidad. Pero lo importante es que rápida y efectivamente, terminemos hablando de nuestra propia modernidad.

P: Obviamente, los efectos de aquello que sea la sociedad post-industrial nos afectará, nos está afectando. Pero de un modo distinto del que sucede en Europa y en Estados Unidos. Sin embargo, tenemos la impresión de que en Buenos Aires nunca se discutió desde esta perspectiva de la sociedad post-industrial. Y desde ese punto de vista, la discusión ya tiene una historia bastante larga. Touraine, por ejemplo,



publica "La sociedad post-Industrial" en 1969, Daniel Bell publica "El advenimiento de la sociedad posindustrial" en 1974. Y Lyotard publica "La condición postmoderna" en 1978. Son casi veinte años—desde la perspectiva de la sociedad postindustrial— y una década, si nos referimos a los ensayos sobre los cambios en la cultura. Aquí quedó reducido casi a un debate estético.

R: No, no. A mi juicio, en la reunión de CLACSO estaba puesto el tema de la identidad cultural de América Latina a la luz del debate de la modernidad y la postmodernidad. Hubo un objeto real de discusión, y no tuve la impresión de que nadie se quedara en la discusión europea sobre qué es la postmodernidad y cuáles son las distintas corrientes que la integran. Incluso, creo que el fenómeno era distinto: a veces resultaba difícil conectar los tópicos que realmente preocupan a los intelectuales latinoamericanos con los problemas de la postmodernidad. Si alguien está hablando sobre los problemas de la redemocratización en América Latina, es un desafío serio pensarlos a la luz del fenómeno de la postmodernidad. A veces, un expositor hablaba estrictamente del funcionamiento del sistema político en Uruguay, o la Argentina, o Chile, y el tema tenía una conexión nominal con la postmodernidad. El señor muestra que en nuestro país la democracia es una construcción muy difícil porque no hay una cultura moderna, porque convivimos con fenómenos de distintas épocas, mezclados, que se superponen, que se entrecruzan.

En la comisión de cultura, en la que yo participé, era mucho mayor la posibilidad de establecer conexiones entre la discusión latinoamericana sobre la modernidad y el tradicionalismo cultural por un lado, y los fenómenos de la postmodernidad.

P: Es mucho más productivo pensarlo desde nuestra historia cultural.

R: Exacto. Lo que pasa es que también el papel de la intelectualidad en países periféricos es complicado desde este punto de vista. Los intelectuales de los países periféricos—sobre todo los del segmento internacionalizado—no están obligados a hacerse cargo de los proble-

mas propios de su región, pero indefectiblemente sí de los debates de los países centrales. En este sentido, tienen una doble carga. Nadie le pedirá a un intelectual de la élite internacionalizada que entienda de la educación en América Latina, salvo que sea un latinoamericanista. Sin embargo, uno espera que cualquier sociólogo de la educación de la élite latinoamericana entienda los fenómenos de la educación en los países centrales, que siga la discusión de las distintas corrientes, que sepa—por ejemplo—lo que se está discutiendo hoy en día en el Partido Comunista italiano, que en esta materia ha dicho y tiene para decir cosas muy interesantes. Esta es una doble carga muy pesada para los intelectuales latinoamericanos.

Al final, la periferia tiene un centro que irradia no solamente en lo económico, irradia sobre todo en lo cultural—en las teorías, en la estética, en los gustos, en las palabras que se usan—y nosotros somos presas de eso. Es muy difícil—si uno es parte de un fenómeno de internacionalización subordinada y periférica—no darse cuenta que tiene que estar al día con los debates de los países centrales.

P. Ya hablaste del papel de los intelectuales: la sociología de la cultura, como actividad más o menos específica y autónoma, ha comenzado a desarrollarse desde hace poco en América Latina. Dentro del campo se estudian ideologías, instituciones, circuitos, discursos. Cuando se intenta restringir el campo, se lo reduce al estudio de la producción artística y literaria. En ambos casos,—amplio o restringido—falta siempre el estudio sobre el presente de los intelectuales y sus instituciones.

R: Es un fenómeno histórico de ceguera selectiva de los intelectuales sobre sus propias instituciones.

En parte, el poder de los intelectuales consiste en que no se sepa cuál es su poder. Y entonces, difícilmente las ciencias sociales se vuelquen hacia el estudio de sus propias condiciones de producción. Hay una relativa ceguera respecto de estos fenómenos de internacionalización, de la discusión de los problemas de financiamiento, de los mecanismos para la obtención de prestigio y visibilidad.

En América Latina hay un déficit de estudio sobre las

UNO ESPERA QUE CUALQUIER SOCIOLOGO DE LA EDUCACION DE LA ELITE LATINOAMERICANA ENTENDA LOS FENOMENOS DE LA EDUCACION EN LOS PAISES CENTRALES, QUE SIGA LA DISCUSION DE LAS DISTINTAS CORRIENTES, QUE SEPA—POR EJEMPLO—LO QUE SE ESTA DISCUTIENDO HOY EN DIA EN EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO, QUE EN ESTA MATERIA HA DICHO Y TIENE PARA DECIR COSAS MUY INTERESANTES.

EL PODER DE LOS INTELECTUALES CONSISTE EN QUE NO SE SEPA CUAL ES SU PODER. Y ENTONCES, DIFÍCILMENTE LAS CIENCIAS SOCIALES SE VUELQUEN HACIA EL ESTUDIO DE SUS PROPIAS CONDICIONES DE PRODUCCION.

instituciones que permite que los propios intelectuales se vayan transformando en un sector con mayor peso en la sociedad. Es como si el poder y el prestigio de los intelectuales fuera dado por la sustancia con la que trabajan, con el conocimiento. En verdad, hay redes de prestigio, de recursos financieros, hay relaciones de poder internas. Recién en los últimos años están apareciendo una serie de trabajos interesantes sobre la organización del trabajo de los intelectuales.

P: Un fenómeno interesante es el que ocurrió con los centros privados de investigación en ciencias sociales. Se fortalecieron mucho durante la dictadura, a pesar de que funcionaban como instituciones marginales. Con la democracia, pasan a ocupar un lugar central en el campo intelectual. Muchos de sus integrantes se incorporan a la universidad, pero no abandonan los centros. Estos siguen siendo los lugares donde se produce la investigación. Y son privados, aún cuando ahora puedan volcarse más hacia la esfera pública.

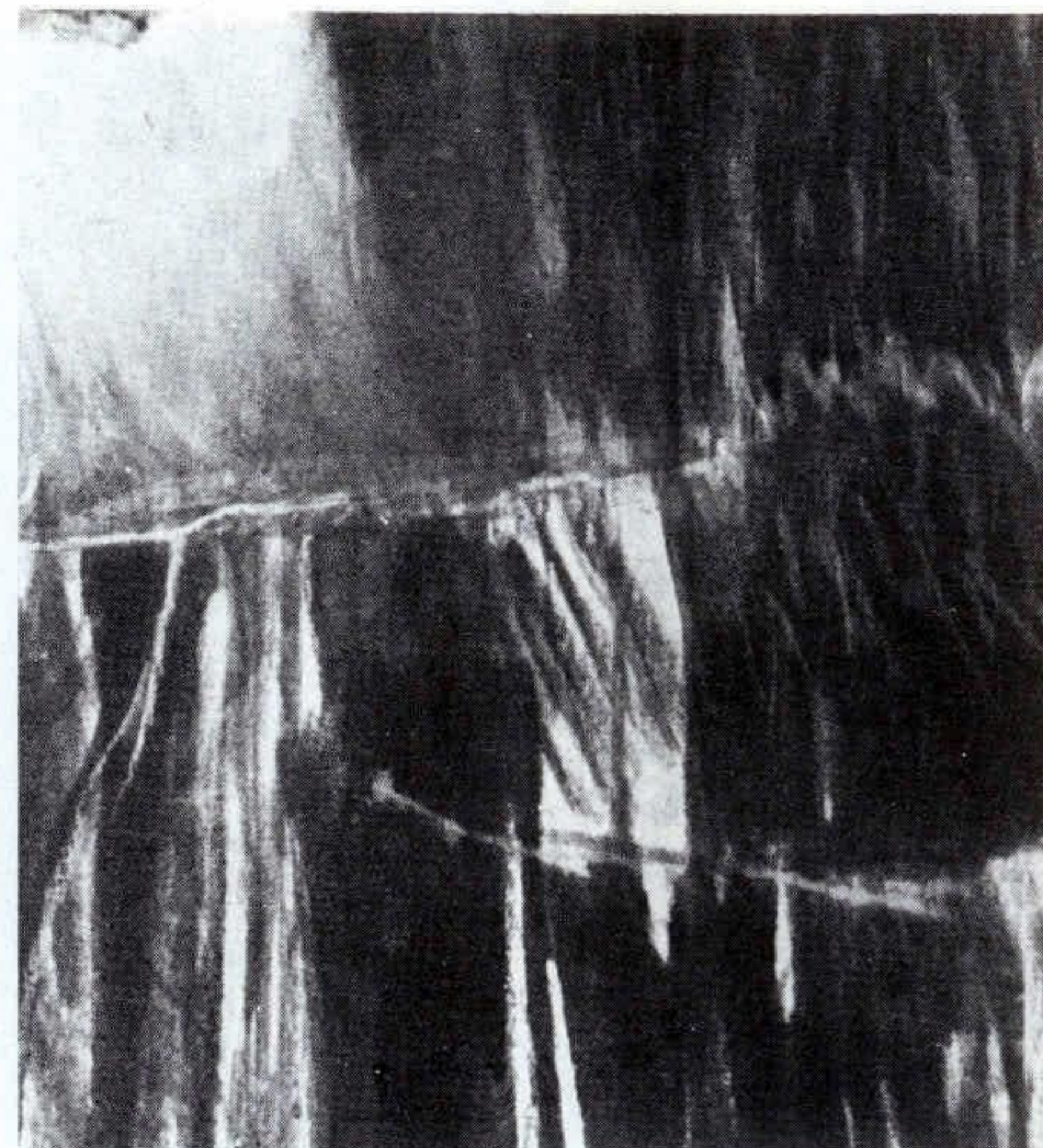
R: Es que hay un fenómeno que tiene que ver, en parte, con la presencia de regímenes autoritarios. Pero no solamente. En Uruguay, la Argentina y Chile, y de manera distinta en Brasil, lo que hicieron las dictaduras fue intervenir y controlar las universidades, con el punto focal de excluir de ellas a las ciencias sociales. Este fenómeno permitió las condiciones de base para que se creara este tipo de centro. Después el desarrollo de un mercado internacional de subsidios permitió que los centros, en estos tres países se desarrollaran. Y esto tiene, a mi juicio, un enorme valor político intelectual: el hecho de que las ciencias sociales pudiesen continuar su desarrollo si se institucionalizaban fuera de la universidad. Se incorporaron al mercado internacional de subsidios, y lo hicieron manteniendo un enorme grado de autonomía y profesionalidad.

Ahora: yo creo que el fenómeno es más profundo, y no obedece solamente a la presencia de regímenes autoritarios. Hay una tendencia a la diferenciación de las instituciones en el campo intelectual. En la medida en que éste se vuelve más complejo, aumenta el número de personas involucradas y aumentan los recursos. Esto sucede en toda América Latina y en todos los planos de la ciencia, tanto sociales como naturales y aplicadas. Al lado del sector universitario de investigación va surgiendo, entre los años treinta y los cincuenta, otra franja institucional dedicada a la investigación. En Brasil, por ejemplo, el surgimiento de esta nueva franja no tiene nada que ver con la permanencia o no de un régimen militar. Desde hace veinte o treinta años se vienen desarrollando grandes instituciones de investigación aplicada que están fuera de la universidad.

Esta diferenciación institucional de la investigación hace que en América Latina una parte del gasto interno de investigación —y no la más importante— vaya a las universidades, otra parte hacia instituciones públicas de investigación y finalmente, una parte que comienza a ir hacia los centros privados.

En cuanto a la existencia de estos centros privados en la Argentina, éste es un fenómeno vinculado a la historia universitaria. Si en Chile y en Uruguay las intervenciones universitarias se conocen recién en la década del '70, éste fenómeno es anterior en la Argentina. Con la intervención universitaria de los cuarenta, Gino Germani creaba el Colegio Libre en el que se concentraban un grupo de intelectuales que trabajaban en lo que hoy se llaman ciencias sociales.

Y la década del '70 refuerza el fenómeno con la constitución del mercado internacional de subsidios y proyectos.



P: Y ante este fenómeno de la diferenciación institucional en el campo intelectual ¿qué papel juega la universidad?

R: El papel de la universidad en América Latina es complicado porque está pasando por un momento muy difícil. Todos nuestros países iniciaron un proceso de masificación de la matrícula, de rapidísima profesionalización de su personal académico. Las universidades de los '50 se habían transformado en algo completamente distinto a comienzos de los '80. De 450.000 estudiantes en toda la región se pasa a 5.500.000; de 60.000 académicos se pasa a 490.000; prácticamente no existían programas de postgrado, hoy en día Brasil tiene 1.050 programas, y el resto de los países más de 1.000 en su conjunto.

Por otra parte, la universidad pública —que era la gran universidad de cada país— es la que padeció este proceso de un modo más explosivo y desordenado y, por lo tanto, son las universidades más vulnerables. Entonces ¿cuál es hoy en día el problema de la universidad? A mi juicio el problema es la redefinición a partir de las nuevas condiciones de la universidad de masas. La universidad tiene que ofrecer una enseñanza masiva —porque hay una demanda masiva de educación superior— y a la vez, tiene que desarrollar la capacidad de retener una cuota importante de la investigación. Por lo menos de la investigación básica, que no se va a hacer en ninguna otra parte si no se hace en la universidad. Y entonces vamos a ser mucho más dependientes del consumo de teoría, de metodología, de instrumental producidos en los países centrales.

(Un país como la Argentina, por ejemplo, con la enorme tradición intelectual que tiene, es uno de los países más atrasados en el desarrollo de un nivel de posgrado que permita la formación de nuevos investigadores y la calificación al más alto nivel de algunas profesiones que requieren una formación posterior a la licenciatura.)

La combinación de estos fenómenos —universidad de masas y retención de la investigación básica— plantea desafíos de organización del gobierno universitario, y de participación consciente y voluntaria del Estado. Nada se podrá hacer sin la participación del Estado.

Ahora: ocurre que en América Latina hay una desconfianza creciente hacia la participación del Estado en la gestión de la sociedad. Y esto sucede no solamente entre los sectores neoliberales. Pero el hecho de que las interven-

LA UNIVERSIDAD TIENE QUE OFRECER UNA ENSEÑANZA MASIVA —PORQUE HAY UNA DEMANDA MASIVA DE EDUCACION SUPERIOR— Y A LA VEZ, TIENE QUE DESARROLLAR LA CAPACIDAD DE RETENER UNA CUOTA IMPORTANTE DE LA INVESTIGACION. POR LO MENOS DE LA INVESTIGACION BASICA, QUE NO SE VA A HACER EN NINGUNA OTRA PARTE SI NO SE HACE EN LA UNIVERSIDAD.

UN PAIS COMO LA ARGENTINA, POR EJEMPLO, CON LA ENORME TRADICION INTELLECTUAL QUE TIENE, ES UNO DE LOS PAISES MAS ATRASADOS EN EL DESARROLLO DE UN NIVEL DE POSGRADO QUE PERMITA LA FORMACION DE NUEVOS INVESTIGADORES Y LA CALIFICACION AL MAS ALTO NIVEL DE ALGUNAS PROFESIONES QUE REQUIEREN UNA FORMACION POSTERIOR A LA LICENCIATURA.



ciones sean hechas por estados burocráticos, desorganizados o faltos de organización, no elimina el problema. Habrá que superar esas formas de intervención de ese tipo de Estado, pero yo creo que a nadie le cabe duda —porque no hay experiencia en país capitalista ni en país con otro sistema— de que no hay desarrollo científico sin intervención muy decidida del Estado.

Imponer la idea de que en América Latina se podrá desarrollar la investigación en virtud del esfuerzo privado exclusivamente es condenar a nuestros países a que desaparezca la ciencia. La investigación científica debe ser parte de un esfuerzo nacional interno, en el que el Estado debe tener una participación importante.

P: ¿Qué investigaciones hay sobre el financiamiento internacional de los centros privados de investigación?

R: Yo terminé hace muy poco tiempo una investigación comparativa sobre los centros independientes de ciencias sociales en Brasil, Uruguay, la Argentina y Chile. Es un estudio detallado, donde la parte más extensa está dedicada al estudio de la operación del mercado internacional de proyectos y a sus efectos sobre el trabajo intelectual de las ciencias sociales: cómo opera este mercado, cuáles son sus restricciones, cuáles son las oportunidades creadas, cuáles son los efectos sobre la especialización que van adoptando las ciencias sociales y cuáles son las estrategias que siguen, individualmente los científicos sociales, y colectivamente sus instituciones, para insertarse en el mercado.

Creo que es el primer estudio detallado sobre la materia; hay publicaciones muy circunscriptas, pero pocas: es una de las cosas que a los propios intelectuales no les gusta hacer.

Además existen tradiciones de desconfianza respecto a los financiamientos externos. No hay que olvidar que en los años '60 en nuestros países hubo una corriente contraria a la recepción de fondos internacionales.

En Uruguay, por ejemplo, hoy en día, recibir fondos provoca una discusión que parece completamente desusada si uno mira la práctica real de los últimos veinte años y el grado de internacionalización de la comunidad de las ciencias sociales. Hay una reacción —a mi juicio, muy mitológica— respecto del poder que tienen los recursos externos. Esto hace que muchos intelectuales no quieran

entrar en un tema que es vergonzante, cuando, en realidad, lo que habría que hacer es tomar el tema de frente, hacerlo objeto de discusión e investigación, hacerlo público. Porque son millones de dólares que entran en nuestros países por esta vía y alimentan una parte importante de las ciencias sociales. ¿Qué objeto tiene no ponerlo como tema de discusión y llevarlo a la intelectualidad y a los políticos para ver si conviene o no conviene a nuestros países, si conviene regularlo o dejarlo libre? Todos los problemas planteados para cualquier mercado se relacionan también con este mercado.

Tienen problemas de transparencia, como cualquier mercado. Hay competencia. Hay estrategias, hay deseos de adelantarse al otro en la obtención de recursos. Hay intentos de transformarse en poder oligopólico dentro del mercado, o de tener monopolios sobre ciertos sectores del mercado. Existen, también, formas de volverlo más transparente. Pero claro: nos cuesta aceptar incluso que el mercado de subsidios existe. Gustaría más decir que es una comunidad de fundaciones que actúa con los centros, y así tapar el fenómeno real.

P: En el estudio de la formación del campo intelectual ¿existe una "variable" generacional?

R: Sí. No sé si tanto como una "variable" generacional. Pero creo, como regla básica, que tan pronto como uno se coloque en el estudio de cualquier segmento del campo intelectual debiera tratar de descubrir la lucha entre los incumbentes —aquellos que controlan las posiciones claves de ese sector— y los contendientes —aquellos que pugnan por desplazar a los que tienen el control, a los que permiten la iniciación de discursos válidos, legítimos, constitutivos de prestigio y de poder dentro del campo. Entonces, uno encontrará que en esa pugna entre incumbentes y contendientes, en no pocos casos existe algún componente generacional importante. Este componente generacional se cruza después con otros fenómenos particulares del segmento del campo que se está estudiando. Por ejemplo, el proceso de reforma universitaria en muchas partes de América Latina: una de las pugnas estructurales se produjo entre el catedrático —segmento incumbente— y una nueva capa de contendientes, formados en programas de post-grado en los países centrales. Estos nuevos, por lo general jóvenes, tenían una visión completamente distinta de la práctica académica, una ideología completamente distinta de lo que es una universidad. Se enfrentaron con la vieja escuela, profesionales de prestigio pero sin dedicación a la investigación ni actividad full-time. Esta pugna es importante para entender el proceso de transformación de las universidades latinoamericanas en los años '60.

P: En la Argentina hubo un desfase generacional, una ruptura entre quienes comenzaron la universidad antes y después de 1976. Son experiencias completamente distintas. Pero además, hay un retraso en la aparición pública de una nueva generación de intelectuales.

R: Ocurre exactamente lo mismo en Uruguay, en la Argentina y en Chile, por lo menos en el campo de las ciencias sociales. Es un problema estricto de consolidación de posiciones en manos de una generación determinada que es la que tiene entre 42 —que es mi edad— y 55 años. En este caso la confrontación se da en torno a un conjunto tan complejo de recursos y factores que resulta muy difícil disputar el control de la generación de los incumbentes. En parte, esto se explica por el funcionamiento del mercado internacional de proyectos: el acceso a ese mercado se hace según la producción intelectual realizada,

HAY UNA REACCION —A MI JUICIO, MUY MITOLOGICA— RESPECTO DEL PODER QUE TIENEN LOS RECURSOS EXTERNOS. ESTO HACE QUE MUCHOS INTELECTUALES NO QUIERAN ENTRAR EN UN TEMA QUE ES VERGONZANTE, CUANDO, EN REALIDAD, LO QUE HABRIA QUE HACER ES TOMAR EL TEMA DE FRENTE, HACERLO OBJETO DE DISCUSION E INVESTIGACION, HACERLO PUBLICO.

IMPONER LA IDEA DE QUE EN AMERICA LATINA SE PODRA DESARROLLAR LA INVESTIGACION EN VIRTUD DEL ESFUERZO PRIVADO EXCLUSIVAMENTE ES CONDENAR A NUESTROS PAISES A QUE DESAPAREZCA LA CIENCIA. LA INVESTIGACION CIENTIFICA DEBE SER PARTE DE UN ESFUERZO NACIONAL INTERNO, EN EL QUE EL ESTADO DEBE TENER UNA PARTICIPACION IMPORTANTE.

según el prestigio construido y según las relaciones establecidas con el mundo académico y financiero —de las ciencias— internacional.

Ese es el monopolio real de una generación, es el control de las instituciones, es ingresar a esta especie de clubes cerrados. Y no es un problema de voluntad.

Nosotros lo discutimos permanentemente, en las instituciones en las que yo trabajo. Veo con desesperación que el control está en manos de una generación, la de los cuarenta años. Por lo tanto, nosotros tenemos veinte años más de control; debajo de nosotros viene gente de treinta, treinta y dos años, que ya lleva siete años de investigador-asistente. Y yo veo que van a pasar otros veinte años, ellos van a tener cincuenta y seguirán siendo semiinvestigadores, asistentes; y nosotros seguiremos siendo investigadores simples o principales, seguiremos dando vueltas en torno a las conferencias y a los seminarios internacionales y retendremos los contactos con todas las agencias. Además, hay otra cuestión que es el fenómeno de gran durabilidad de los centros privados. En la universidad, el recambio generacional está mucho más asegurado porque existe la carrera burocrática académica, para la que la antigüedad pesa, y donde se puede sa-

lir sin mayor temor, porque existe la seguridad social, la jubilación, etc. En cambio, en los centros, nosotros vamos a quedarnos hasta que físicamente nos caigamos sobre nosotros mismos: vivimos de esto, y no hay nada más.

En el único lugar donde se ha podido solucionar el problema del acceso de la generación joven es en Brasil, por medio de la constitución de un mercado interno muy importante, que es el de las universidades. El régimen militar expandió las universidades de una manera brutal y explosiva. De modo que un investigador puede estar en un centro privado, pero cuando llega a los treinta y ocho años y ha sido invitado, por ejemplo, a la universidad de Princeton y no puede acceder a la titularidad en su propio centro, concluye postulando para un cargo en la universidad. A los cuarenta y tres años es profesor titular. En la Argentina es mucho más difícil porque no hay un mercado universitario para las ciencias sociales, y es probable que en los próximos diez años no exista. Entonces, los centros privados seguirán siendo el sector más dinámico de las ciencias sociales. Y además, a pesar del dinamismo de los centros, seguirán estando en las manos de quienes hoy los controlan.

"UNA MULTIPLICIDAD DE DISCURSOS DE LO DOMINANTE"

P: Una pregunta relacionada con tu actividad profesional. En tu libro "Entrevistas, discursos, identidades" trabajás sobre el análisis de un género discursivo en particular, que es la entrevista. ¿Cómo llegás a articular la investigación social con el análisis del discurso? ¿Existió algún itinerario teórico que te lleve desde uno hacia el otro?

R: Más que una especie de itinerario teórico, el motivo fue una estrategia de desplazamientos prácticos para poder investigar ciertos fenómenos que me interesaban. Yo estaba trabajando en ese momento sobre los grupos intelectuales en Chile, y tratando de identificar grupos intelectuales en el sentido más amplio de la palabra: grupos de élite dentro del país que manejasen conocimientos o información.

Esto sucedía en plena época del autoritarismo, en una época todavía muy cerrada, en la que había poca posibilidad de hacer encuestas. Me pareció que para estudiar la imagen de los grupos intelectuales, su forma de aparecer públicamente, uno de los pocos caminos abiertos a la investigación era tomar el único lugar en donde, sistemáticamente, seguían apareciendo las más variadas élites intelectuales: en la entrevista de prensa. No se trataba sólo de la élite política. Se trataba, también, de tomar las élites militar, artística, científica y universitaria.

Elegí una revista quincenal que incluía, en cada número, cinco o seis entrevistas más o menos extensas a este tipo de personas. Me pareció que se podía seleccionar un universo de formas de aparición discursiva de la gente en las entrevistas que merecía la pena de ser estudiado.

Con un total de unas cuatrocientas entrevistas, clasificadas según los rubros intelectuales que los entrevistados representaban, hice una cosa bastante sencilla. Tomé, por ejemplo, los debates en público de los escritores, en los que no se habla sólo sobre literatura, sino sobre las condiciones en que están escribiendo, sobre la censura, sobre la literatura latinoamericana, etc. Al final, eran muy

pocas las diferencias entre los escritores: uno podía decir que había un discurso de la función "ser escritor" en la sociedad chilena de hoy en día, así como hay una función "ser general" y ocupar cargos claves en el aparato burocrático del Estado, y hay un discurso crítico de la función "ser empresario" ante la política económica neoliberal del gobierno.

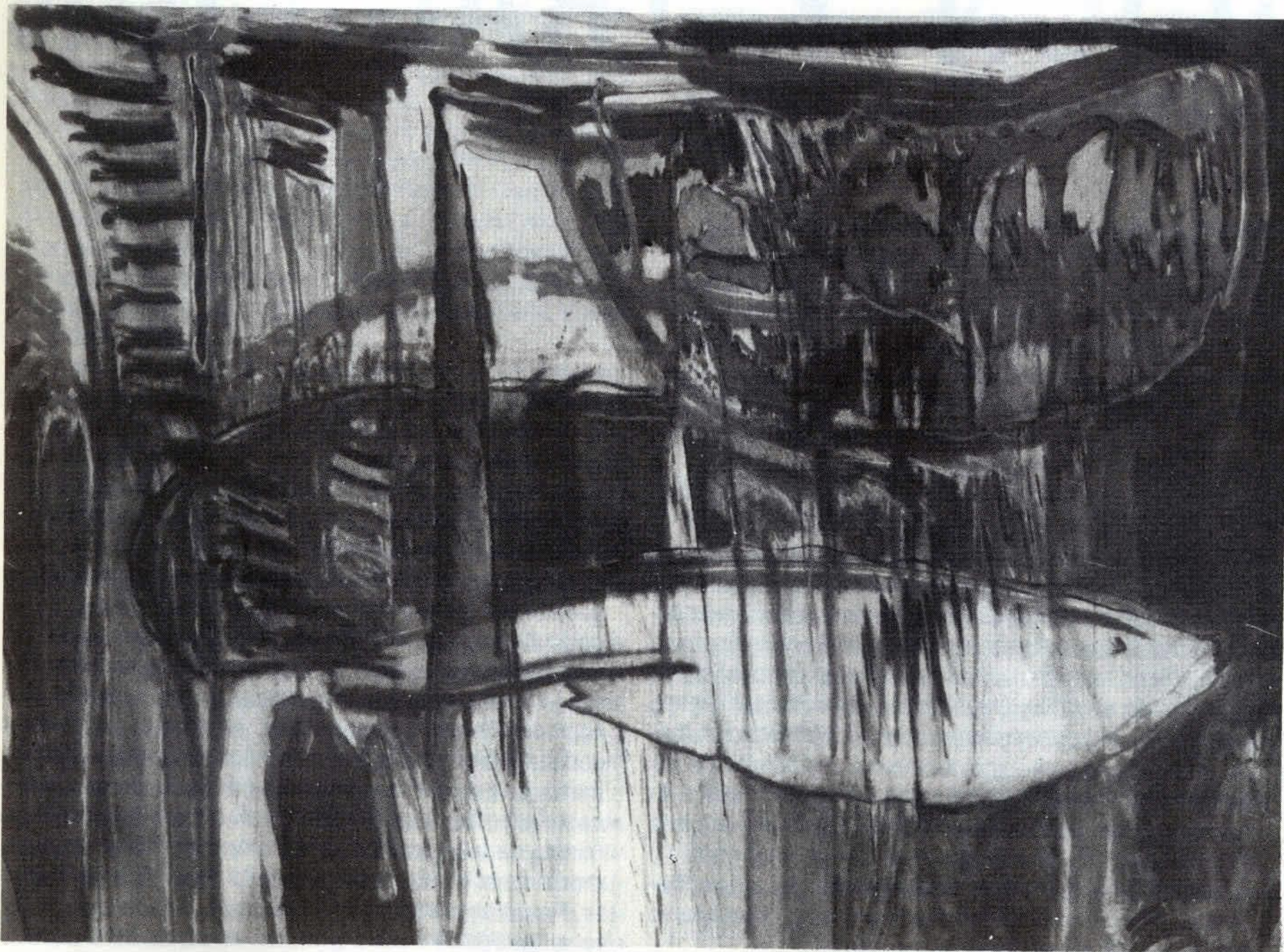
Lo interesante era no hablar de un discurso dominante. En realidad, había una multiplicidad de discursos de lo dominante, pero fragmentados por funciones sociales. La tesis final dice, entonces, que los roles hablan a través de los individuos que ocupan ciertas posiciones, y que el discurso varía estrictamente de un individuo de una función a la siguiente.

La verdad es que yo no tengo gran interés por el análisis del discurso tal como se ha desarrollado, es decir, en la autonomía del discurso y la autonomía del texto, ambos totalmente desocializados respecto de instituciones, de relaciones de poder, de coyunturas concretas, de las formas en que efectivamente se producen las ideologías en la sociedad. Me parece un ejercicio poco interesante. En cambio, ligar la sociedad y el discurso me parece que tiene mucho valor.

REFERENCIA

(1) "Identidad latinoamericana: premodernidad, modernidad y posmodernidad", CLACSO, Buenos Aires, octubre de 1987.

LAS ILUSTRACIONES



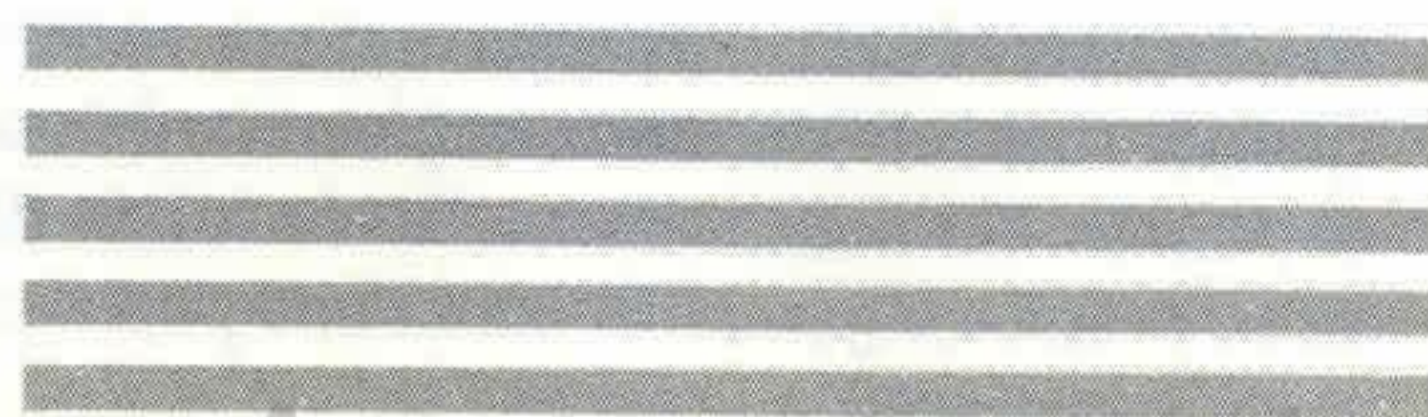
¿Venimos de la selva? II (Acrílico y pastel 1,10 x 1,50. 1987)



El tránsito marítimo es verdaderamente imprevisible (acrílico y pastel, 1,10 x 1,55. 1987)

MIRIAM FARRÉ

Nació en Bs. As. en 1956.
Egresada de las Escuelas Nacionales de Bellas Artes M. Belgrano y P. Pueyrredón.
Estudió dibujo en el taller de Adolfo Nigro y pintura con Luis Felipe Noé.
Es docente de Educación Plástica.
Expone desde 1979 en muestras individuales y colectivas.



Fotografías de Guido Filippi

17 DE OCTUBRE, RENOVACION Y TRADICION

Por:
Mariana Podetti
María Elena Ques
Cecilia Sagol.

*"¿Te acordás de la Plaza de Mayo,
cuando el que te dije salía al balcón?"*

María Elena Walsh, *El 45*

Este trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre análisis del discurso del peronismo renovador, que se lleva a cabo en la Fundación para el Cambio en Democracia. Una primera versión del mismo fue presentada en el Segundo Congreso Nacional de Semiótica realizado en la Universidad de San Juan entre el 27 y el 29 de agosto de 1987.

I. PERON Y EL 17 DE OCTUBRE

La celebración peronista del Día de la Lealtad podría constituirse en el paradigma del ritual político. Es éste uno de los tantos mecanismos que permiten al discurso político construir identidades, vínculos sociales y sistemas de valores, y se hace particularmente evidente en los actos públicos. En ellos, la puesta en escena adquiere un alto grado de codificación, con predominio de la función fáctica: más allá del contenido doctrinario o polémico de los discursos, el énfasis está puesto en el encuentro de los dirigentes con el público (Landi 1985). El género exige la escenificación de un diálogo en el que el orador habla y el público, al reconocerse en su palabra, lo apoya mediante aplausos y estribillos que responden, completan o exacerban las afirmaciones del orador.

Según Pierre Bourdieu (1982) la validez del ritual se define a partir del reconocimiento de los receptores, para cuya realización deben cumplirse ciertas condiciones que regulan el uso legítimo de la palabra sagrada: ésta debe ser enunciada por un locutor legítimo, en una situación legítima, ante receptores legítimos y en un lugar y tiempo legítimos. El reconocimiento actúa así como principio regulador de la estructura del mecanismo ritual.

Entre 1946 y 1954 se realizó anualmente un acto en Plaza de Mayo en conmemoración de la movilización popular del 17 de octubre de 1945, que culminó con la liberación del entonces coronel Perón y que significó el acta de su consagración como líder ante las masas y la instauración de un contrato de veredicción entre él y su pueblo (de Ipola 1983, 1987; Sigal-Verón 1986) (1).

En su discurso del 17 de octubre de 1946, primer aniversario de su liberación, Perón —al frente de un régimen político nuevo— instituye el ritual que se llevará a cabo de allí en más. En ese discurso, Perón bautiza a la jornada del 17 de octubre como "el día de los descamisados". La denomina también "día de los que tienen hambre y sed de justicia", según la metáfora bíblica, "epopeya de los humildes" y "día de la ciudadanía y del pueblo argentino". Este acto de nominación opera transformando un hecho histórico puntual en fiesta nacional (al año siguiente la llama incluso "fiesta constitutiva de la nacionalidad", otorgándole carácter fundacional) con un único protagonista: el pueblo. De esta manera, Perón funda discursivamente su propio origen en el consenso popular (2), borrando su historia política anterior.

Con el tiempo quedará consagrado como definitivo el nombre de "Día de la Lealtad", donde los protagonistas son dos: el pueblo y su líder.

En efecto, el acto del 17 de octubre re-presenta el encuentro del pueblo con el líder y la confirmación de un pacto de lealtad rubricado en el '45. De esta manera, narra y reproduce su propio origen. En esas ocasiones, Perón (enunciador legítimo) se dirigía a los trabajadores (receptor legítimo) preguntándoles si estaban satisfechos con su gobierno, a lo que el público respondía efectivamente que sí (discurso legítimo) (3). La ceremonia implicaba, además de una fiesta de aniversario, la realización misma de la legitimación de Perón como líder popular, mediante la ficción de un plebiscito anual. Por un instante, Perón se ubicaba fuera del lugar del poder para ser reinstaurado en él por el pueblo, recreando así lo sucedido en el '45.

El ritual actúa como un mecanismo simbólico de reproducción de las relaciones políticas constitutivas del peronismo —primordialmente la relación líder-pueblo— que permiten pensar a la sociedad como armónica y sin conflictos (4). Paradójicamente, al ritualizarse la ceremonia, ésta se ubica en las antípodas del relato que tradicionalmente se hace del 17 de octubre de 1945. Éste habría consistido en una rebelión popular, espontánea e imprevisible, mientras que la celebración ritual es un acto previsto y fuertemente regulado que consolida el poder establecido.

Esta liturgia encuentra sus límites sólo en una ocasión: en 1952, a tres meses de la muerte de Eva Perón, el Día de la Lealtad cede su lugar al homenaje a Evita. Es ella la protagonista de este acto: se escucha una grabación de su último discurso y se lee a continuación su última voluntad. Perón se limita a pronunciar un discurso casi administrativo, en el que explica de qué manera se va a llevar a cabo la voluntad de su esposa. El duelo vuelve imposible el ritual de legitimación.

En su tercera presidencia, Perón planeaba retomar esa "vieja costumbre peronista". En el discurso pronunciado al asumir el mando el 12 de octubre de 1973, anunció que se presentaría los días primero de mayo de cada año en la Plaza, "para preguntarle al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos". El 1º de mayo de 1974, la Juventud Peronista intentó, por primera vez, responderle que no. El resultado fue que Perón los calificó de "imberbes", y los Montoneros se retiraron.

II. EL 17 DE OCTUBRE RENOVADO

El 17 de octubre se sigue celebrando hoy como aniversario del nacimiento del peronismo. Sin embargo, con el líder ausente y el justicialismo ocupando el lugar de la oposición bajo un régimen democrático, es evidente que el ritual no puede ya cumplir la función que tenía en la época de Perón. Más allá de la repetición y el refuerzo de la identidad peronista, el acto se puebla de sentidos nuevos en virtud de las nuevas condiciones de producción en las que se inserta.

Desde el surgimiento del peronismo renovador han pasado tres 17 de octubre: en 1985, sobre el final de la campaña electoral, sólo lo festejó la juventud renovadora, en Plaza Once; en 1986, se celebró en Plaza de Mayo, donde pronunciaron discursos Roberto García, José Manuel de la Sota, Carlos Grosso y Antonio Cafiero (5); y en 1987, tras la victoria electoral, el acto se llevó a cabo en la ciudad de Córdoba, con seis oradores: de la Sota, García, Grosso, José Luis Manzano, José María Vernet y Antonio Cafiero.

A partir de lo dado, dos preguntas son, en principio, pertinentes: en primer lugar, ¿qué relación instaure esta celebración entre los renovadores y las restantes corrientes del peronismo, por un lado; entre peronismo y oficialismo, por otro? Y en segundo lugar: ¿de qué manera construye la renovación su lugar de movimiento nuevo, en un contexto ritual, en el que lo que domina es su inserción en una tradición peronista que todos los sectores del partido pueden reivindicar?

Para ensayar una respuesta a estas preguntas nos centraremos fundamentalmente en el acto de 1986, que es el que con mayor fidelidad reproduce las condiciones del ritual instauradas por Perón, y lo compararemos a continuación con el acto de 1987, señalando qué se mantiene y qué ha cambiado en el transcurso de un año.

En 1986, el acto se realizó en uno de los momentos de mayor tensión entre el peronismo renovador y la conducción nacional —y oficial— del justicialismo. Postergaciones sucesivas de las elecciones internas en la provincia de Buenos Aires perjudicaban a Cafiero no sólo porque se demoraba la evidencia de su liderazgo en la provincia, sino también porque no podía iniciar legítimamente la campaña electoral hacia afuera del partido.

Ante la posibilidad de una nueva postergación de los comicios —convocados esta vez para el nueve de noviembre— los renovadores —reunidos en plenario el doce de octubre en Parque Norte— proclaman la candidatura de Cafiero y amenazan con la ruptura del peronismo. La celebración del 17 de octubre de 1986 constituyó, entonces, una demostración de fuerza, tanto más cuanto los renovadores eran la única corriente que lo festejaba con un acto masivo, y además en Plaza de Mayo.

El lugar legítimo: la plaza de Perón

El 17 de octubre no se festejaba en la Plaza de Mayo desde 1975. Durante la dictadura prácticamente las únicas ocupantes de este espacio habían sido las Madres de Plaza de Mayo (6).

Progresivamente, la Plaza se convirtió en el espacio público por excelencia, susceptible de ser ocupado por la ciudadanía de Buenos Aires ante los diversos eventos que suscitaban la movilización popular. Recordemos las múltiples manifestaciones en defensa de los derechos humanos, la marcha de la Multipartidaria, realizada el 16 de diciembre de 1982, incluso la multitud que se congregó allí durante los episodios de Malvinas.

Todos estos hechos operaron una disolución de la identidad peronista de la Plaza de Mayo, que había sido fijada durante la década del cuarenta y reforzada duran-

te el tercer gobierno peronista (7). A partir del 10 de diciembre de 1983, la mencionada disolución toma un cariz nuevo. En esa ocasión Alfonsín evita hablar desde la casa de gobierno —cuyos balcones están vinculados simbólicamente no sólo a Perón sino también a las más recientes apariciones de Galtieri— y se dirige al pueblo desde el Cabildo. Este episodio pone de manifiesto los diversos valores simbólicos que se derivan de la ubicación del orador en la Plaza. Con el radicalismo en el poder aparecerá en escena una plaza alfonsinista, espacio que deberá ser reconquistado (8).

“Esta es la plaza donde nació el peronismo...”

La manifestación popular de 1945 fundó un espacio político nuevo: la plaza de Mayo, y un movimiento político nuevo: el peronismo. A partir de ese momento, se crea una vinculación simbólica muy fuerte entre ambas entidades. En 1986, el vínculo es reactualizado tanto por el orador como por la multitud, que reclaman para la plaza el nombre de “la plaza de Perón”. Dicha denominación está presente desde la convocatoria al acto.

La presencia histórica del peronismo en la plaza es caracterizada en el discurso a través de dos rasgos: la dimensión festiva de la participación popular (“Esta es la plaza que llenamos de fiesta y alegría”) y la dimensión épica de la lucha política (“La plaza donde dejamos nuestros muertos y nuestros heridos”). Dentro de esta dimensión épica se incorpora la ronda de las Madres de Plaza de Mayo, como una manera de salvar el obstáculo que significa esa relajación del vínculo entre el peronismo y la plaza, ocurrida durante la dictadura:

“Esta es la plaza (...) tumultuosa que vio cantar las tristezas de las madres por sus hijos desaparecidos”. (Cafiero)

El nuevo lenguaje que ha invadido la plaza heroica

En términos político-doctrinarios, la celebración del 17 de octubre supone la reactualización del mensaje del líder. Si la plaza de Mayo es la plaza de Perón, sólo una palabra peronista puede circular legítimamente en su ámbito. Consecuentemente, el discurso radical aparece como una palabra profana que invade un espacio que no le pertenece para difundir un ideario de resignación ante la injusticia, mientras que la palabra peronista sería un mensaje de esperanza basada en la justicia social:

“Esta es la plaza que llenó de promesas y expectativas quien insufló de esperanza el corazón de los argentinos, pero que ahora escucha otro lenguaje, otras palabras, son las palabras de ajuste. (...) Este es el nuevo lenguaje que ha invadido esta plaza heroica.” (Cafiero) (9)

Según Antonio Cafiero, el recurso implementado por el gobierno para resguardarse de la recuperación de la Plaza que intenta el peronismo sería el traslado de la Capital a Viedma. Alfonsín intentaría fundar para sí un espacio legítimo paralelo, vaciando la Plaza de Mayo de pueblo. Como se ve en esta cita, se identifica al peronismo con la totalidad del pueblo argentino:

“Esta es la Plaza que, compañeras y compañeros, que aspiran muchos a dejar vacía y vacante, a eliminar su poder de convocatoria, porque una de las razones por las cuales quieren llevarse la Capital al sur, al mar, al frío, es para que no la pueda seguir llenando el pueblo peronista, el pueblo argentino.”

MARIANA PODETTI nació en Buenos Aires en 1960. Es profesora en Letras (UBA) y docente en la cátedra de Lingüística Interdisciplinaria (FyL-UBA).

Es becaria de investigación del CONICET sobre discurso político e investigadora de FuCaDe.

MARIA ELENA QUES nació en Adrogué, pcia. de Buenos Aires en 1959. Es profesora en Letras (UBA) e investigadora de FuCaDe.

CECILIA SAGOL nació en Avellaneda, pcia. de Buenos Aires en 1963. Es profesora en Letras (UBA) y docente en la cátedra de Lingüística Interdisciplinaria (FyL-UBA).

Es becaria de investigación del CONICET sobre discurso político e investigadora de FuCaDe.

CON EL LIDER AUSENTE Y EL JUSTICIALISMO OCUPANDO EL LUGAR DE LA OPOSICION BAJO UN REGIMEN DEMOCRATICO, ES EVIDENTE QUE EL RITUAL NO PUEDE YA CUMPLIR LA FUNCION QUE TENIA EN LA EPOCA DE PERON.

CON EL RADICALISMO EN EL PODER APARECERA EN ESCENA UNA PLAZA ALFONSINISTA, ESPACIO QUE DEBERA SER RECONQUISTADO

EL HECHO DE QUE LOS PERONISTAS RENOVADORES SE PRESENTEN COMO ENUNCIADORES EN UN ACTO QUE CELEBRA EL 17 DE OCTUBRE YA CONSTITUYE UN GESTO DE BÚSQUEDA DE LEGITIMACION. EL RECONOCIMIENTO DEMOSTRADO POR LOS ASISTENTES AL ACTO, VALIDANDO EL RITUAL, INTENTARIA REPRODUCIR EL PACTO DE LEALTAD QUE SE RENOVABA EN ESA FECHA.

Mientras que el aspecto histórico funda la celebración ritual, los aspectos coyunturales apuntan a insertar la problemática de la renovación en este marco de tradición partidaria.

“De nuevo un peronista les dirá...”

Finalmente, el espacio funciona como metáfora del eventual acceso del peronismo al poder. En un acto anterior, realizado el 23 de mayo en Plaza Once —paralelo al que llevó a cabo el gobierno en Plaza de Mayo— Cafiero había representado el enfrentamiento de los dos partidos a través de la oposición entre las dos plazas. Al vaticinar la victoria peronista en 1989, el vuelco político se traduciría en un intercambio de plazas: los peronistas irían a Plaza de Mayo y los radicales a Plaza Once.

Del mismo modo, Carlos Grosso cierra su discurso del 17 de octubre trazando un paralelo entre el acercamiento espacial del peronismo a la Casa de Gobierno y su progresivo protagonismo político, que se proyecta hacia el futuro:

“Hace unos meses estábamos en Plaza Once; hoy, 17 de octubre, estamos en el borde de esta plaza. Yo sé que el año que viene con Cafiero en la provincia, con de la Sota en Córdoba, con nuestros compañeros en el interior, vamos a llegar hasta la pirámide de esta plaza. Y ésa será la imagen que nos hará sentir que en el '89, en ese balcón, de nuevo un peronista les dirá: Compañeros y compañeras, vamos a hacer la Argentina justa, la Argentina libre, la Argentina soberana.”

De este modo, Grosso presenta el acto que se está desarrollando como parte de una marcha que culmina en el balcón, “la figura arquitectónica que, en la Argentina, ha funcionado y sigue funcionando como el más eminente símbolo material, como la representación físico-espacial privilegiada del lugar del poder” (de Ipola 1983: 185). Sin este recurso el rito quedaría trunco, sería un mero intento (fallido) de asalto al poder, carente del correlato de victoria que tuvo octubre del '45.

El enunciador legítimo: los herederos de Perón. El receptor legítimo: el pueblo.

El lugar del enunciador es el punto más conflictivo de la celebración. Sigal y Verón (1986) han descripto acertadamente el carácter intransferible de la enunciación de Perón. La sustitución del enunciador legítimo plantea un problema no solamente en la circunstancia que nos ocupa sino en todo el proceso discursivo del peronismo renovador.

El hecho de que los peronistas renovadores se presenten como enunciadores en un acto que celebra el 17 de octubre ya constituye un gesto de búsqueda de legitimación. El reconocimiento demostrado por los asistentes al acto, validando el ritual, intentaría reproducir el pacto de lealtad que se renovaba en esa fecha. Así, se convertirían en herederos de Perón.

Grosso dice:

“Y debo confesarles en esta noche que se me pone la piel de gallina al sentir que *ustedes, el mismo pueblo*, corea nuestro nombre diciendo que *somos los herederos de aquella gesta, de aquel líder, y de aquel pueblo del 17 de octubre...*”

Según se lee en la cita, el receptor no es un sustituto —como lo es el enunciador— sino que es el mismo del ritual original. Esto permite reforzar la corriente de creencia en que está basada la eficacia del ritual: el mismo pueblo que reconocía al enunciador legítimo, reconoce aho-



ra a sus herederos.

A ello contribuye un mecanismo importante dentro de este ritual, que es la *anulación del tiempo histórico* (Sigal y Verón 1986). El pasado y el presente se unen en un tiempo mítico que funde el tiempo actual con el momento más glorioso de la historia peronista, elidiendo, de paso, el periodo más conflictivo para el peronismo: los últimos quince años.

Sigal y Verón llaman la atención sobre una estrategia similar de la que vale Perón en el '45:

“Esto es pueblo; esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, el que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la patria; *el mismo que en esta histórica plaza pidió frente al Cabildo que se respetara su voluntad y su derecho.*” (17-X-45).

Lo que permite la identificación tanto del pueblo del '45 con el de 1810, como el de 1986 con el del '45 es la continuidad del espacio: la plaza. Con ello se traza un linaje del pueblo peronista, que queda vinculado con las acciones más valoradas de la historia política argentina.

La anulación del tiempo se observa también en otras zonas del texto. Cafiero, por ejemplo, convoca a sectores extrapartidarios para que se sumen al movimiento peronista, representado por la gente allí reunida. Curiosamente, el campo político que describe es el de 1945; menciona incluso fuerzas políticas que ya no existen:

“Como en el '45 queremos que vengan los radicales como Quijano, como John William Cooke, como Alejandro Leloir. Como en el '45 queremos que vengan los socialistas como Angel Borlenghi y Atilio Bramuglia. Como en el '45 queremos que vengan los nacionalistas como Paco Rosa y Fermín Chávez. Como en el '45 queremos que vengan los forjistas como Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz o Darío Alessandro. Como en el '45 queremos que vengan los anarquistas como Isaías Santín y Libertario Ferrari.” (10)

En lo que puede considerarse el clímax del rito, Cafiero representa el momento culminante de las celebraciones peronistas: la pregunta del enunciador-líder al pueblo y su respuesta, con el objetivo de construir una suerte de lealtad del pueblo hacia los renovadores. El enunciador empieza a utilizar en ese momento del discurso la primera persona del singular, abandonando el *nosotros* que predominaba hasta allí (11).

El acto de habla de pedido realizado por Cafiero es equiparado con el acto de habla de pregunta del ritual clá-

CAFIERO REPRESENTA EL MOMENTO CULMINANTE DE LAS CELEBRACIONES PERONISTAS: LA PREGUNTA DEL ENUNCIADOR-LÍDER AL PUEBLO Y SU RESPUESTA, CON EL OBJETIVO DE CONSTRUIR UNA SUERTE DE LEALTAD DEL PUEBLO HACIA LOS RENOVADORES.



Los renovadores son peronistas

Al respetar las reglas del rito impuestas por Perón, los renovadores reproducen el mismo ceremonial que el líder llevó a cabo durante sus dos primeras presidencias. Este movimiento los legitima hacia adentro del peronismo, en tanto los ubica no sólo como peronistas, sino además como los *auténticos* peronistas, que por ser leales a Perón se constituyen en enunciadores legítimos. Desde este lugar es posible descalificar al adversario interno, cuya estrategia consiste precisamente en hostigar a la renovación tildándola de no peronista.

Cafiero define a la renovación como fidelidad "al testamento de Perón", y agrega:

"La renovación es hacer verdad eso que dijo Perón: 'Mi único heredero es el pueblo'."

Simultáneamente construye al otro (los ortodoxos) definiéndolo como transgresor de la palabra de Perón:

"Y hubo quienes invirtieron esta [verdad] que Perón nos había enseñado, y privilegiaron sus ambiciones antes que la patria o el movimiento. Y hubo quienes introdujeron en la vida, entre los peronistas, en vez de aquello de que para un peronista no debía haber nada mejor que otro peronista, la cizaña, la patota, la violencia."

Así resuelven el primer problema: el de demostrar que aún siendo renovadores, son peronistas. El segundo problema es el inverso: cómo demostrar que aún siendo peronistas, son renovadores; esto es, diferentes del resto del peronismo actual, y del peronismo del pasado inmediato. Ello es necesario, particularmente tratándose de una celebración que se entronca con el peronismo tradicional.

La manera de autodesignarse en la convocatoria al acto va en este sentido: al calificarse como "Peronismo de la Victoria", los renovadores borran su pertenencia a una determinada corriente peronista (operación viable por tratarse del único acto masivo que se realiza ese día). El único rasgo pertinente que se reivindica es el de no haber sido protagonistas de la derrota (lo que alude, por contraste, a los ortodoxos), y en consecuencia resultar portadores de una victoria potencial.

Este peronismo es renovador

¿De qué manera definen su carácter renovador? Como una vuelta al peronismo heroico, victorioso: el de 1945. De ahí el mecanismo de anular el tiempo, al que ya nos referimos, que relega al plano de lo irrelevante al peronismo de la "vergüenza", del "miedo", de la "derrota".

En el '45 se funda un movimiento nuevo, con un nuevo enunciador que dirige un nuevo mensaje a un nuevo receptor en un lugar nuevo. Los renovadores retoman ese momento fundacional intentando inaugurar una nueva etapa, en la que el peronismo se ha purificado (el origen suele estar vinculado a la pureza) (13). Una de las características definitorias de este nuevo peronismo sería su índole democrática. En este sentido, no es casual que los renovadores elijan contar su historia a partir de una fecha donde es clave el protagonismo popular.

Esta reivindicación no está dirigida solamente a los peronistas; hay un paradestinatario (Verón 1987), los sectores "indecisos", a quienes se busca persuadir. Se trata de demostrar a los independientes que apoyaron a Alfonsín en 1983 que el peronismo ha cambiado. La celebración del 17 de octubre, a pesar de realizarse antes de la interna, adquiere características de campaña electoral.

El ritual es, entonces, doble: al mismo tiempo reprodu-

sico mediante una construcción comparativa:

"Yo quiero pedirles esta noche un juramento. Quiero pedirles como *les pedía a ustedes* Juan Domingo Perón cuando *les preguntaba* esos diecisiete de octubre si el pueblo estaba satisfecho o no con su obra de gobierno, y el pueblo le contestaba con aquellos sí rotundos que brotaban desde lo más íntimo de sus corazones."

La pregunta de Perón está representada aquí como un pedido. Vemos luego que el pedido de Cafiero aparece indirectamente con forma de pregunta:

"Yo les quiero preguntar si me ayudan ustedes en este juramento de alcanzar la victoria en la Provincia de Buenos Aires."

Cafiero ha cumplido con las reglas del ritual: la primera persona que actúa en virtud de una delegación de autoridad, basada en su posición de heredero, realiza un acto de habla legítimo mediante una nivelación con el acto de habla originario. Estas condiciones del ritual solamente son suficientes en virtud del reconocimiento traducido por la respuesta afirmativa de la multitud, junto con las demás manifestaciones de apoyo, como gritos, aplausos, cantos, refuerzos gestuales.

Hacia el final del discurso, Cafiero incita al público a cantar "como cantaban el 17 de octubre: Yo te daré, patria hermosa, una cosa que empieza con pé: Perón". El predominio de la función poética refuerza la anulación del tiempo histórico.

Cuando el contacto entre el orador y el público llega a su momento culminante, Cafiero define el rito que acaba de celebrar:

"Éste es el gran misterio, el porqué que se lo pregunten quienes no creen en nosotros; que se lo pregunten quienes nos miran desde la periferia, quienes nos vienen a observar con curiosidad y con recelo..."

Todo rito opera una división, define e instituye un grupo y consagra la diferencia (Bourdieu 1982). En el texto que acabamos de citar Cafiero define un espacio cuyo límite está dado por la creencia (12), que señala a los de afuera y materializa la identidad de los de adentro. En términos del mismo Cafiero:

"Esa música maravillosa es lo que nos hace, más allá de la diversidad de posiciones, estar unidos..."

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS DE FINITORIAS DE ESTE NUEVO PERONISMO SERIA SU INDOLE DEMOCRATICA. EN ESTE SENTIDO, NO ES CASUAL QUE LOS RENOVADORES ELIJAN CONTAR SU HISTORIA A PARTIR DE UNA FECHA DONDE ES CLAVE EL PROTAGONISMO POPULAR

ce la gesta del '45 y el ritual fundado en 1946 y repetido a partir de entonces. Con el primer movimiento los enunciadores se legitiman como renovadores; con el segundo, como peronistas.

III POSDATA: Un año después, en Córdoba

Un año después, se registran algunos cambios en las condiciones de producción del discurso de la renovación. La victoria peronista del 6 de septiembre (que los renovadores, no sin razón, se adjudican) y la conformación de una lista única para las autoridades del PJ (en la que la renovación es hegemónica) la ubican en el umbral de la legitimidad por la cual venía luchando desde su constitución.

Sin embargo, vuelven a aparecer dificultades, tales como las disputas que surgen en el seno de la CGT. En el momento de realizarse el acto, las renuncias de los miguelistas y los miembros del grupo de los 15 al Consejo Directivo habían profundizado la crisis. Las renuncias fueron momentáneas, pero esto todavía no se sabía a mediados de octubre (14).

El segundo cambio importante se refiere al liderazgo dentro de la renovación, que indiscutiblemente se asigna ahora a Cafiero. Los que cuestionan por el momento su precandidatura presidencial son el ex-referente renovador Carlos Menem, quien lidera una línea interna denominada, precisamente, "Carlos Menem, presidente de los argentinos"(15), e Italo Luder, que carece de un frente propio.

Como escenario para el festejo del 17 de octubre no



fue elegida esta vez la Plaza de Mayo. Diversas hipótesis pueden tejerse alrededor de esta circunstancia: la necesidad de evitar riñas entre sectores enfrentados dentro del sindicalismo, la elección de una estrategia de "perfil bajo" por parte de Cafiero, incluso el declarado interés de apoyar el crecimiento del peronismo cordobés. El hecho es que el "lugar legítimo", la Plaza de Mayo, no fue ocupado, lo cual puede ser indicio, paradójicamente, de dos hechos contradictorios: o bien la legitimidad extradiscursiva obtenida les permitía prescindir por el momento de los mecanismos rituales tradicionales, o bien dominaba el temor a que la ceremonia ritual no se consumara por una ruptura del pacto de lealtad.

A los fines del análisis distinguiremos el discurso de Cafiero de los de los restantes oradores. Mientras éstos se centran en temas sobre todo coyunturales y en la propia historia de la renovación, Cafiero toma a su cargo la memoria del peronismo, dedicando gran parte de su discurso a evocar el '45.

El ritual postergado

El acto se llevó a cabo en la plaza Vélez Sarsfield, frente a la Casa Radical, en la ciudad de Córdoba. Este desplazamiento en el lugar de la celebración determinará al-

gunas de las variantes en el ritual que se manifiestan discursivamente. En primer término, la distancia espacial favorece la distancia temporal y por lo tanto, dificulta la anulación del tiempo, mecanismo cuya importancia en el acto de 1986 hemos destacado.

Con la excepción del discurso de Cafiero, las referencias a la Plaza de Mayo son casi nulas. De la Sota la menciona una vez, como marco del relato histórico:

"Hace cuarenta y dos años, miles y miles de argentinos como ustedes y como yo fueron a la Plaza de Mayo."

Manzano también la menciona una vez, *pero no en relación con el '45*, sino en una referencia al acto del año anterior, como parte de la historia cercana, donde se le adjudica gran importancia a lo discursivo. Así como Manzano recuerda una predicción de Cafiero, hoy cumplida, Grosso se cita a sí mismo en una exhortación que también considera cumplida. Ambas —exhortación y predicción— se vinculan directamente con la victoria.

Ninguno de los cinco oradores se define como heredero de Perón, con lo cual tampoco reclama el lugar del enunciador legítimo. O bien este espacio sigue siendo patrimonio de Perón, que enuncia sus verdades por boca de sus discípulos, o bien es cedido a Cafiero, que ha sido presentado como el futuro presidente del PJ (en palabras de Grosso, "el plato fuerte de la noche").

En los cinco discursos predomina un *nosotros* inclusivo con referencia "los peronistas" (aunque en Manzano es importante también la referencia "los argentinos"). Además es frecuente que la segunda persona (*ustedes*) aparezca acompañada por el *nosotros* o el *yo*, ubicándose el locutor en el mismo nivel que el alocutario, como un peronista más. De la Sota lo enuncia explícitamente:

"Como el más humilde de los peronistas que soy y que me siento, quiero darles en nombre de ustedes, pueblo de Córdoba, un abrazo fraterno a todos los compañeros que esta noche están en esta fiesta con nosotros."

El receptor no es, esta vez, *el mismo pueblo* del '45, salvo para José María Vernet ("Ese pueblo que hoy es este pueblo..."). Aunque se compara a ambas movilizaciones, se las diferencia netamente una de otra. De la Sota recurre para ello a la metáfora del espejo: "los cordobeses y los argentinos de hoy, los peronistas" debemos mirarnos en "aquel espejo histórico". Por más que el reflejo devuelva una imagen análoga, no deja de ser una superficie diferente y enfrentada a su objeto. (Este espejo contrasta, por otra parte, con los "espejos externos" en los que se miran algunos argentinos, y que aparecen más adelante en el discurso.)

La identificación entre peronistas y argentinos, que se percibía en los textos de 1986, no es tan evidente en este caso. (Sí lo es en Cafiero, y no casualmente, dado que él se hace cargo del aspecto ritual.) (16) Se encuentra más bien una fluctuación constante entre identificación y diferenciación, como en la mayoría de los discursos renovadores. Se pueden postular dos capas de destinación: una más inmediata, los peronistas, en particular el público presente, y una secundaria, los argentinos en general, y los temerosos del peronismo en particular.

Cafiero: "Todavía conservo en mis oídos..."

El discurso de Cafiero se abre con la evocación del '45. Para ello se vale de una estrategia doble: 1) representativa, 2) narrativa.

1) La representación apunta a actualizar la escena ori-

ginaria. Cuando los asistentes comienzan a cantar la marcha peronista, el orador los corrige —con la autoridad que le confiere el haber sido testigo presencial de los hechos—:

"Aquel día, todavía no cantábamos la marcha peronista. Aquel día el pueblo comenzó a cantar algo que yo *todavía conservo en mis oídos* y en mi memoria y que les pido que me ayuden a recordar otra vez: 'Yo te daré, ...'" (cantan todos)

En este fragmento se explicita el cambio de identidad del receptor, cuya competencia es de algún modo desautorizada por el orador. A pesar de su carácter de testigo, aparece un esbozo de identificación de Cafiero con el enunciador legítimo en la referencia intertextual subrayada.

2) En cuanto a la forma narrativa, no hay en este caso "anulación del tiempo histórico", tal como la hemos descrito en el acto del '86. Por el contrario, Cafiero bosqueja una "historia" de los distintos periodos que atravesó el peronismo, metonímicamente contenida en la celebración del 17 de octubre.

Las alternativas históricas —dictaduras y gobiernos peronistas— se reflejan en los distintos espacios en los que se ubica la celebración. De acuerdo con esto se distinguen diversas etapas:

- | | |
|------------------------|------------|
| 1) Peronismo clásico | plaza |
| 2) "Dictadura militar" | casas |
| 3) Peronismo | plaza |
| 4) Dictadura | catacumbas |

Por ser el lugar del pueblo, y el lugar legítimo de celebración del 17 de octubre, es que puede reemplazar metonímicamente a uno u otro:

"Este *clamor de la plaza* hizo que después del 30 de octubre, cuando tuvimos que ponernos cara a cara con la derrota, *el clamor del 17* nos hizo poner de pie y decirnos unos a otros: 'Compañeros, a nosotros no nos ha ganado nadie.'"

El 17 de octubre, como símbolo de la victoria, se superpone así a la derrota, borrándola. En este punto fija Cafiero el nacimiento de la renovación, cuyo objetivo será nuevamente la victoria.

"Hemos saldado la deuda con Perón..."

A partir de los resultados electorales de septiembre, se redefinen las relaciones entre Perón, el orador y el pueblo. El uso del *nosotros* inclusivo prevalece cuando se refiere a la relación maestro-discípulos —tradicional en el discurso del peronismo—. En cambio, la primera persona del singular aparece cumpliendo un rol que podríamos llamar de "medium". A través de la voz del enunciador el líder se hace presente y se garantiza la realización del diálogo:

"Yo les digo a ustedes, compañeras y compañeros, que él puede... puede oír otra vez la voz de su pueblo, que puede... aquí como nos dijo antes de irse, que lleva en sus oídos esa música maravillosa que es la palabra del pueblo argentino. Acá lo tiene, mi general, acá lo tiene."



(El esquema muestra claramente que la plaza es el lugar legítimo del ritual, que se describe en términos religiosos.)

Sin embargo, el carácter cíclico de la historia, esa especie de "eterno retorno" mítico que la signa, la metáfora que utiliza al decir que "Fue ayer, en 1945...", los continuos saltos de la cronología y la representación de la escena originaria que hemos descrito producen una dimensión temporal difusa, por cierto no realista. La única ligazón con la escena original es la presencia del orador, punto de anclaje de los pasajes cronológicos.

La plaza, que tanta importancia tenía en el discurso de Cafiero del '86, por tratarse del lugar mismo de la celebración, tiene en este discurso solamente cuatro ocurrencias. En la primera aparece como el lugar que ocupa el pueblo dentro de la comunidad organizada:

"Entonces, como una suerte de milagro político, se comenzó a entablar *ese diálogo organizado* entre el pueblo de la plaza y Perón en el balcón."

Es cierto que a continuación, mediante la identificación de Perón con el pueblo, aclara que el pueblo sentía que estaba ocupando el balcón, aunque sólo fuera simbólicamente.

Al reemplazarse la muerte de Perón por una "partida", sigue siendo él el enunciador legítimo, que a través de Cafiero hace llegar al pueblo su mensaje. Es en este pasaje y en el de la apertura donde la ritualización se hace más evidente; sin embargo, los mecanismos difieren con respecto a los descriptos en el acto del año anterior.

Milagros y batallas

El 17 de octubre de 1987 halla al peronismo renovador en el umbral de su consagración como corriente hegemónica del partido. En esta situación cobra importancia para sus dirigentes la construcción de su propio pasado en términos tales que resulten coherentes con la grandeza de los orígenes. La unidad en el relato aparece reforzada por el uso de un registro homogéneo utilizado para narrar los hechos del '45 y la trayectoria de la renovación. La isotopía empleada se corresponde, en algunos de sus rasgos, con la del género épico.

El más relevante de los rasgos épicos —ya que define la especificidad del género— es el cruce de lo bélico con lo místico. El hecho de que la historia de la renovación sea narrada en esos términos jerarquiza a los actores, y coloca su trayectoria por encima de las peripecias coyunturales. De este modo logran un efecto de alejamiento a pe-



LA RENOVACION COMIENZA CON UN "PERONISMO QUE SE OBTENIA COMO BOTIN DE GUERRA" Y SE CONSA GRA EL 6 DE SEPTIEMBRE CON UNA "PAGINA TRIUNFAL". DE TODAS LAS APELACIONES POSIBLES PARA INVOCAR A JUAN DOMINGO PERON, LA ELEGIDA ES "MI GENERAL". LAS ESTRUCTURAS PARTIDARIAS DESAFIADAS POR LA RENOVACION SON CARACTERIZADAS COMO "BUNKERS" Y "FORTALEZAS". LAS ELECCIONES DEL 6 DE SEPTIEMBRE APARECEN DESCRIPTAS COMO UN "CAMPO DE BATALLA", Y POR LO TANTO, EL ADVERSARIO ES REEMPLAZADO POR EL "ENEMIGO".

sar de lo reciente de los hechos; correlativamente, se acercan a los hechos que el ritual evoca.

La predilección por el tono épico —fenómeno tradicional en el discurso peronista ya desde Perón, quien recurría frecuentemente al imaginario militar— aparece explicitada en más de una ocasión; por ejemplo, J. M. de la Sota arenga a los asistentes pidiéndoles que "no dejen que les cambien la epopeya por una novela". En este planteo se pueden leer ciertas connotaciones fundamentalistas, en tanto supone que la sustitución de un destino heroico por un destino humano implica una suerte de degradación. Lo que nos interesa subrayar aquí es la funcionalidad de esta concepción como fundamento de ciertas isotopías estilísticas presentes en el discurso de Antonio Cafiero.

Es llamativa, en el discurso de Cafiero, la recurrencia de unidades léxicas provenientes del discurso religioso. Así, el diálogo entre Perón y el pueblo en la plaza aparece caracterizado como "milagro político"; la significación política del 17 de octubre es una "antorcha". El espacio en el que se refugian los peronistas durante la dictadura se denomina "catacumbas"; y los obstáculos políticos que el adversario (a la manera del Demonio) pone en el camino pero que logran ser superados, "tentaciones". Finalmente, la marcha peronista es un "himno", y las consignas, un "catecismo" que hay que "volver a recitar".

Al mismo tiempo, la trayectoria heroica de la renovación es narrada recurriendo a una isotopía bélica. La renovación comienza con un "peronismo que se obtenía como botín de guerra" y se consagra el 6 de septiembre con una "página triunfal". De todas las apelaciones posibles para invocar a Juan Domingo Perón, la elegida es "mi general". Las estructuras partidarias desafiadas por la reno-

vación son caracterizadas como "bunkers" y "fortalezas". Las elecciones del 6 de septiembre aparecen descritas como un "campo de batalla", y por lo tanto, el adversario es reemplazado por el "enemigo".

Cuando ambos registros se cruzan, el resultado es francamente desconcertante:

"...Qué trabajo va a tener *el enemigo* si quiere desalojarnos del *campo de batalla*, porque somos capaces de *pelear* (...) la vida entera, y cuando se haya acabado *el territorio*, *volaremos por los aires*. Los *desafiaremos* en nuestros *ensueños*..."

¿Qué objeto tiene la presencia de estos elementos en un discurso político? La narración de los orígenes cumple siempre (como en la épica) el fin de consolidar los vínculos grupales. Si bien actualmente los riesgos de dispersión son menos graves en el peronismo —en especial después del 6 de septiembre—, no podemos olvidar las fuertes disputas internas que persisten en su seno.

Por otra parte, no es desdeñable la importancia que tiene la consolidación del liderazgo de Cafiero el hecho de ser el encargado de realizar esta especie de construcción de la memoria grupal. De este modo, la legitimación opera por una vía doble: la historia legítima a quien la enuncia, en tanto conductor de una trayectoria victoriosa, pero además, es él quien posee la voz autorizada para decir cuál es la "verdadera historia" y cómo y por quiénes debe ser oída.

Las diferencias entre ambos actos son varias, y notables. No cabe duda de que el acto del '87 tuvo mucho me-

nor importancia que el del '86, desde diversos puntos de vista. El lugar elegido para su realización ya lo revela. Pero además tuvo poca difusión en los medios, no constituyó una pieza significativa en la interna peronista (salvo quizá para los ubaldinistas que fueron a silbar a Roberto García) y careció del énfasis ritual del acto anterior.

Desde la perspectiva de la celebración ritual, la reproducción del ceremonial clásico que veíamos fuertemente marcada en el '86 se desdibuja en el '87. Si Cafiero se vale de ciertos mecanismos dramáticos, los restantes oradores se limitan a algunas referencias históricas a la fecha que se conmemora, desarrollándose el resto del discurso como el de cualquier otro acto peronista.

Por otra parte, no hay insistencia en la vinculación entre la movilización popular del '45 y el movimiento renovador. El único que alude a ella es, nuevamente, Cafiero. En general lo que se compara es el protagonismo de los hombres y mujeres del '45 con el de los cordobeses, los argentinos y los *peronistas* de hoy.

Finalmente, con respecto al lugar del adversario, el espacio concedido a los ortodoxos es prácticamente nulo. Cuando aparecen, lo hacen como los villanos de un relato narrado en pretérito, en el cual son vencidos por la renovación. Y una vez vencidos, ya no existen. Nuevamente "para un peronista no hay nada mejor que otro peronista", tal como lo recuerda Cafiero. El acto de Córdoba es el acto oficial del justicialismo, en el que los renovadores representan a todo el peronismo, desplazando a cualquier otra corriente. La presencia de Vernet así lo atestigua (17).

El dispositivo polémico se construye, entonces, sólo en relación con el oficialismo, mediante las oposiciones habituales:

peronismo	radicalismo
saber	ignorancia
alegría	tristeza
protagonismo del pueblo	pasividad del pueblo

donde la tristeza se encadena con la pasividad a través del término intermedio "resignación".

El tema de la reciente victoria frente al oficialismo recorre de punta a punta los discursos. La vinculación de las elecciones del 6 de septiembre con el 17 de octubre de 1945 está dada por el protagonismo popular, garante de la victoria. ¿Habrá que concluir que en las elecciones anteriores, en las que el peronismo fue derrotado, el pueblo no fue protagonista?

El relativo borrado de los mecanismos rituales característico del acto del '87 debe relacionarse, sin duda, con la fuerte cuota de legitimidad que la renovación se ha adjudicado en el último año. Hoy los renovadores no necesitan demostrar que siguen siendo peronistas.

Buenos Aires, noviembre de 1987

NOTAS

(1) En una serie de testimonios recopilados por Ricardo Cicerchia, los obreros protagonistas de esta movilización expresan la importancia del encuentro con el líder, en detrimento del contenido del discurso:

"Parecía que todo el mundo era atraído por la plaza. Querían ver a Perón en la Rosada. (...)

Se hizo un poco de silencio cuando Perón dijo *compañeros*, y entonces se trató de escuchar. Del discurso sólo recuerdo que Perón recomendó desconcentrarse con cuidado porque él veía muchas mujeres y chicos entre la multitud." (Pedro, ferroviario)

"A medida que fue pasando el tiempo, el ánimo fue cambiando y no hubo más remedio que traer al General y así lo fueron a buscar al Hospital Militar. Todo el mundo lo quería ver y preguntarle si estaba bien o si le había pasado algo. (...)

Ese día fue como una apoteosis, llega Perón muy tarde, y la gente estaba muy cansada, le pregunta fervorosamente dónde estuvo, qué le había pasado. Finalmente Perón dice que no pasaba nada, que estaba bien y que pronto iba a volver con ellos, sólo les pedía que se retiraran en paz." (Jorge, empleado administrativo de la UTA)

(Testimonios transcritos en "Ese día inolvidable", *Fin de Siglo*, Nº 4, octubre de 1987)

(2) Perón podría haber elegido celebrar la fecha de las elecciones que lo hicieron presidente. El festejo del 17 de octubre destaca, en cambio, el momento de su consagración como líder, más allá de la legitimidad estrictamente jurídica que le da el voto. Por otro lado, evidencia la relevancia del encuentro del líder con su pueblo como núcleo narrativo.

(3) De Ipola (1983: 123) señala que es el mismo Perón quien inaugura el "método" de dialogar directamente con sus receptores, precisamente el 17 de octubre de 1945.

(4) Este punto aparece relacionado con la recurrencia de la metáfora del organismo y la teoría de la "comunidad organizada" en de Ipola (1987: 102-103).

(5) Lamentablemente sólo tuvimos acceso a los discursos de Grosso y Cafiero.

(6) Hasta tal punto que desde algunos sectores (sobre todo de izquierda y vinculados con la lucha por los derechos humanos) se lo denominó "la Plaza de las Madres".

(7) En tanto la plaza era el espacio peronista por excelencia, cuando Perón expulsó de allí a los Montoneros el 1º de mayo de 1974, el hecho pudo ser interpretado como una expulsión fuera del movimiento peronista.

(8) Algunas de estas observaciones nos fueron sugeridas por Marysa Navarro, quien leyó el trabajo y lo discutió con nosotras.

(9) La palabra que puede circular legítimamente en la Plaza de Mayo encuentra márgenes mucho más estrechos que el resto de los discursos políticos. En un discurso pronunciado en la circunscripción 14ª el 30 de mayo de 1985, decía Carlos Grosso:

"[Los radicales] en lugar de gobernar lo están sacando a Alfonsín todos los días para que pare le pelota, creyendo que lo convierten en un líder carismático. Y ante errores de esta naturaleza, a Alfonsín en lugar de convertirlo en un imitador de Perón lo van a convertir en un imitador de Galtieri. Porque salir a Plaza de Mayo es jorobado, porque salir a Plaza de Mayo requiere saber claramente lo que el pueblo está queriendo. Y uno no se puede montar sobre convocatorias válidas para cambiar el libreto.

Perón, cuando convocaba a la Plaza, convocaba sobre puntos concretos a los que respondía concretamente en la Plaza. Galtieri convocó por Malvinas, que era un sentimiento caro a los argentinos, y por eso se llenó la Plaza, pero cuando quiso decir 'Este gobierno' lo siguió la silbatina. Alfonsín convocó a la Plaza por 'Democracia o dictadura' y se llenó la Plaza, pero cuando quiso decir 'economía de guerra' los opositores nos fuimos solos. Y había que ver cómo se fueron los radicales."

(10) Tal como nos señalara Ramiro E. Podetti, este párrafo recuerda el relato que hace Perón de la conformación del movimiento peronista, que en sus memorias ubica antes del golpe de 1943.

"Llamé entonces a los radicales: se presentaron los miembros de la Junta Renovadora, que eran la juventud del Partido. Los viejos carcamanes no se interesaron. Tomé también contacto con los socialistas (...)

EL ESPACIO CONCEDIDO A LOS ORTOXOS ES PRACTICAMENTE NULO. CUANDO APARECEN, LO HACEN COMO LOS VILLANOS DE UN RELATO NARRADO EN PRETERITO, EN EL CUAL SON VENCIDOS POR LA RENOVACION. Y UNA VEZ VENCIDOS, YA NO EXISTEN.

El peronismo se fue formando, así, con los hombres de distintas extracciones. En la fase preparatoria de la revolución, contamos con conservadores como Solano Lima o Jerónimo Remorino, que había sido secretario de Julio Roca en Córdoba; otros, socialistas-marxistas, como Bramuglia y Borlenghi; anarco-sindicalistas como Santín." (Chávez 1975: 310)

(11) Encontramos en este discurso una frecuencia mayor de *nosotros* exclusivo con referencia a "los dirigentes" que en los restantes. Aumenta así la distancia entre el enunciador y el destinatario. Esta ocurrencia resulta coherente con las reglas del ritual del 17 de octubre, que exigen un enunciador líder. Emilio de Ipola (1983) señala "un vaivén permanente entre la inclusión y exclusión, la identificación y la toma de distancia, típico de los discursos políticos de Perón", y en particular el del 17 de octubre del '45.

(12) Bourdieu define "creencia" como "las disposiciones socialmente modeladas para conocer y reconocer las condiciones institucionales de un ritual válido" (p. 132).

(13) En otros discursos se ve que incluso la actualización doctrinaria es presentada como un mandato de Perón. Éste es el límite de la renovación. Si no desean dejar de ser peronistas, no pueden ir más allá de la vuelta al peronismo de los orígenes, o de la "actualización".

(14) Este recorrido de distancia y acercamiento parece ser un nuevo ejemplo del movimiento pendular descrito por de Ipola (1987).

(15) Tal denominación permite poner en tela de juicio la declaración del mismo Menem, acerca de que los objetivos de su agrupación superan lo "meramente electoral".

(16) En uno de los momentos de mayor entusiasmo del discurso (cuando habla con Perón) dice Cafiero:

"El rostro de los peronistas, que es como decir el rostro de la Argentina, la Argentina popular, hoy está otra vez con este talante de romería..."

Sobre el final, cita a Evita:

"Nuestra bandera es la bandera de la patria, nuestra causa es la causa del pueblo."

(17) Vernet se alineó junto con el grupo del teatro Odeón en el momento de surgir los renovadores. A partir de allí, si bien siempre se apoyó en las 62 Organizaciones, se manejó con la suficiente independencia como para que no se lo pueda encasillar ni como ortodoxo ni como renovador.

BIBLIOGRAFIA

BOURDIEU, Pierre (1982): *Ce que parler veut dire*. París, Fayard.

CHAVEZ, Fermín (1975): *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*. Buenos Aires, Oriente.

DA MATTA, Roberto (1981): *Carnavais, malandros e heróis*. Rio de Janeiro, Zahar editores.

DE IPOLA, Emilio (1983): *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires, Folios, Caps. III, IV y VI.

DE IPOLA, Emilio (1987): "Crisis y discurso político en el peronismo actual: el pozo y el péndulo", en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette.

LANDI, Oscar (1985): *El discurso sobre lo posible*. Buenos Aires, CEDES.

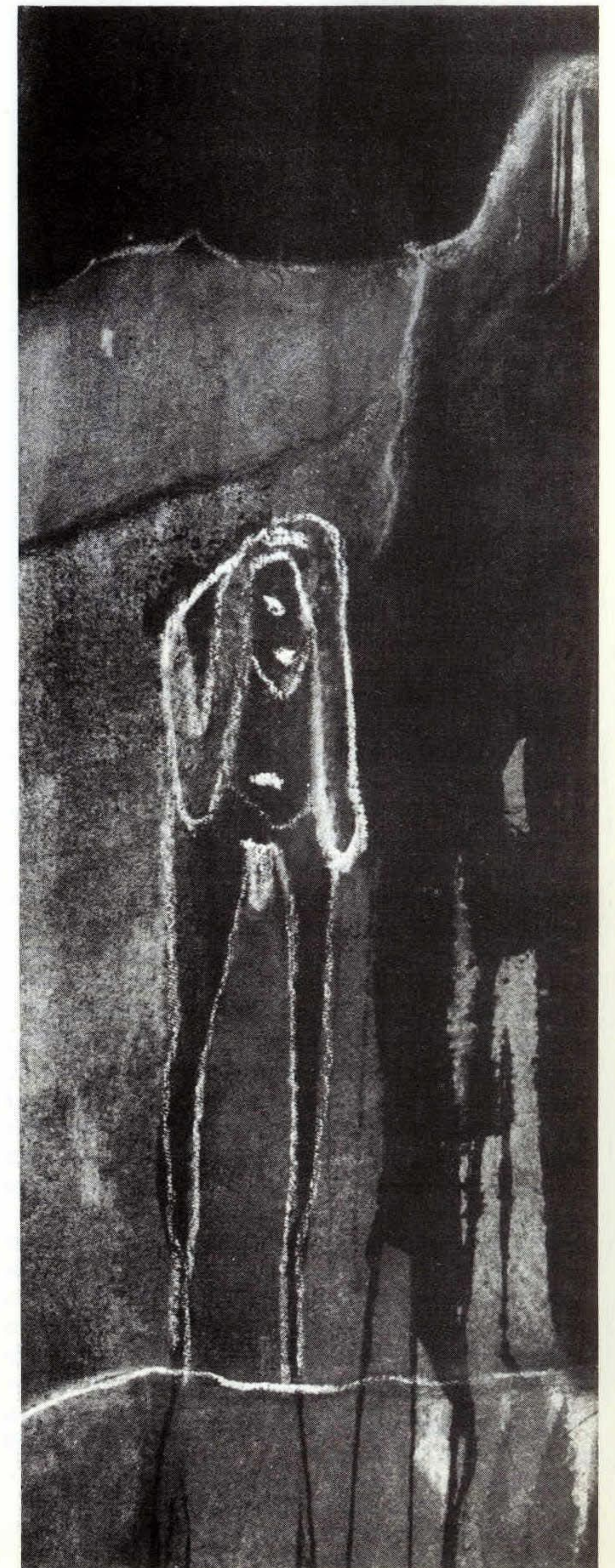
LUNA, Félix (1971): *El 45*. Buenos Aires, Sudamericana.

REYES, Cipriano (1984): *Yo hice el 17 de octubre*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

SIGAL, Silvia y VERON, Eliseo (1986): *Perón o muerte*. Buenos Aires, Legasa.

TORRE, Juan Carlos (1976): "La CGT y el 17 de octubre de 1945". En *Todo es Historia*, N° 105, febrero de 1976.

VERON, Eliseo (1987): "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política." En *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette.



UNA NOVELA DE AIRA

Una novela china. César Aira, Javier Vergara editor, Buenos Aires, 1987

César Aira cuenta una fábula alucinante, mítica y erótica, en la cual confluyen los cambios económicos, políticos y sociales que tienen lugar en China, desde la Gran Marcha hasta la Revolución Cultural.

Lu Hsin acaricia un sueño: casarse con una adolescente montañesa de catorce años (no olvidemos que uno de los símbolos del dragón es el de la perversión sublimada). Sabe que por las condiciones sociales y económicas ("los montañeses —leemos— eran pastores autosubsistentes, los proletarios absolutos"), la sociedad en la que vive sancionará su pasión. Entonces decide resolver la posibilidad de su amor desde los principios: adoptará una montañesa recién nacida, Hin, y luego se casará con ella. Deberá esperar muchos años para concretar su sueño. Mientras tanto vivirá en un mundo de fábula, en un mundo inventado y creado por él mismo: "la fábula —escribe Aira— bastaba proponérsela para hacerla real".

Simultáneamente Lu Hsin sigue trabajando y decide editar un periódico, "La Gaceta". Instala la imprenta en su casa, es decir, en la misma casa en la que vive la niña, "donde el motor de la fábula no se detenía". Pero ¿qué fábula? ¿la de la niña (que es un sueño pero es real) o la del periódico? Nos descolocamos; ¿un periódico es una fábula más?

Esta casa sufre el proceso inverso al de la niña: a medida que Hin crece y se hace "real", la casa va desmaterializándose, hasta convertirse en "una casa de muñecas, no sólo por pequeña sino por la vida ligeramente fantástica que llevaba en ella su dueño", en la cual se pierde la noción de lo interior y lo exterior. La casa sigue durante el crecimiento de la niña "un proceso de desvanecimiento en el espacio. Ya era un solo ambiente, abierto por los cuatro costados".

Este juego de inversión es el principio constructivo del texto, y es válido incluso para la parte más pequeña de la obra. La estructura oracional juega permanentemente con la afirmación y la negación simultánea: el texto se dice y se desdice creando una zona de incertidumbre donde todo es de un modo, pero podría no serlo. Así, por ejemplo, "Lu Hsin era un mandarín, salvo que no lo era", o "se quedó acostado, pensando, salvo que en realidad no pensaba".

En este gesto semántico, de enlazar dos realidades opuestas (fábula-historia, afirmación-negación), radica la belleza de este texto: en la imposibilidad de asir, aunque sea por un momento, "los trozos de realidad" que aseguran nuestra ubicación en el mundo. Gesto que produce un efecto de lectura desestabilizante: ¿cómo conciliar, al mismo tiempo, un cuento de hadas, sin espacio ni tiempo, con sucesos históricos, políticos, económicos?

Al comenzar a leer la novela, nos vamos introduciendo lentamente en las sutilezas del mundo chino en el que —en un tiempo que parece detenido—, se pintan paisajes con té de color azul o se hacen largas caminatas a través de bosques llenos de flores.

Cuando este ambiente atemporal nos ha cautivado, abruptamente nos encontramos con discusiones sobre el marxismo, la bomba atómica o la planificación del aprovechamiento

del río Qu para la agricultura. El lector queda desorientado, dejándose llevar al mundo de lo imprevisible.

Lu Hsin es el que concilia en su figura todas las oposiciones mencionadas; enlaza lo "real" con lo imaginario al concebir un sueño en el cual una niña *pensada* se hace real: "por obra de él —dice Aira— Hin parecía una pequeña sonámbula en el mundo de la realidad".

Sabemos que el dragón es en China un símbolo mediador entre lo natural y lo sobrenatural. Esta función simbólica nace de una tensión de contrarios que la conciencia no puede resolver por sus propios medios. El dragón es, entonces, el que permite el paso, la circulación de un grado a otro de la realidad, integrando ambos niveles sin fusionarlos, es decir, sin destruirlos, sino ordenándolos en un sistema.

Sobre este símbolo —el del dragón— se articulan, en *Una novela china*, dos planos por definición antagónicos, en un ritmo común: la fábula y la ciencia de la historia. Esta igualación se produce en la lógica de la novela porque ambos planos comparten el mismo grado de irrealidad: "La Historia —escribe Aira— no admitirá que es irreal y sin embargo deberíamos buscar en la irrealidad su definición".

Los datos ¿referenciales? que provienen de la serie histórica se desvanecen y se resemantizan al formar parte del mundo de los sueños. De este modo, la Larga Marcha "fue una marcha de sonámbulos, por el mero hecho de ser 'larga', un recorrido entre la Selva de paisajes pintados que caía del cielo, de nuestros cielos siempre iguales"; y la Revolución Cultural fue "una grandiosa comedia de enredos (no el texto: la puesta en escena)".

Entonces, si lo que proviene de la serie "real" —es decir, los hechos históricos— pertenece al mundo de lo onírico, los sueños propiamente dichos serán realidades plausibles de ser alcanzadas.

Si pensamos que los escritores construyen en sus textos figuras que condensan imágenes de sí mismos, podemos leer la figura de Lu Hsin como el modo en que César Aira ve la constitución de su propia subjetividad como escritor.

Al explicar el mecanismo que mueve a Lu Hsin, Aira nos dice que "remontaba la corriente del trabajo, de lo real a lo imaginario que lo volvía real, o al menos posible".

Un intelectual —Lu Hsin es un intelectual— es el que posibilita la unión entre dos realidades, es el intermediario entre dos mundos destinados a no cruzarse.

El escritor, como el dragón, dispone los objetos del mundo en un ritmo estable y se desliza sobre los estados de ánimo de los hombres, como la luz sobre las cosas.

El escritor, como el dragón cuando levanta vuelo y desaparece como si no hubiera sucedido nada, "nos deja, restos enigmáticos, los paisajes que ha pintado", los textos que ha escrito.

César Aira nos ha dejado, como el dragón, esta novela china, atemporal y mágica, en la cual el juego entre realidad y sueño nunca concluye pues "el dragón al fin nos susurra algo, desde muy lejos: Lu se repetirá".

Por Sylvia Saïtta

Sylvia Saïtta nació en Buenos Aires en 1965. Es estudiante de Letras (UBA), becaria de investigación de la Universidad de Buenos Aires.

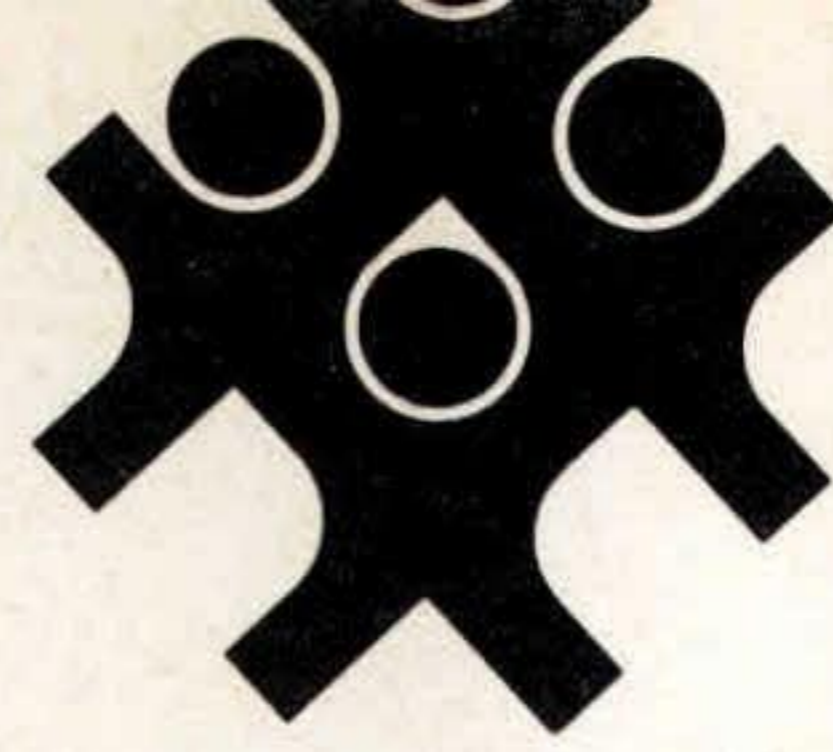


César Aira nació en Coronel Pringles, provincia de Buenos Aires, en 1949.

Publicó seis novelas: *Moreira* (1976), *Ema, la cautiva* (1981), *La luz argentina* (1983), *El vestido rosa* (1984), *Canto castrato* (1984) y *Una novela china* (1987).

EL HOMBRE QUE SE PARECÍA DEMASIADO A BEETHOVEN





FUCADE

PUBLICACIONES:

El traslado de la Capital, por **DANIEL LARRIQUETA**.

La invención de la Universidad, por **FRANCISCO DELICH**.

La palabra acorralada. El surgimiento de la renovación peronista, por **MARIANA PODETTI, MARÍA ELENA QUES Y CECILIA SAGOL**. (De próxima aparición)

Crítica y Utopía N° 16. Director Francisco Delich. Artículos de **FRANCISCO DELICH, ALDO FERRER, JUAN JOSÉ RUSSO, DANIEL LUTZKY**; Nota de investigación de **MARIO DOS SANTOS** y Bibliografía de **ALBERTO BIALAKOWSKY** y **MARTA PANAIÁ**.

SEMINARIO SOBRE LA TRANSICION A LA DEMOCRACIA EN EL PARAGUAY:

27, 28 Y 29 de abril de 1988 a las 20hs.

Participación de Domingo Laino, Euclides Acevedo, José María Bonnin, Carlos Romero Pereira, María Victoria Brusquetti de Ferreira, José Félix Fernández Estigarribia y Francisco Delich.

VIDEOS

Las mujeres y la política

Hombres trabajando

Mujeres: ¿Discriminación laboral?

Ayer reclamamos, hoy leyes

Mujeres golpeadas (en preparación)

Producción: **LAURA APARICI** y **SUSANA TAMASHIRO**.

FUCADE participa en la feria del libro junto al Centro de Participación Política y la Fundación Arturo Illia.

FUCADE. (FUNDACION PARA EL CAMBIO EN DEMOCRACIA)

Córdoba 1261. Capital Federal

